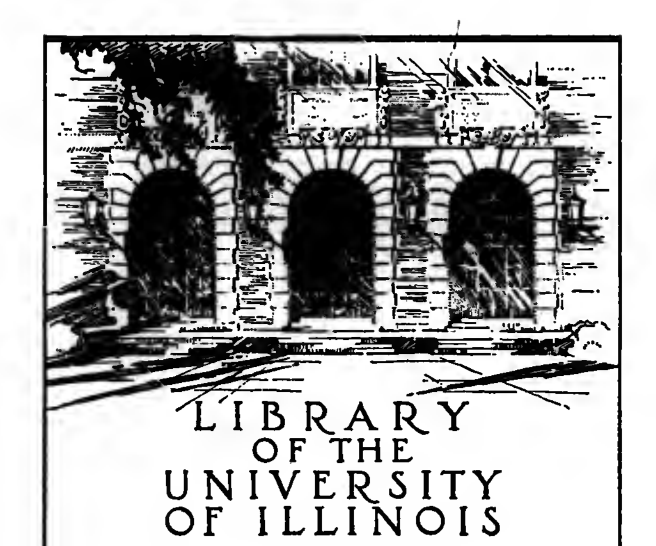
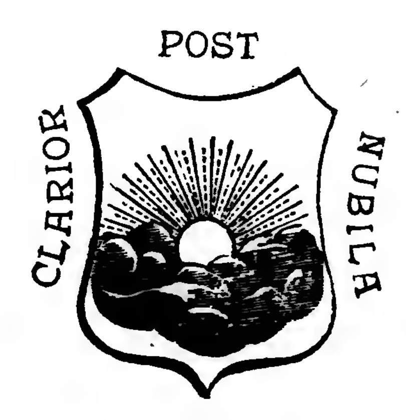


ATENÓGENES SEGALE.

OBRAS COMPLETAS.

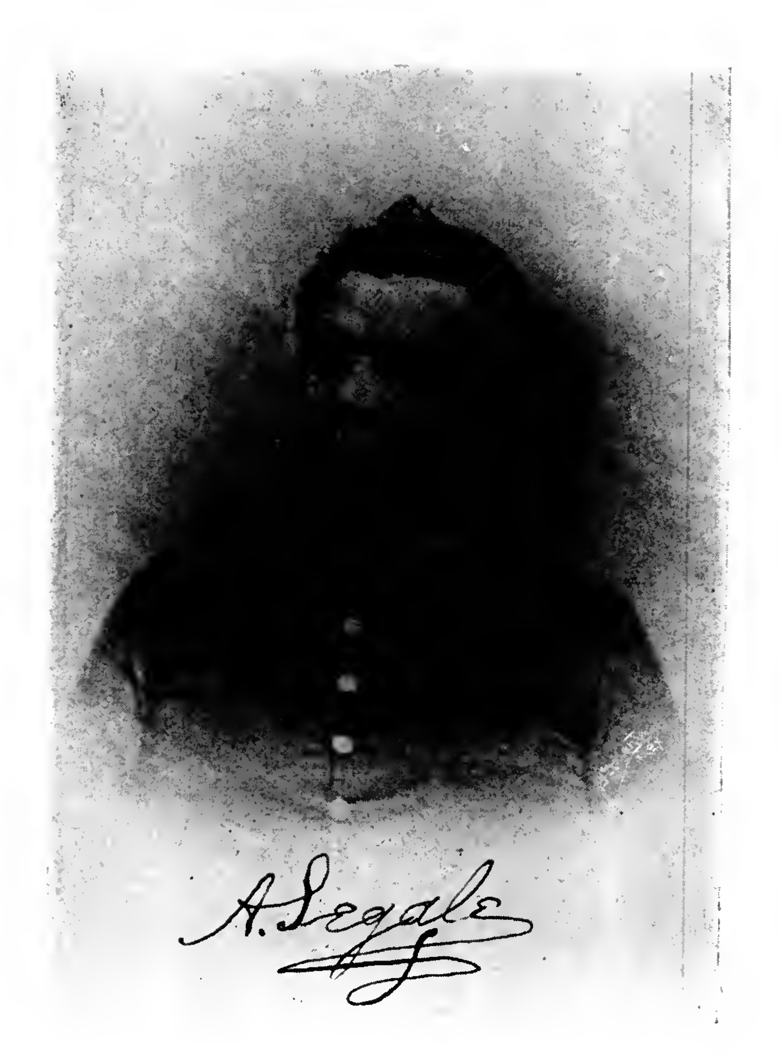
TOMO I

Del Fondo del Alma.—Versos Perdidos.
Miniaturas.—Marinas.—Preludios y Paisajes.



MÉXICO.

Librería de J. L. Vallejo.
San José el Real 3.
1901

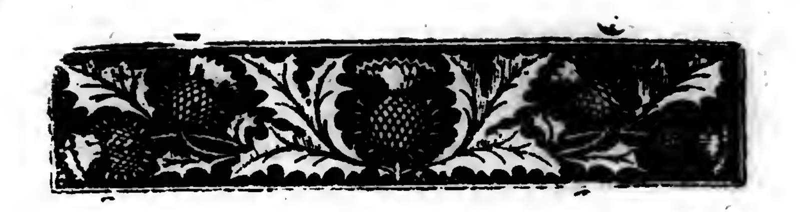

A. Segale

CARTA A FABIO.

EL PADRE SEGALE.

[Rasgos biográficos.] [*]

(*) El editor ha creído oportuno insertar en este I tomo de las obras completas del Sr. Segale la presente carta, debida á la pluma del donoso escritor D. Jesús García Gutiérrez, antiguo Seminarista de México.



ME preguntas, Fabio amigo, que si conozco al P. Segale. ¡Vaya si le conozco! Como que hace largos años que me honra con su amistad, y cuando vivía yo en México, antes de venir á estas montañas, á convertirme en el *Beatus ille* de Horacio, le visitaba con harta frecuencia en su habitación del Seminario, del cual era él profesor por aquel entonces.

Aun me parece verle sentado junto á su mesa de estudio, atestada de libros y papeles, sobre los cuales descollaba un hermoso Crucifijo, y teniendo en la mano la pipa, su asídua compañera, y hablando con animación y casi siempre de asuntos literarios.

Su físico...... (lo tendrás en el retrato, que á esta acompaña.) Pero creo que no es eso lo que tratas de saber, y así, para responder mejor á tu pregunta, te diré que sus padres, que viven todavía, son Don Angel Segale, genovés de nacimiento y la Sra. Doña María de Jesús Saldaña, michoacana, y que Atenógenes nació el 10 de Diciembre de 1868 en Zamora, ciudad de Michoacán, que cuen-

ta como hijos suyos, entre otros varones ilustres, al dulcísimo poeta Fr. Manuel de Navarrete, al preclaro Arzobispo de Morelia y distinguido filósofo Don Clemente de J. Munguía y al no menos esclarecido Arzobispo de México y habilísimo político Don Pelagio de Labastida

El P. Segale pasó sus primeros años en las márgenes del Duero, aprendiendo las primeras letras bajo la dirección de un Dómine, famoso en aquella tierra. A los 10 años ingresó al Seminario de Zamora, y en él cursó Gramática castellana, dos años de Latín y uno de Matemáticas, hasta que el año de 1883 [transladada á la Capital su familia] ingresó como alumno externo al Seminario de México, donde cursó tercer año de Latín, Griego, Historia Universal, Filosofía, Ciencias Naturales y Teología, distinguido siempre por los superiores y siempre bien querido por sus compañeros.

Entonces comenzó á asistir con toda asiduidad á la Biblioteca Nacional, y á ser además admitido á la amistad de tan famosos escritores como el Ilmo. Sr. Pagaza, hoy Obispo de Veracruz y D. Rafael A. de la Peña, Secretario perpetuo de la Academia Mexicana de la Lengua.

En sus primeros años escribió muchos dramas, poemas y versos líricos, que no han salido á luz, y de los cuales sé que conserva como recuerdo de sus primeros ensayos, un *Idilio*, imitación del de Núñez de Arce, de fácil versificación y de encantadora sencillez; y más tarde publicó en "La Voz de México" varias traducciones de clásicos latinos y griegos y también composiciones originales, firmadas con el pseudónimo de Elio Turno de Zamora.

Llegaba entonces el P. Segale á los veinte años

de edad, y por esa época escribió, á ruegos de varios condiscípulos la tragedia "Aureliano" y sucesivamente "El Príncipe de Viana" y "La Púrpura del Rey," que se representaron en el Seminario Metropolitano y después en otras partes de la República, "Los Dióscuros," "El Ultimo Bretón," "Lucha de Tigres" y "El Oculista" [representado en 1895] inéditas estas cuatro últimas piezas.

En 1892 publicó en las páginas de *El Tiempo* su primera novela "La Estátua de Psiquis," que hubo de suscitar violenta polémica. Un año después la Biblioteca de "El Apostolado de la Cruz" comenzaba con *Flor de Durazno*, *Recuerdos del Cairo*, segunda edición de *La estatua de Psiquis* y la *Negrita*. "Flor de Durazno" fué traducida al francés por C. Bernard y publicada en París en la *Revue des Revues*.

A fines de 1897 volvió á publicar en *El Tiempo* una serie de Novelas cortas bajo el título *Del Campo Contrario*, que sirvió de fulminante en la Colonia Española y poco sensata de México, cuyas iras llovieron sobre el autor en forma de invectivas, que valían por hojas de laurel.

A principios del año siguiente vió la luz pública su novela *Auras de Abril*, que mereció elogios hasta de los críticos enemigos. Ya habíanse impreso sus libros de versos: *Del fondo del alma*, *Miniaturas*, *Versos Perdidos* y *Marinas*.

El P. Segale, allá por el año de 1890 acababa de recibir el orden del Subdiaconado y regenteaba en el Seminario la cátedra de Literatura, cuando murió el Ilmo. Sr. Labastida, y con tal motivo fué llamado á hacer su elogio fúnebre, que hizo en una muy elegante oración latina, que pronunció en la catedral de México. Al año siguiente y

cuando todavía era diácono, comenzó á predicar en varias Iglesias y desde entonces ha sido de los oradores de más nota en México y ha venido á sustituir en el púlpito de la Catedral al M. R. P. Malabehar, gloria de la orden Franciscana y del púlpito en México.

En el año de 1898 dejó su cátedra del Seminario, algún tiempo después fué nombrado Capellán del Santuario de Nuestra Señora de los Remedios, tan hermoso por su situación topográfica, y tan interesante por su historia, estrechamente ligada con la de nuestra patria, y en la actualidad desempeña el cargo de Párroco de San Cosme, uno de los barrios más bellos y más sanos de la Capital.

Su conversación es muy animada, su trato muy jovial y su carácter abiertamiente franco y sincero. Como orador sagrado es notable por la galanura del lenguaje, la expresión y viveza de las imágenes y el hermoso colorido de sus cuadros. De sus escritos no te diré una palabra, porque no quiero prevenir tu juicio y porque en casos como este, suelen no estar acordes el del lector y el de biógrafo, siquiera éste ande acertado en el juzgar, y entonces á los ojos del primero aparece la opinión del segundo apasionada ó venal; y así, ya que tienes en las manos un libro de Elio Turno, más quiero que lo juzgues por tí mismo.

Con lo que llevo dicho creo haber satisfecho á tu pregunta. Si tienes algo más que preguntarme sábete que tendrá mucho gusto en responder tu afectísimo amigo

Hermógenes.

Tetepango, á 15 de Octubre de 1900.

DEL FONDO DEL ALMA

VERSOS ÍNTIMOS.

(Segunda edición.)

Nota Bibliográfica.—Este libro se imprimió por vez primera á mediados del año de 1895, en la *Imprenta Guttemberg*, de Miguel Terrazas. Constaba el ejemplar de 72 páginas impresas á cinco tintas: de lila, dorada, roja, azul y negra, en papel *Melrose*. Tiráronse sólo 120 ejemplares numerados, que el autor destinaba exclusivamente á sus amigos.



DEDICATORIA.

A MI MADRE.

PARA quién han de ser estas canciones,
Que en el fondo del alma yo tenía,
Ecos de amor, pedazos de ilusiones,
Y de quién sino tuyas, madre mía?
Ora, calzando lívido coturno,
Quise pintar del alma tempestades,
Ora, tañendo el arpa de Elio Turno,
Los cantos repetir de otras edades;
Puse el principio de moral severo
De mis novelas en la tosca urdimbre,
Como nardos coloca el jardinero
En canastillos de ligera mimbre.

Así he visto mis años deslizarse,
Tal vez poeta no, mas sí cristiano,
Como cruzan los cisnes sin mancharse
En rizos mil las aguas del pantano.
Dios fué mi luz, que á amarle y á temerle
Tú me enseñaste buena y delicada:
Y así puedo mi péñola ofrecerle,
Oscura, mas verídica y honrada.
Mi pluma y mi laúd se consagraron
A muchas gentes, de mi afecto en prenda,
Pues muchos en verdad dulcificaron
De mi tranquila juventud la senda.
Mas para tí, del alma á lo más hondo
Desciendo, sus tesoros á cogerla,
Como bajan los buzos hasta el fondo
Del piélago á arrancar la madreperla.
Pues, hace tiempo, ya quiero ofrecerte
Un regalo de amor del alma mía,
Antes, oh madre, que la negra muerte
Cierre tus ojos á la luz del día.
De este libro en las páginas secretas
Lo mejor te guardé del llanto mío,
Cual juntan en su cáliz las violetas
De la mañana el diáfano rocío.
El perfume también, que huele á rosa
E incienso, de mis horas más felices
Percibirás allá cuando amorosa
Por sus renglones tu mirar deslices.
Quiero que guardes esta poesía,
Que contiene de mi alma cien pedazos;
Y, cuando te amortajen, madre mía,
La coloquen en medio de tus brazos.
Y en los brazos esté, que me mecieron,
Esté en tus brazos, como fiel amigo,

Y en los pechos que amantes me nutrieron,
Porque es mi corazón, que va contigo.
Este será de cuanto verso escriba
El mejor libro y la mayor historia:
En él mi gloria terrenal estriba,
Porque es mi amor filial mi única gloria.
Y si placiere á Dios, cuando yo muera,
Que mis párpados toque amiga mano,
Que este libro pusiesen yo quisiera
Con la cruz en mi pecho de cristiano.
Y si está decretado que algo mío
Sobreviva en la fama por ventura,
Este libro será, yo te lo fío,
Porque es del corazón la esencia pura.
Mas si no salva la gloriosa meta,
Que diga el mundo, en olvidar prolijo:
"Es la obra infeliz de un mal poeta,
Pero es en cambio el libro de un buen hijo."
Como una barca en festival risueño
De flores llena y ricas banderolas,
Irá mi libro, en méritos pequeño,
Buscando amigos, á surcar las olas.
Y si al olvido su tributo paga,
Poco después nadando bullidores
Indicarán el sitio en que naufraga
Copos de espuma y pétalos de flores.

30 de Marzo de 1895.

VOCES INTERIORES.

Esa es la misma voz, la he escuchado
Cien y cien veces en el alma mía;
Mas perdona, Señor, si no he acatado
Lo que dice esa voz, no lo entendía.
¿Qué voz? No sé decir cómo resuena,
Ni repetir lo que en silencio dice;
Sólo sé que á momentos me condena,
Porque algo me ha mandado y no lo hice.
¿Sabéis cuándo la escucho? Cuando miro
La belleza dispersa en este mundo,
Cuando el olor de la belleza aspiro,
Y en alcanzarla mi ventura fundo.
Cuando radia su luz serena y pura,
Que al tierno corazón despierta y llama,
Y mira el corazón á la hermosura,
Que su eterno derecho le reclama.
Si flores miro en la floresta umbría
Abrirse á los albores matinales
Y vestir tanta pompa para un día,
Cuando anhelo que fueran inmortales;
Entonces: cuando escucho los acentos
De la dulce avecilla pasajera,
Que mañana otra tierra y otros vientos
Ha de halagar quizá, cuando no muera;
Cuando el celaje desteñirse veo,
Tocando de oro el cerro de occidente,
Así como la lumbre de un deseo
También se apaga en mi voluble mente;

Entonces: cuando cruzo peregrino
Una y otra ciudad á gran distancia,
Y en una y otra su licor divino
¡Ay! en mi cáliz la amistad escancia;
Y encuentro aquí y allá séres amables,
Séres, que me aman, y ausentarme es fuerza,
Y no es posible, ¡arcanos formidables!
Que nuestra vida su corriente tuerza;
Cuando quiere juntar el alma loca
Todo lo que ama en un lugar bendito,
Poseer cuanto mira y cuanto toca
Y formarse su cielo, su infinito.
¿Qué es lo que pasa en mí? Siente mi pecho
Ambición colosal, hondo vacío,
Regocijo y tristeza, cruel despecho
Y alas, que brotan en el pecho mío.
Es que entonces pretende mi deseo
Recoger en la dicha sosegada
Cuanto de amable he visto y no poseo,
¡Oh! mi herencia de amor, que está regada.
Y esas ansias del alma, ese vacío,
En que se pierde mi ánimo amoroso,
Y esa eterna ambición, que me da frío,
Porque me empuja á un mundo misterioso;
Y aquella languidez, en que concentro
Las ansias impotentes, que me enlazan,
Y ese sentir del corazón adentro
Alas, que por volar se despedazan.
Todo eso, que mi espíritu padece,
Cuando huye la belleza voladora,
Es la voz, que en mi seno se estremece
Y acabo de entender tan sólo ahora:
Es el tu acento, oh Dios, que á tí me llama
Dichoso ya mi espíritu entendiólo,

Que una voz tan potente, que así clama,
¿Quién otro puede articular? Tú sólo.
Es tu voz, que en mi espíritu descifra
El misterio de todos mis deseos,
Y, aclarando el borrón, deja la cifra,
Que ocultaban pueriles devaneos.
Es tu cifra divina, en mí estampada
Con el fuego de amor de tu alta esencia
El día, en que sacaste de la nada
Mi pobrecillo sér á la existencia.
Sí, cuando busco con afán inmenso
Las prendas de mi amor para juntarlas,
Es que te busco á tí; mas no lo pienso
Y por eso jamás pude encontrarlas.
Ardiendo sin saber de sed divina
¡Ay! te buscaba el corazón, Dios mío,
Como el ciervo la fuente cristalina
En las noches serenas del Estío.
Porque sólo en tí halla el anhelante
Pecho ya junto cuanto amor pudiera
Y el foco de belleza rutilante,
Que vió en sus rayos colorir la esfera.
Tú eres el Hacedor, y en tí alcanzamos
El tipo de beldad dulce y secreto,
De que no son los seres que adoramos
Sino sombra inferior, débil boceto.
Esa vida sin muerte al alma ofreces,
Que una vez y otra vez yo ambicionaba,
Sí, revolviendo del dolor las heces,
La muerte de pavor me circundaba.
Y mi carne también, mi carne inquieta
Te ha buscado, Señor, siempre te busca,
Cuando palpita á la pasión sujeta
Y en turbios giros mi razón ofusca;

Cuando en los brazos del dolor tremendo
Se retuerce convulsa, ella se afana
Por lograr el placer, vida pidiendo
Una vida tranquila y soberana;
No el placer, que da el mal, placer fingido,
Porque ese lo agota y no la sacia;
Sino los goces del Edén perdido,
Que la carne vendió por su desgracia.
Ora á gozar volando se apresuren
Mi espíritu y mi carne corrompida,
Ora el ajenjo del pesar apuren,
A Tí te buscan manantial de vida.
Tales son mi grandeza y mi miseria
Que el ansia de las dos no se equilibra;
Y á armonizar mi espíritu y materia
Tu voz de trueno legislando vibra.
Es la voz, que escuché: vuelo á alcanzarte,
Oh suprema ambición del alma casta;
Porque eres tú de mi heredad la parte,
Porque eres lo infinito y....eso basta.
Ya que te he sentido entre las nieblas,
Y la sed comprendí del bien divino,
Guía á mi alma, luz en las tinieblas:
Señor, que no se pierda en el camino.

Querétaro, 16 de Julio de 1894.

¿POR QUÉ?

(En la muerte de mi única hermana Ana María.)

¿Por qué el Señor te arrebató del mundo
Al arribar la juventud florida,

Capullo del rosal, que me dió vida,
Hermana de mi pobre corazón?
¿Qué fué? ¿qué fué? Si mi atrevido labio
Interroga con bárbara insistencia
De Dios á la secreta providencia,
Tú allá en el cielo pídele perdón.
Pero ¡ay! sobre el abismo de la vida
Mi desdichado espíritu pendiente
Aún el frío pavoroso siente
De aquel momento, que te vió partir;
Y preguntas al cielo dirigidas,
Aún contra el querer de mi albedrío,
Se suelen escapar del pecho mío,
Entrecortando altivas mi gemir.
Pues ¡ay! desde tu muerte soy muy otro;
Sé que á mi corazón algo le falta,
Y, cual pez en la red, se agita y salta
Buscando aquel pedazo, que perdió.
Y en su convulsa agitación no es raro
Que me conduzca á extremos de demencia,
Y escudriñe la altísima sentencia
Del alto juicio, que el Señor dictó.
Pues mecidos los dos en una cuna,
Los dos nutridos á los mismos pechos,
De índole semejante los dos hechos,
Los dos ardiendo de virtuosa sed,
Creímos que el Señor al animarnos
De su alto amor con ósculos gemelos,
Esta voz pronunció desde los cielos:
"Juntos el yermo terrenal corred."
Y todo á la verdad lo persuadía:
Mi amor fué tu querer, tu afán mi anhelo,
Tu goce mi placer, mi paz tu cielo:
¡Ay! si fuimos dos chorros de un raudal.

¿No desde la niñez nos acogimos
De la piedad bajo las tibias plumas,
Del mar del mundo huyendo las espumas,
Que urde en la playa conchas y coral?
Ahí ese templo aún es mi testigo;
De tus rodillas él copió la huella
Junto á mi sitio, y su techumbre bella
Oyó mi rezo y tu plegaria oyó.
Y en horas tristes y horas de alegría
Con esperanza en él nos refugiamos,
Y el Cuerpo del Señor en él tomamos,
Cuando á nosotros descender gustó.
Sola creciste en virginal retiro;
Ni un libro, ni una escuela, ni una amiga
Tender pudieron seductora liga
A tu inocencia, niña angelical.
Y jamás de mundanas diversiones,
Del circo, la tertulia ó el sarao
Tocarte pudo el pestilente vaho,
Ni de un teatro el manchador umbral.
Ni de sedas, de joyas y de plumas
Mis amorosos padres te vistieron,
Ni en tus entrañas encender pudieron
De vanidad el fuego asolador.
Yo tu maestro fuí, tu solo amigo,
Y, tus arcanos conociendo á fondo,
De tu inocencia y tu humildad respondo
Con voz sincera, en nombre del honor.
Y ¿si es la muerte pena de las culpas,
Y si Dios la apresura justiciero
Para tronchar el árbol altanero,
Que nunca frutos en el huerto da;
¿Por qué, mi niña, del hogar te roba
Y siega en flor tu cándida existencia,

Y deja en esta vida mi conciencia,
Arbol estéril, que muy cerca está?

....

Te vió en mi hogar como en cerrada concha.
De vivo tornasol iluminada
Y habló desde su esplendida morada:
"Esa perla tan sólo es para mí."
"Nadie la toque: el zéfiro más ténue
"Que se atreva á llegar hasta sus galas
"De hermosura y virtud, pierda la alas;
"Que sólo yo la arrancaré de ahí."
Y entre nubes de llanto evaporado
Baja á mi casa su invisible diestra,
Y te arrebata de la dicha nuestra
Y nos dejó profunda soledad.
Y la ola amarga penetró al instante
Al seno de la concha ya vacía:
Llovió sobre mi casa noche y día
De lágrimas copiosa tempestad.
Y ¡eras perla en verdad! Mas ¡ay! se forma
La margarita de la mar salobre,
Para que viso y bien oriente cobre
Debe crecer en medio de amargor.
Y tú creciste en hórrida amargura;
De tu vivir las quince primaveras
Todas vinieron con miradas fieras,
Nadando entre las ondas del dolor.
Cuando ibas á nacer ¡con qué alborozo
Mi madre y sus amigas te esperaban!
Animosas festejos aprestaban,
Como las aves al venir la luz.
Y por designio celestial naciste,
En Mayo, por hermana de las flores,
Y porque un laberinto de dolores

Era tu sino, el d_a de la Cruz.
  Cuando eras niña, golpes de fortuna
De súbito mi casa empobrecieron:
Y así como ayos á tomar vinieron
Tu cuna la Pobreza y el Pesar.
  Y cuando exuberante adolescencia
Rompió de tu belleza la clausura,
Vino corriendo en pos de la hermosura
La mıseria, tus gracias á ocultar.
  ¡ Ay ! ¡ qué de veces el calzado roto
Mal encubrió tus pies, que merecieran
Que doradas sandalias los ciñeran
O las fulgentes cáligas de un rey !
  ¡ Vistiendo el delicado cuerpecito
Las burdas telas cómo contrastaron,
Si rostro de princesa te formaron
Los altos c elos por oculta ley !
  Y ¡ que de veces, si al hogar volvía,
Junto al hogar desierto y apagado
Tú silenciosa, de mi madre al lado
Estabas en tristísimo ademán !
  Y en reprimir el llanto te esforzabas,
Cuyo cristal los ojos te envolvía,
Porque llegaba á la mitad el día
Y á tus hermanos les faltaba el pan.
  Otras veces heroica dominando
La verguenza infantil, con honda pena,
¡ Ay ! tú imploraste la merced agena,
Cuando eras digna de real merced.
  ¡ Qué pan más grato el pan de aquellos días !
Que de mi madre y tuyos los afanes
Lograron ¡ oh ! multiplicar los panes,
Y vuestro llanto nos calmó la sed.
  Azucena de Abril, ¡ cómo floreces

Enmedio, así, de protectora zarza!
¡Cómo en el oro de tu pecho engarza
Dios, una á una, perlas de virtud!
Quema lamiendo el borde de la taza
La llama de la lámpara en el templo:
De tu bondad el encendido ejemplo
Llenaba de fervor mi juventud.
Fué tu sólo placer en este mundo
Ir al templo conmigo, cuando el día
En rieles de oro y púrpura teñía
De la redonda cúpula el cristal.
Allí escuchaste voces misteriosas
Y asegurabas el mayor tesoro,
En tus alas cubriendo el polvo de oro
De la oración riquísimo el fanal.
Y Dios que cría mártires, mirando
Tu alma feliz, que de candor abunda,
Como marfil antiguo rubicunda
Y mucho más hermosa que el zafir,
En el reloj pequeño de tu vida
Hizo rodar la postrimer arena
Y con voz dijo, que la mar serena:
"Ana María, es hora de partir."
¡Cuán bueno es Dios! Yo beso agradecido
Entre la nube de mi llanto blanca
La mano, que te eleva, aunque me arranca
Pedazos de mi indócil corazón.
Y á su decreto me confundo y lloro,
Le doy de ofrenda mi copioso llanto,
Y de alabanza le dirijo un canto
Del caer de mis lágrimas al són.

AL OLVIDO.

Olvido, negro olvido,
Del alma noche densa,
Borra tu cauda inmesa
Aun la memoria del perdido bien.
Del corazón herido
Las llagas cicatrizas
Y la pasión suavizas,
Bálsamo grato del dolor también.
Como inclinado río
En tu corriente el barro,
Las juncias y el guijarro,
Que el cauce obstruyen, llevas juguetón;
Pero también impío
Arrastras y despojas
Las flores y las hojas,
Que adorno y gracia de la margen son.
No sé si aborrecerte,
O si adorarte ignoro;
Te busco cuando lloro
Y te abomino en horas de placer.
Quisiera deshacerte
Cuando mi dicha enturbias;
O entre tus ondas turbias
Mis lágrimas quisiera disolver.
Tú las llagas inmensas
De la injuria marchitas;
Pero también nos quitas
El divino placer de perdonar;
Olvidar las ofensas

Es noble entre las gentes;
Teniéndolas presentes,
Es ya divino al enemigo amar.
Tú, de la muerte hermano,
Su destrucción secundas,
Y de tiniebla inundas,
Hasta el nombre feliz del bien que fué.
Ocultas inhumano
Los hombres y ciudades,
Disipas las edades
Cual tamo de los vientos á mercé.
Engendro de la nada,
Los mundos brilladores
De ensueños y de amores
Sumerges en el seno del caos.
Tu noche desplegada
Circuye el alma mía,
Como la nada umbría
Rodea el mundo, que formara Dios.
El corazón sería
La hez de la inconstancia,
Si tu revuelta estancia
El fuera siempre, olvido destructor;
Por tí se extinguiría
El fuego, en que yo ardo,
La lámpara que guardo
A las finadas prendas de mi amor.
Si es olvidar mi suerte
A mi bendita hermana
Y aquella turba ufana
De seres, que llenó mi juventud;
Ven pronto, ven, oh muerte
Y en la inclinada senda
Detenme, y yo descienda,

De recuerdos henchido, al ataud.
Antes que suene la hora
Del olvidar siniestra,
Pare tu helada diestra
El péndulo temible del reló.
Ven, oye, destructora;
Obedece, altanera,
Haz lo que digo, fiera,
De Cristo en nombre te conjuro yo.

Diciembre de 1894.

DESPUES DE COMULGAR.

(Fantasía.)

Ven pronto, ven á mí, dulce Ana mía,
Unica hermana, que á mi torno acuden
Angeles mil, risueños de alegría
Las alas candidísimas sacuden.
Mira éste, que á mi brazo
Se arrima, como niño temeroso,
Que abrigo busca en el materno abrazo.
Su vestido es de nieve y vaporoso,
Y su cabello airoso
Sujeto por espléndida diadema.
Aquel, que lleva al pecho
Un solecito, de su amor emblema,
Yo sé que tiene el corazón deshecho
En vivas llamas bajo el peto estrecho.

¿No percibes á aquel, que complacido
En sus alas, de amor revolotea,
Y ya sube, ya baja entretenido?
Ese me acarició cuando gustaba
Yo el Cuerpo del Señor, enaltecido
Con labio indigno al pie de los altares,
Cuando, al son de los místicos cantares,
Diluyendo en el éter tan inmenso
Su blanda nube, lánguido se alzaba
Del brasero versátil el incienso,
Y á la cúpula altiva
Penetraba del sol la lumbre viva.
Y ¿tú quien eres que la mano tierna
En mi cabeza pones cariñoso?
¡Ah! tú en la lucha del pecado interna
Sostuviste mi cuerpo fatigoso.
¡Cuán dulce, cuán sabroso
El beso, que en mi mente fomenta da
De la íntima inquietud, fijaste un día!
Y ¡cuán dulce tu plácida mirada!
Este, que apoya la su mano pía,
De incienso perfumada, en mi hombro impuro,
Y en él reclina su cabeza hermosa,
Este de traje oscuro
Y en vez de plumas pétalos de rosa,
Es quien al lado de mi sacra lira
Atiende con mirada cautelosa;
Y la vedada cuerda,
Que ya intentada mira,
Con alba mano férvido retira.
¿Los ves? hermana. ¿Ves sus leves giros?
Y ¿cuando á alguna tentación yo cedo
(Ingrato al fin) escuchas sus suspiros?
Dos lágrimas no puedo

Contener en mis párpados quemosos.
Espíritus hermosos,
Caras mitades de mi dulce vida,
¡Cuán buenos sois! ¿Lo ves? Ana querida.
El Cristo divo, nuestro dulce hermano
Los manda á todos. Mi alma agradecida
De amor no cabe en el recodo insano
Del cuerpo vil: de calabozo humano
El alma está ceñida
Y apetezco que llegue su partida.
Esos labios, que miras, reteñidos
Como el coral, que de la mar ignota
Vimos sacar á buzos atrevidos,
La sien besaron y la espina rota,
La sien ya sosegada
Y la glacial sangrienta cabellera
Del Ungido. También al ser besada
Ungió esos labios sangre congelada,
Sangre, que luego ungía
Tu ánima bella y á la par la mía.
Espíritus angélicos, llegaos,
Que ya morir me siento, el ansia fiera
Me cierra el pecho; raudos acercaos;
Mi corazón sus golpes acelera
Y ya mi mano fría
El arpa asir no puede. Ana María
¡Adiós! Del otro mundo en la ribera
Quizá nos uniremos algún día.
Mas, rápida no llega aquesa hora.
Débil envano voy por lo extendida
Cuesta mortal, sin pluma voladora,
En pos de santa y venturosa vida:
La antorcha no se apaga,
Si Dios no quiere, al huracán tendida;

Mas ¿qué me importa la azarosa vida,
Si es cielo al fin del corazón la llaga?
  Angel feliz, el de morada veste,
Que en oro recamó poder celeste,
Tú en noche melancólica y tranquila
A Jesús combatido rudamennte
En el opaco huerto,
Do sólo se escuchaba mansamente
El rumor de los árboles incierto,
Confortaste en su trémula agonía:
De la angélica turba prontamente
Surge en mi ayuda con divino acierto,
Cuando ya, ya la muerte torpe y fria
Cierre mis ojos á la luz del día.

Septiembre de 1898

CARTA PARA EL CIELO.

Cristo Jesús, *Rabbí* del alma mía,
Hoy de tn Padre en la perenne gloria
Oye los rasgos de mi pobre historia,
Que el atrevido de mi amor te envía.
  Soy de los tuyos, y jamás negarte
Supo mi labio, ni tembló mi pecho,
Hijo de Dios, Maestro, al confesarte;
Y en los palacios del saber y el arte
Me sentí con tu nombre satisfecho.
  Ya de mi infancia en los ensueños vagos
Tn belleza la mente columbraba

Y presintiendo, el corazón saltaba,
De tu divino soplo los halagos.
  Entonces, esquivando á mis iguales,
Extático gastaba largas horas
En escuchar las voces celestiales
De selvas, nidos, aire, manantiales,
Torrentes y lagunas tembladoras.
  Y al oir la cadencia de una fuente,
La voz del aura, el trino de las aves,
De la tormenta los mugidos graves,
El rugir de las fieras y el doliente
Rumor, que forma, cuando muere el día,
El lago con sus olas y espadañas;
En mi inocente candidez creía
Que un algo dicen, y mi afán crecía
Por entender sus cláusulas extrañas.
  O ya miraba absorto, embebecido,
De un árbol hueco ó de olorosa gruta
Manar el agua, y por la fija ruta
Tender el curso, nunca interrumpido.
  Y el giro eterno de la gota clara,
Que cae y leve sin cesar voltea,
Y, corriendo á la mar nunca se pára,
Pudo hacer que mi mente presagiara
De lo infinito la sublime idea.
  O ya, en los cielos el mirar fijando,
Lo inmenso descubrir imaginaba;
Y en contemplar las nubes me arrobaba,
Su incógnito destino averiguando.
  Y en la insondable oscuridad, que el ojo
Miraba acaso en el zenit profundo,
Y en las nubes pintadas de oro y rojo
Tenía mi alma el soñador antojo
De leer los misterios de otro mundo.

Y de un espejo á veces en presencia,
Si veía mi imagen por fortuna,
Le interrogaba á su brillante luna
El porqué de mi vida y mi existencia.
Y no pudiendo comprender yo mismo
¡ Ay ! los arcanos de mi sér, quería
Salir de mí con loco paroxismo.
Tú me diste la llave del abismo,
La fe, que los misterios me abriría,
En esa edad mi madre ¡ qué de veces
Tu amargo fin me relató piadosa !
Y ví tu cruz erguida y espantosa
Y el cáliz apurado hasta las heces.
Mis infantiles lágrimas corrieron,
Mirra del alma para tí ; tus penas
Mi corazón de niño estremecieron,
Y para templo del dolor ungieron
Todo mi ser con sangre de tus venas.
Llegó la juventud batiendo palmas,
De amor y vida con radioso lujo,
La alegre juventud, á cuyo influjo
Ves florecer los cuerpos y las almas :
Las tiendas del amor, donde la hermosa
Troncha al Asirio la soberbia nuca,
Huí con miedo, y la mansión dichosa
Busqué donde tu ciencia cariñosa
A los electos del santuario educa.
Y de entusiasmo juvenil henchido
Viví de goces castos y serenos ;
Lejos oí repercutir los truenos
Y el ay de tanto corazón herido :
Ciencia y arte benignos me impartían,
Su luz la una, su belleza el otro,
Y ni libres mancebos me atraían,

Y nunca, donde á ellos, me veían,
Nunca del mal en el florido potro.
¡De tu familia soy! que muy tempranos
Oí los sones de tu voz divina,
Y tú has dicho: "Los que oyen mi doctrina,
Esos mi madre son y mis hermanos!"
Y fué tuyo mi hogar, en él reinabas,
Era tu santa ley su ley suprema,
Tu nombre el talismán, con que mudabas
Las penas en placer, y sofocabas
La contraria pasión, que el pecho quema.
Mi madre en adorarte reverente
Ha cifrado su goce y su ventura,
Y mi padre en tus templos con fé pura
No rehusa inclinar la honrada frente.
De seis hermanos, que á ceñir vinimos
De frutos el amor, con que se unieron,
Al santuario los tres nos acogimos,
Y dos al cielo remontarse vimos,
Que á Tí sus alas al nacer tendieron.
Y de su vida en la feliz mañana,
Abandonando su mansión grosera,
A tu sepulcro plácida y lijera,
Con santo amcr se dirigió mi hermana.
Y fué veloz como las tres Marías,
De su virtud el oloroso ungüento,
Sus lágrimas y escasas alegrías,
Su pronta muerte y fieras agonías
Solícita llevando al monumento.
¡Eres nuestro! Señor: me levantaste
Otro día del polvo del camino,
Y diste en tu diadema de oro fino
A la vil piedrecilla rico engaste.
Ni por Tí renunciar al goce breve,

Que el mundo brinda, me importó un tesoro;
¿Qué le importa al naranjo, en aura leve
Que caiga muerto el azahar de nieve,
Si le ha de suceder el fruto de oro?
Me presentaste el incensario luego,
Que hilos de humo estaba devanando,
Las sacras vestiduras rutilando
Y tu sublime corazón de fuego.
"Ven, me dijiste, ven á mis altares;
Sacerdote serás; blando es mi yugo,
Te has de teñir de Bosra en los lagares
Y beberás al són de mis cantares
D elos viñedos de Sarón el jugo."
Vine, Señor. Y ¿cual será mi suerte
Cuando la aurora de justicia luzca,
Y al reino del sepulcro me conduzca
El brazo inexorable de la Muerte?
Líbrame tú, Señor, tú que confinas
Al páramo de Egipto al Asmodeo,
Y guarda como lirio en las espinas
De mi sagrada castidad las finas
Hojas, que son mi vida y mi deseo.
Contra tí mismo, Piedra inamovible.
Mi sér quebranta, mi soberbia inmola,
Pues eres, Cristo, mi esperanza sola
Del mundo vil en la tormenta horrible,
Eres mi dueño: mi virtud protege;
Tú que á los pobres amoroso alegras,
De ambición el Demonio haz que se aleje,
Y no permitas que en mi frente deje
El polvo inmundo de sus alas negras.
Y al desatar con ansias y entre males
De la materia los queridos lazos,
Y al trasponer con miedos eternales

De Eternidad los pálidos umbrales,
Rabbí divino, me hallaré en tus brazos.

Seminario de México, Julio de 1895.

A MANUEL

(En la mañana de su primera comunion.)

No tengas que ver con ese justo, porque hoy he padecido mucho en visión por él.
[Mat. 27, 19.]

Anoche, niño, me dormí, pensando
Que hoy ibas á comer al Dueño mío.
Y tuve un sueño (y desperté llorando)
De esos terribles, que me causan frío.
Soñé que ya eras joven y que hermoso
Te daba el mundo su dorada copa,
Y manchabas con líquido asqueroso
De tu alma pura la nevada ropa.
Soñé que por las calles arrastrabas
Al Nazareno en busca de placeres,
Y su carne á pedazos arrancabas
Entre cantos y risas de mujeres.
Y que de espinas hórrida corona
Tus pensamientos le clavaban fieros,
Y dando muerte al Cristo que perdona,
Gastabas, oh Manuel, años enteros.
Y en un corro de amigos insolentes
Su nombre á confesar no te atrevías,
E instigado por ellos, entre dientes
Con vergüenza ruín le escarnecías.

Soñe por fin que enmedio de un torrente
De sangre de Jesús, ya profanada,
Rodaba tu alma mísera y doliente
Del hondo abismo á la voraz entrada.
Hijo de mi alma, no, no se realicen
Mis ensueños de anoche; te lo pido
Por esos labios de Jesús, que dicen
Que habrá de ser tu corazón su nido.
Recuerda, sí, cuando Satán adusto
Torcer al mal tus sentimientos quiera,
Que padecí en visión por ese Justo,
Cuando iba á ser tu comunión primera.

Agosto de 1894.

EN MALAS REDES.

(A un amigo.)

Caro Infidel, si de mi voz comprendes
Sincera y cariñosa los acentos,
Detén el paso, que veloz desciendes
Cual hoja, que es ludibrio de los vientos.
Yo nunca lo temí. ¿Tú, consagrado
Al santo amor desde la edad primera
Ibas á terminar arrodillado
Al pié de una beldad, que el lodo cría?
Desde mi estancia rústica y grosera

Percibo los rumores cada día
Del mundo y del amor; á mi retiro,
Que tú llamas huraño, los lamentos
Hace llegar Cupido y el suspiro
De las que inmola víctimas á cientos.
Y....llegó tu suspiro....yo dudoso
Busqué en el cielo, donde estar solías,
Oh lucero del alba esplendoroso,
Tu disco y....en verdad no aparecías.
En red sutil el insidioso trato
Enmarañando fué tus alas de oro;
Y vestido de incienso y de recato
Va entrando Amor á saco tu tesoro.
Y ¿apellidas aún, triste paloma,
Espiritual amor y cortesía
Lo que tiene otro nombre en el idioma
De la noble y honrada lira mía?
¿Tu negra vestidura, la mortaja,
Que vistes ya, no dice que no es cierto
Lo que te afanas por mentir en vano,
Y que tu noble corazón es muerto
Para los goces del amor profano?
Abre los ojos y tu error galano
Advierte ya, que de piedad disfrazas;
Mira que así tu espíritu lozano
En espinas de rosa despedazas.
Y ¿tan iluso estás, que cuando imploras
Al cielo, en la oración mezclas el llanto,
Que al frenesí de la pasión tú lloras?
De aquel piadoso libro en la portada,
Que tú escribiste, halléme con espanto
Sangre, que deja tu alma traspasada.
¡Aguas tranquilas del amor y claras,
Que os estancais en almas escogidas,

Cuán profundas, falaces y qué raras
De encantador azul! ¡Aguas dormidas,
Cuan venenosas sois! Hallaron muerte
A millares en vos almas y vidas.
Las hermosuras, que la tierra ofrece
Y se pueden amar por breves días,
No son término al alma, que apetece
Santo raudal de eternas alegrías;
Ni el blanco del amor: son formas bellas,
Que van despareciendo una por una,
Así cual desparecen las estrellas
Y la cambiante luna,
Cuando la luz del sol viene tras ellas.
Y ese sol llegará; yo espero el día,
En que de nubes y de error desnudo
Dios resplandezca para el alma mía.
Esa esperanza como firme escudo
Me defiende de erótica dolencia,
Y el corazón refreno hasta que llegue
El alto día, en que á beber se pegue
De la hermosura á la infinita esencia.
Entónces sabré amar; y de olorosas
Y no caducas celestiales rosas
Me adornaré la sien. Si, caro amigo,
Y aquel mirar la esencia soberana,
Si á Dios hace feliz ¿qué hará conmigo?
¡Oh! juntos beberemos
Las fuentes del amor, que dulce mana,
Y en éxtasi sin fin nos dormiremos.
Y ¿en tanto, mi Infidel? ¿No te alecciona
La horrible oruga, que á la luz se niega
En la cárcel, que labra, y dormilona
Se sacrifica en tanto que la llega
Del tibio Abril el perfumado aliento,

En que ya libre con amor despliega
Sus alas de oro y de zafir al viento?
  Pues abandona el trato, que avasalla,
Labra el capullo, vuelve á tu clausura,
Mientras que cesa la infernal batalla,
Que en el mundo provoca la hermosura.
No dejes que me arranque estos acentos
El verte entre la turba de amadores,
Que flagela Cupido, y macilentos
Van regando con lágrimas, á cientos,
Sus cadenas de abrojos y de flores.

Julio de 1894.

A JOSEFINA.

......Why would'st thou be a breeder
of sinners?
Shakspeare.—Hamlet

  Crecida estás ¡por Dios! No hace dos años
Que en el jardín cazabas mariposas,
Mientras que yo cazaba desengaños
Del mundo en el jardín, buscando rosas.
Yvan diez primaveras olorosas
Desde que niña te arrullé en mis brazos,
Arreglando á tu faz de rosa leve,
Porque no te dañasen con su nieve
De tu ropón las ondas y los lazos.
  Y ¡cuán mudada estás! En tí ya encuentro
La niña que á girones se deshace

Cual broche de capullo, porque nace
La larva de mujer, que estaba dentro.
Ya en tus ojos se oculta ó se deshace
Aquel franco mirar, con que los niños
Están eternamente preguntando
O pidiendo juguetes y cariños,
Sin hablar, ni pedir, sólo mirando,
El mirar, en que el alma se leía
Cual se puede leer un libro abierto.
Ya enlutada y sagaz melancolía
En tus ojos negrísimos advierto,
Que se extiende, tu espíritu velando
Y en ellos sus dominios ensanchando.
  Ya la hora sonó, la triste hora,
En que el ángel acaba y en que empieza
La mujer, en verdad arrobadora,
En que ganan la forma y gentileza
Lo que pierden la dicha y la pureza
De la santa niñez, que mi alma llora.
  ¿No ves que ya tu forma
Se va robusteciendo y va llenando
La curva fiel, que la belleza norma;
Y á pasos gigantescos va tomando
Aquella turgescencia de crisálida,
Que está para trocarse en mariposa;
Y en ese cambio tu mejilla pálida
Acrece su jazmín, mengua su rosa?
Al verte en esa edad, si casi pienso
Que de un momento á otro con mil galas
Para volar por el espacio inmenso,
Niña gentil, te han de brotar las alas.
  Pero, no, no lo quieras ni lo esperes,
Que causan mil enojos
Y no suelen servir sino de abrojos

Las alas á vosotras las mujeres.
Por eso la humedad llena mis ojos
Al ver cómo creciste, pues ¿qué quieres?
Yo soy extravagante y me lamento
De eso que á otros hincha de contento.

....

Es en vano que digas que no es cierto,
Si el rubor, que al decirlo te colora,
Desmiente de tus labios el aserto,
Porque es indiscretísima habladora
La púrpura de un rostro á los quince años.
En esto no hay engaños:
Si todo me lo dice: si ya sabes
La cabeza agitar con gracia nueva
(Como agitan el cuello ciertas aves)
Para arreglar los bucles en tu espalda;
Si riñes, hija mia,
Por alargar un palmo cada día
Tu ya crecida y bulliciosa falda.
Pues, mira, Josefina, me contaron
Una triste leyenda ciertas rosas,
Que allá en el Paraíso se encontraron,
Y á esta tierra después las trasplantaron,
Con quienes tengo pláticas sabrosas;
Dicen que Eva, tu madre, en aquel día,
Que la virtud cambió por la manzana,
Sintió tanta vergüenza que quería
Toda esconderse en la verdura umbría
De aquel huerto, en que fuera soberana.
Y tal se avergonzó toda la vida
De su culpa letal, que siempre quiso,
Aun salida del patrio Paraíso,
Vivir entre las ropas escondida.
Y por eso tu instinto ya reclama,

Al salir de la loca adolescencia,
Que la sonante fimbria el suelo lama,
Porque arde ya en vosotras por herencia
De la vergüenza la terrible llama.
Has llegado á la edad de las pasiones
Y empieza para tí la triste lucha,
Que empeña á los humanos corazones;
Y necesitas fortaleza mucha,
Pues de improviso sentirás moverse
Dentro á tí misma un nido de escorpiones,
Pugnando á destrozarte y extenderse;
Escorpiones del mal, que tú inexperta,
Sensible y delicada,
Por caricias dulcísimas mimada,
No imaginas tener dentro á tu seno,
Sin saber que, en el crimen concebida,
Heredaste una ampolla de veneno,
Que al llegar á esta edad hierve encendida.
Eres en fin la cándida azucena,
Que en su cáliz guardó sólo rocío,
De oro, de néctar y de aroma llena,
Y albergas ahora, al parecer serena,
El áspid fiero, venenoso y frío.
Y es muy triste en verdad que un sér tan puro,
Tan débil, tan hermoso
Tenga que entrar en el abismo oscuro,
Donde tanto se lucha sin reposo......
Esa transformación, en que reparo,
Ese paso, que diste á la hermosnra,
¡Pobre mujer! lo pagarás muy caro.
Ya tu cuerpo, hasta aquí cuerpo de niño,
Débil, fino y sutil como el armiño,
Fué lecho candoroso
Prestado á tu reposo,

En que tranquilo tu ánimo dormía
Sueño feliz de la niñez ligera
Sin pesadillas hórridas ni malas,
Como dormir pudiera
Un Serafín entre sus muchas alas.
  Y de hoy en más en tu agitado pecho
Ese corazoncito, no avesado
Sino á amar candoroso y satisfecho,
Tendrá que sostenerse denodado
Y por mil huracanes agitado,
Y muchas veces, afectando calma,
En la lucha interior, que nós oprime,
Tú llorarás las lágrimas del alma
Cuando los labios rien y el pecho gime.
  Y no podrá ayudarte á la victoria
Ni tu madre siquiera; muchas veces
No podrás, desterrada de la gloria,
Ni decirle la guerra que padeces,
Que avergüenza aunque fuere rechazada
Del pecado fatídica la öla:
Y así tú, acostumbrada
A ir á toda parte acompañada,
A esa batalla irás sola, muy sola.
  Mas ¿como tú la hermosa y delicada
Haz de sufrir las fieras tentaciones,
Si el sentirlas parece que degrada?
Y ¿si caes, si van los aquilones
Arrastrando por valle, monte y peña
Y enlodando y haciéndola girones
A mi paloma cándida y zahareña?
Eso no es para tí, no, no, ¡imposible!
Que no se hizo el cieno para el nardo
Y....sin embargo cae al fango horrible.
¡Nunca hubieras nacido, sér gallardo!

Walkiria, de los cielos desterrada
Y en mujer de improviso transformada,
A quien ofrece el engañoso mundo
Seductor y mirrado
Del goce y el pecado
En taza ambárea su brebaje inmundo,
¿Quién te arrojó de allá de las alturas,
Donde las cosas puras
Viven en paz inmarcesible día?
Mejor en esta edad remonta el vuelo,
Como la inolvidable hermana mía,
Y vé á las puertas á llamar del cielo.
Pero no, cumple ahora tu destino,
Hija de Eva, á luchar, luchar llorando
Hasta reconquistar el bien divino.
Una madre te ampara, derramando
Sobre tí el corazón, que bienes mana,
Es tu madre, la Virgen soberana.
Amala mucho y búscala constante,
Que, mirándote huérfana en el mundo
Y en guerra con lo malo y con lo inmundo,
Te la dejó Jesús agonizante.
Ella te salvará, porque es la pura,
La dulce, la amorosa que encamina,
La fortaleza intrépida y segura.
Los juguetes pueriles, Josefina,
Ya suspende en la puerta de la infancia,
Cuyo dintel dejaste ya desierto,
Abandonando su risueña estancia.
Está el camino ante tus pies abierto;
Y, tomando la cruz de tu materia,
De tu materia hermosa y maldecida,
En Dios engrandeciendo tu miseria,
Combate hasta vencer, toda la vida.

Julio de 1894.

SUB UMBRA.

Mi corazón es un lacrimatorio
De guardar tantas lágrimas gastado,
No es mucho que ya viejo y horadado
Deje salir su líquido expiatorio.
Mi corazón es árbol, en que asoma
Del tronco por el fuego consumido;
En gotas cien la calcinada goma;
Y es un enigma mi fatal gemido.
Señor, si á tu heredad gentes vinieron
Y á la dulce Salem, que fabricaste,
A custodiar sus huertos la pusieron;
Ya sé que por castigo las mandaste.
Lo merecimos. Nunca los rencores
En mi espíritu caben, que lo mismo
Se corona de espinas que de flores.
Y por eso relato en el abismo
De gran misterio la fatal historia,
Y la cuento, Señor, para tu gloria.

I

Yo ví, yo ví, segundo Prometeo
Al abismo rodar la dinastía,
Que fué mi amor y ahora mi deseo.
Oí el estruendo, que al caer hacía
La institución de bases seculares,
Que fuera mi mentor, mi madre un día.

Chocaban descuajados los pilares,
Subía el polvo, heridos retemblaban
Cedros y encinas, cátedras y altares.
Nuevas gentes los ámbitos llenaban
Indignas de habitar aquel palacio,
Que de cieno los bárbaros manchaban.
A la debilidad faltóla espacio
Para abrigar catervas desleales.
Y yo quedé con ánimo rehacio,
Atado á los escombros colosales
En horribles angustias, encubriendo
Los moldes de mis viejos ideales.
Todo, Señor, lo presencié, gimiendo,
Sin poder y sin voz, no se me oía;
Y el mar anegador iba creciendo.
Tuvo la vanidad su apología,
El pecado disculpa, la ignorancia
Verde laurel y palmas la falsía.
Los vencedores llenos de arrogancia
Con muy digno valor nos insultaron,
Y comieron el pan de la abundancia.
De ruina el estruendo sofocaron
Con el son de la cítara febea,
Que uno pulsó, los otros alabaron.
Sólo un consuelo mi ánimo recrea:
Que á su poder mis labios no temblaron
Ni sirviendo á lisonja, que granjea,
Fingir supieron, ni jamás callaron.

II

Si, yo con entereza de cristiano
De mi noble Honradez no he torcido

En cadena servil la libre mano.
Mas.... ¿qué celeste aroma he percibido?
De alas rumor, que trae el manso viento,
Me parece escuchar, dulce al oído.
Algo sube del mar, que mi tormento
Con hechizo benéfico apacigua,
Y mis llagas orea con su aliento.
Te reconozco, bienhechora antigua,
Oh pléyade de nobles Esperanzas.
Subid, subid, mi pena se amortigua.
Revive, corazón, de nuevo alcanzas
El día que soñaste tantos años;
Ya nos perdona el Dios de las venganzas.
Huyeron en parvada los extraños,
La casa de mi amor reconstruiremos.
Y, al remediar los pavorosos daños,
La gloria del Señor ensalzaremos.

Junio de 1895.

AL R. P. D. JOSÉ SOLER.

Un átomo de polvo, que rodando
Ha traido el azar desde occidente,
Nada vale sin viento, en que flotando,
Con un rayo de sol por suerte dando,
Brisna de oro se torne de repente.
Y ese grano de polvo eternamente
Al sol le deberá sus brillos de oro,
Al aire su feliz encumbramiento:

Pues bien, yo soy el átomo incoloro,
Vos el rayo de sol y vos el viento.
Trece años ha que pobre y forastero
A las aulas yo vine, confundido
En la turba escolar del *Semillero*,
Que por vos era entonces dirigido.
Vos creisteis haber reconocido
De una veta feliz en mí los trazos;
Del suelo con amor me levantasteis;
Firme sostén me dieron vuestros brazos,
Y en vuestra rica luz me iluminasteis.
Del sol de caridad ráfaga pura
La vuestra caridad me protegía.
De inmensa erudición vena segura
En vos hallé, talento que fulgura
Con todos generoso, como el día.
Y nunca olvidaré que mi valía,
Grande ó pequeña, á vos la he debido,
Y seréis para el polvo agradecido,
Mientras dure la vida voladora,
El viento en donde flota enaltecido
Y las hebras de sol en que se dora.

IN MEMORIAM.

I

LA ULTIMA NOCHE.

No la puedo olvidar, con negra tinta
Está en mi pobre corazón *tatuada*,

Noche terrible del color que pinta
Con su tiniebla singular la nada.
La noche fué del jubiloso día,
En que á Jesús resucitado adora
Su esposa virginal, la Madre mía.
Comenzó á anochecer ¡qué triste hora!
El médico en hablar parco y severo
Formuló su pronóstico, que mi alma
En angustias hundía: yo ligero
Corrí las calles, afectando calma,
Y llamé al confesor. Ella al mirarle
Tembló, sintiendo el horroroso vaho
Del reino inexcrutable de la muerte,
Así cual tiembla la combada nao,
Cuando en brazos del mar ponen su suerte.
La niña estuvo en la alcobita mustia
Con el hombre de Dios cuchicheando,
Yo bajo el peso de una cruz de angustia,
Y mi madre á la puerta sollozando.
Y partió el sacerdote. El aposento,
De Dios guardando huellas en el viento,
Quedó sumido en hórrida tristeza.
En frente de le *Mater Dolorosa*,
Tesoro de mi madre, con pereza
Parpadeaba lenta y fatigosa
La lámpara ruín, cuyos fulgores,
Luchando con la sombra, parecían
Las breves esperanzas y temores
Crecientes, que en mi pecho combatían.
En su lecho la niña se agitaba,
[Inquietud invencible la acosaba]
Buscando con afán espacio y viento.
A veces la infeliz se enderezaba,
Al cuello de mi madre se abrazaba,

Doblando su piedad y su tormento;
Los muebles de la estancia recorría
Con mirada fatal. Su dulce acento
Más infantil á cada vez se hacía,
Y de lívidos cercos rodeados
Sus ojos más y más se dilataban,
Y con brillos y luz inusitados
Melancólicamente rutilaban,
Así cual los luceros resplandecen
En la noche estival con luz violenta
Y semejan que crecen y decrecen
Cuando ya se avecina la tormenta.
Eran siglos de siglos ¡ay! las horas
De esa noche sin fin; y mi alma avara
De luz, de luz, con ansias roedoras,
Detestaba esa noche, imagen clara
De la terrible eternidad, que impía
Vuelta á mi hogar sus fauces entre abría,
¿Donde estabas, oh luz del claro día
Que me dejaste estar saboreando
Sorbo á sorbo las hieles de la tumba,
Cuyas heces se van más alejando
Mientras más bebe el infeliz? Rezumba
Todavía reciente en mis oídos
Aquel rumor fantástico, que entonces
Como tañido de lejanos bronces
Trastornaba los míseros sentidos.
Y....perdona, lector, que la enpezada
Torba elegía terminar no pueda.
¡Imposible! la estatua inacabada
De mi dolor recibe como queda.
Una y cien veces remojé la pluma
¡Ay en mi corazón y, estremeciéndome,
Como al probar el naúfrago la espuma

Del mar que le amenaza, arrepintiéndome,
Cayó mi mano desvalida, inerte
Sobre el papel al peso de la muerte.

II

EL PRIMER VIATICO

Fué la primera vez esa mañana
Que á mi Señor llevé junto á mi pecho
De un moribundo al doloroso lecho;
Y la que iba á partir era mi hermana.
Lo pongo en el altar, que olores mana,
Todo de prendas muy queridas hecho;
Y recibo, ya en lágrimas deshecho,
Las confesiones de su fé cristiana.
Calló su voz que dulce respondía,
Y en su semblante de ángel resignado
La luz de la esperanza sonreía.
Y la dí el Cuerpo del Señor, (que alado
La acompañase por la eterna vía)
Con gotas de mis ojos empapado.

III

MORTA! (1)

Tinto il volto gentil d'un bell pallore,
Cóme giglio falciato, in pura vesta

(1) Perdónese á mi dolor haber escrito esta piezecilla en el idioma de mi padre, que fué también en cierto modo el de mi hermana.

Gia par che dorme, la virginea testa
Dall velo cinta é dallo bianco fiore
  Della morte u'insegna il freddo orrore
Lo caro spoglio di fanciulla questa;
Ma dipinto nell corpo ancora resta
L'último affetto, che moveba il core.
  Amor di Dio, nobil speranza
Il cor cercaban'alla morte fisso;
Veni Dio per finir la malenanza;
  Vellé l'spirto, li bacció con risso,
E alla materia póvera abastanza,
Cosí l'orma lasció del suo sorrisso.

IV

LACHRYMAE RERUM.

  Guardo en mis arcas un reloj de arena,
Roto de sus ampollas cristalinas,
Y dentro de él las hojas opalinas
De un ramo de azahar, que el polvo llena.
  Aquel paró cuando espiraste apena,
Este fué de tus sienes blanquecinas
Adorno cuando muerta, ambos ruinas
De lo que fué tu juventud serena.
  Y me dice el reloj, en que cesaron
De caer las arenas bulliciosas,
"Las horas de su vida se acabaron."
  Dice la flor: "Sus gracias candorosas
Con polvo de la tumba se nublaron"
¡Tienen también sus lágrimas las cosas!

V

AL VESPERO.

Cuando tu dulce resplandor destella,
Cual lágrima de Dios, en occidente,
Luz de la tarde, con quien vanamente
Osara competir ninguna estrella;
Triste recuerdo que mi hermana bella
Al mirarte, cantaba dulcemente
De Bión de Esmirna el himno reverente,
Que te saluda, grato como ëlla.
¡ Ay ! y recuerdo que la vida suya
Se perdió en el ocaso, así tranquila
Como te pierdes tú; deja que huya.
Mientras mi herido corazón vacila,
De mis párpados, pues, hermana tuya
Una gota de llanto, que cintila.

ANTES DE MI PRIMERA MISA.

Esta es la hora tanto deseada,
De la Virgen de Asís el templo santo
Irradia lleno de festivo encanto;
Y me espera su altar
Creyente multitud arrodillada,
Del nuevo sacerdote el sacrificio
Aguarda; y por celeste beneficio
Voy á sacrificar.

Y ¿qué virtud, qué méritos, qué gloria
Tengo para subir la gradería,
Que al ara lleva, Dios del alma mía,
Do se inflama tu amor?
Los hechos sabes de mi pobre historia
Y miras como tiemblo y me acobardo;
Sólo un secreto, que en mi pecho guardo,
Me alentará, Señor.
Resto quizá de mi nativo orgullo
El recuerdo será, de que me ufano:
Que las palabras de un amor profano
Jamás articulé.
Largas promesas, ni amoroso arrullo
Mis labios nunca modular supieron;
Ni oídos de mujer mi voz oyeron
Que les jurara fé,
Ni hay quien pueda decir en este mundo:
"Ese, que trae á Dios, me ha adorado,
Y los labios, que ahora han consagrado,
Me endiosaban á mí,"
Si no es así, Señor, mi labio inmundo
Enmudezca tu látigo de fuego,
Cuando á decir sobre la hostia llego
Las palabras de Tí.
Llenan el aire arpegios vacilantes
Como la débil oración del niño,
Y una nube de púrpura y armiño
Del perfume oriental.
Tienden los cirios llamas ondulantes.
Semejando de Dios el suave aliento,
Besa y conmueve el invisible viento
Las hojas del Misal.
¡Vamos! Llegó la hora sobrehumana.
Sobrecogido de temor me acerco;

Y me parece que de luz un cerco
Me empieza á rodear.
Y me envuelve una niebla soberana,
De los misterios celestial cortina;
Y sólo sabe la Piedad divina
Lo que fué en el altar.

10 de Noviembre de 1892.

A UN AMIGO.

Sentí tranquilo el pecho
Al calor de las alas maternales
De la Virtud; derecho
Puse el timón, iguales
Al ver las ondas, puse en Dios la mira
Y de mis hombros descolgué mi lira.
Y en el divertimiento,
Del arte sacro me olvidé, Marchena,
La ira del manso viento,
Al ver la vela llena
De zéfiros, y en gráciles canciones
Desconocí la mar de las pasiones.
Pero el Señor acaso
Previó que de mi paz en el bien puro,
Lejos de agudo paso,
Perdería inseguro
Mi pecho ardiente su valor, ganado
Cuando yo padecí, cuando he luchado.
Y así soltó los aires,
De la caverna, para mí cerrada,

Y turbó los donaires
De mi canción amada:
Y boga mi alma, cariñoso amigo,
Llevando en su barquilla al Enemigo.
Señor, desde el asiento
El corazón ya traigo removido
De luchas y el aliento
Me falta; y ya rendido
Y casi del turbión arrebatado
¡Ay! iré por abismos derrocado.
¡Vuelva mi quieto estado!
Y beberé las Caballinas linfas,
Y junto recostado
La cueva de las Ninfas
En doctos modos moveré la grata
Ebúrnea lira, que pesares mata.
Mas no. ¡Cielo sañudo
Contra mí se levante y enfurezca!
Y en el combate rudo
Mi pecho robustezca;
Que si no es la India lanza retostada,
Como frágil *bambú* será doblada.

Julio de 1889.

LA PRIMERA COMUNION.

(A MIS HIJAS EN CRISTO
LAS NIÑAS OCTAVIA Y OTILIA MAYOR DE PARRA.)

Por fin esta mañana con paternal empeño
Os dí á comer, mis hijas, el Cuerpo del Señor;
Y El dócil y sumiso con amoroso sueño,
Ya véis, dejó llevarse de vuestro dulce amor.

Yo supe que El decía, cuando en la tierra estuvo:
"Dejadme que los niños se lleguen hasta mí"
Y que en el mundo torpe su encanto en ellos tuvo
Porque eran inocentes: lo supe y os lo dí.

Tenéis en vuestras almas su espléndido tesoro,
Maná de los viajeros, del corazón imán;
Si obedecéis su impulso, evitaréis el lloro
Y locas inquietudes, que las pasiones dan.

Y correrá la vida cual plácido arroyuelo,
Que. en su cristal copiando riente y bullidor
La pompa de su margen con el azul del cielo,
Conduce arenas de oro y cálices de flor.

Y cuando llegue el día de sombras y pasiones,
Que trae en su cortejo la dulce juventud,
Será Jesús el iris de aquellos nubarrones,
Que pronostique luces y calma á la virtud.

Mas...¡ay! ¿qué no advertísteis que trémulo sollozo
Me sofacaba entonces al frente del altar,
Y en lágrimas disuelto del corazón un trozo
Brillante en mis pestañas pugné por ocultar?

¡Ay! fué que recordaba la comunión primera
De otra infeliz criatura y objeto de mi amor,
De quien yo sólo guardo ya en la urna lastimera
De mi alma y de mi pecho memorias de dolor.

Mi hermana fué: yo mismo la hablé del pan angélico
Con todo el entusiasmo de mi cristiana fé,
Y abierta su alma dócil al germen evangélico
Como esponjosa tierra del nuevo Abril, hallé.

Mas no de blanca seda, ni de crespón airoso,
Así como vosotras, se pudo engalanar,
Pues era pobrecilla; y el cielo bondadoso
Negó á su sien los hilos de cándido azahar.

Ni las maternas joyas formáronla su arreo,
Ni la candela pura sus pasos alumbró;

Mas de percal sonante con esmerado aseo
Y manos cariñosas mi madre la vistió.

Fué su única guirnalda de su alma la pureza,
Su amor á Jesucristo fué su único joyel,
Su clara fé la antorcha, que el cielo la adereza,
Y su ropaje espléndido su confianza en él.

Yo al templo la conduje. ¡Qué limpia la mañana
Nos enviaba soplos de aroma y de frescor!
Y con acento noble decía la campana:
"Venid al generoso banquete del amor."

La hablé por el camino de los cuantiosos dones,
Que da Jesús. pintéla su gracia sin igual,
Que cual torrente sabe regar los corazones
Con orbes luminosos de líquido inmortal.

Y ví que sonreía con júbilo divino,
Su vista dilatando por la extensión azul;
Y Dios la preparaba tan singular camino
Como la *via-láctea* de vaporoso tul.

La ví después humilde, las manos junto al pecho
Con lágrimas los ojos, la Forma recibir.
Y dije: "Amor divino, ¡por Dios! ¡por Dios! ¿que has
¿Podrá tan débil niña tu fuego resistir?" (hecho?

Entonces quizás ella, sin que á entender acierte,
La voz de Cristo escucha, que la decía: "Ven"
Y pronto, confiándose del barco de la Muerte,
Acude al llamamiento de su amoroso Bien.

Y...basta de memorias, cuya amargura siento...
En vuestros nobles pechos á mi Jesús guardad
¡Adios, adios! palomas, que de la vida el viento
Se ofrece á vuestras alas, espléndido: volad.

Mas guardaos incautas, que acechan los halcones,
En el sereno espacio buscando al derredor
A las palomas tiernas robar los corazones.
Huid, huid al seno del soberano Amor.

15 de Agosto de 1894.

MI ORDENACION SACERDOTAL

Las seis antorchas cándidas destellan su luz pura,
De Cristo muerto yérguese la pálida escultura,
Y cerca ya el pontífice me espera en el altar.
Y yo me acerco trémulo, sin levantar los ojos,
Con ornamentos fúlgidos, y caigo ante él de hinojos,
Que va mis manos débiles excelso á consagrar.

Yo soy la paja mísera caída en lo profundo.
Mas tú, Señor, levántame, y luego sobre el mundo
Un cetro potentísimo por tu bondad seré.
Sobre el rebelde Tártaro la espada y la victoria
Tú me darás benévolo; y á trueque de esa gloria
Tu cáliz amarguísimo, Señor, aceptaré.

"Sube mendigo, acércate. Dios esperando acecha."
Callados los Presbíteros extienden la derecha,
Y el infinito Espíritu en mí su sombra dá.
Jamás cruzando el árido camino de la vida
Un árbol para el ánima cansada y decaída
Sombra tan fresca y plácida como ésa ofrecerá.

Sus manos el Pontífice coloca en mi cabeza
Y el soberano Espíritu desciende y su grandeza
Con invisibles ósculos me sella el corazón.
Y sus tesoros íntimos Jesús ya me franquea,
Y me asocia á la pléyade, que lucha por su idea,
Y en cambio sólo exígeme humilde adoración.

Con el crisma aromático ya señaló mis palmas,
Que la sagrada Víctima, tesoro de las almas,
Han de tomar, y en vínculos de amor las extendí.
Con ellas el pan ázimo sutil y candoroso
Y en el cáliz la púrpura del vino generoso,
Que en la sangre conviértese del Cristo, recibí.

El misterio terrífico se cumple en tu criatura;
Y ya me causa vértigos el ver la inmensa altura,
A donde el alma mísera sube por tí, Señor.
¡Yo sacerdote altísimo! Señor, Señor, no puedo
Con tanta gloria. Ayúdame, que me anonada el miedo,
La gratitud, el júbilo, la dicha y el amor.

24 de Septiembre de 1892

TRES PRENDAS Y TRES DESEOS.

Un cofrecillo guardo en mi estancia,
Hecho de áloe, rico en fragancia,
Y en el conservo las dulces prendas,
Que en las fragosas y varias sendas,
Por donde anduve lo que he vivido,
Para recuerdos he recogido.
Guardo una cinta de blanco y rosa,
Con que las manos me entretejieron,
Una mañana, la más gloriosa,
De sacerdote cuando me ungieron.
Guardo un pañuelo, de azul cifrado
Por mano amiga, que le ha bordado
Haz de myosotis y minutisa.
Jamás le toco, porque he llorado
En él después de mi primer Misa
El mejor lloro y el más sagrado.
Tengo un legajo, do están dispersos
De este mi libro los caros versos,
Que son de mi alma la pura esencia,
La flor más linda de mi existencia.
Y que me atasen ¡Ay! yo quisiera

Con esa cinta, cuando me muera,
Mis manos yertas, las manos frías,
Que á Dios *alzaron* todos los días.
  Que me enjugasen con el pañuelo
Mi última lágrima gota de hielo,
Que de mis párpados se deslice
Tarda y funesta, cuando agonice.
  Y que me pongan sobre mi pecho
Ese legajo semi-deshecho.
Así á la sombra del alma mía,
¡Ay! mi cadáver descansaría.

VERSOS PERDIDOS.

(Segunda Edicón.)

NOTA BIBLIOGRAFICA.—Este libro se publicó por vez primera, á principios del año de 1897 en la imprenta "La Europea". Formaba un tomito de XXXI páginas, impresas con tipos muy pequeños, en la forma llamada "Regente," y adornado con el retrato del autor y una portada, que dibujó I. Sánchez de Tagle.



ESPERANZA.

I

Tú, que vas á las playas del misterio,
¡Por Dios! que no decaigas, alma mia,
Si es muy largo tu duro cautiverio,
Si es muy dura tu larga travesía.
Te conducen por mares ignorados
En el ámbito vil de su galera,
De brusca saña y de rigor armados
Tus verdugos, hermosa prisionera.
En verdad es muy triste que tú mores,
Si naciste á ceñir una corona,
Con chusma de piratas y traidores,
Que en su flotante cárcel te aprisiona.
Es muy duro tener en el reposo
Sueños de libertad gratos y bellos,

Si á la tiniebla de un encierro odioso
Y entre cadenas se despierta de ellos.
¡Qué largas son las horas si se cuentan
De los hierros al lúgubre sonido,
Y qué largas las penas que lamentan
Los que están lejos de su bien perdido!
Asciende á la cubierta de tu barco
Por hallar lenitivo á tus pesares,
Quizá fulgure de esperanza el arco
Allá en la bruma de los hondos mares.

II

¡Nada! Se ven las aguas intranquilas
Alzar á trechos movedizo monte,
Y se clavan en balde tus pupilas
En el pálido azul del horizonte.
Nostalgías sentir devoradoras,
Recuerdos evocar del patrio suelo
Es tu suerte, y mirar á todas horas
Por único paisaje mar y cielo:
Oir, abajo, sones espantables
Que hacen las olas gritos del abismo;
Y arriba, de los hombres y los cables
La monótona voz: siempre lo mismo.
¡Cuánta envidia te causan, alma mía,
Las que pasan tal vez aves viajeras!
¿Hasta dónde tu vuelo pararía
Si tú, libre también, volar pudieras?
A seguir te convidan adelante
Las gaviotas, que vuelan de contino,

Y en el surco de plata chispeante
Que abren sus alas, marcan el camino.
  No te engañe la débil hermosura
De los fantasmas, que formó la niebla
Si de tu bien semejan la figura:
Que éste es de luz y aquellos de tiniebla.

III

¿Qué importa la prisión, que importa el tedio
Si como esposo en la inmortal ribera,
Amante siempre, de tu mal remedio,
Bello sin par tu príncipe te espera?
  Para tí su beldad, flor de la vida
Con luces infinitas resplandece:
Espera y sufre, eterna prometida,
Que es el amor más digno el que padece.
  Sueña con sus regalos, y no llores,
Ni aumentes, recontándolas, tus penas,
Y entona alegre tu canción de amores
Al son de tus grilletes y cadenas.

A LA FELICIDAD.

(Al Sr. D. Manuel Patiño.)

  Como lampo, que irradia en los espejos,
En todas partes al amor te ofreces,
Y por doquier, vertiendo, resplandeces,
Cambiantes y purísimos reflejos.

Al anciano en sus últimos consejos
Y en sus juegos al niño te pareces,
Si te van á tocar, te desvaneces
Y los citas y llamas de más lejos.
Para alcanzarte apresta la Avaricia
Sus bajeles, Amor su fuego extrema,
Y la Ambición sus méritos acopia.
Y aunque nadie te logra y acaricia,
Debe existir tu realidad suprema,
Pues vemos por doquier su noble copia.

SEPARACION.

[En la caida del joven L.]

Ayer una ave junto á mí tendía
El aderezo de sus blancas alas,
Y allá en las ondas límpidas y malas
Iba su sombra junta con la mía.
Sabes que fué mi amor y mi alegría,
Viento que hieres mis nativas galas;
Mar, que mis quejas con tu voz igualas,
Tú viste que en mis ojos me veía.
Más ¡ay! ¡la tempestad!....ennegrecido
El aire en cercos de revuelta bruma
Girar la hizo y la robó un gemido.
Húmeda y lacia su radiante pluma,
Sus alas rotas, su poder vencido,
La ví perderse en el turbión de espuma.

Á UNA MARGARITA.

De pétalos de nieve estrella blanca,
Que llevas corazón de granos de oro,
Entre los verdes rizos mal segura,
Va á pedirte la mano que te arranca,
(Esa joven beldad bañada en lloro)
De su ardoroso afecto la ventura.
Responde, flor amiga,
Y el *sí*, que busca ansiosa,
Tu hoja postrera diga
Temblando entre sus dedos, flor hermosa.
Uno á uno tus pétalos desprende
Con temeroso tacto. Y el lamento
Suavísimo, que das á cada herida,
La suave luz de una esperanza enciende
Y la tiniebla de un temor violento
Esparce en torno á su alma combatida.
Circunda tu corola
Sombra de muerte; y sólo la que ama
Oye de la hoja sola
El *no* tan ténue, que al morir exclama:
¡No? Y ¿por qué no? ¡Por dicha no es her-
(mosa?
¡No merece que amor en sus dorados
Sueños la envuelva, que se aliente y viva?
Parecen responder con voz llorosa
Tu tallo y corazón ya despojados,
Resto de tu belleza fugitiva:

Mejor no ser amada,
Si es el amor la muerte que se adueña,
La puerta sin entrada
De un paraíso con que el alma sueña!

LA CIENCIA MODERNA

Un alquimista pálido y sombrío
Con libros y matraces reluchando,
La *piedra filosófica* buscando,
Gastó sus años, su caudal, su brío.
Y una mañana en su retrete frío
Hallaron muerto al viejo venerando
Con sus rígidos dedos arañando
El fondo estéril del crisol vacío.
Y de ese modo tú, moderna ciencia,
A medio mundo le gastaste avara
La fe sencilla, luz de la conciencia.
Y prometiste abrir la fuente clara
De la dicha; mas no halla tu insolencia
Ni un átomo de dicha en su alquitara.

A LA BELLEZA

¿Quién eres, dí, la que en doradas redes
Ciñes al mundo, y la materia endiosas
Con el sér de la línea y frescas rosas
Que hurtas al alma y al color le cedes?

Flor de la esencia, lira que concedes
Tu voz á las criaturas silenciosas,
Fuerza invisible que al tocar las cosas
Imán del corazón hacerlas puedes;
En mi prisión de carne he percibido,
Oh suprema ilusión del alma casta,
Tu excelso aroma y columbré tu idea.
Dulce bien, que te niegas al sentido,
De huellas basta ya, de sombras basta.
¿Cuándo será que tu semblante vea?

LA MUERTE DEL ZEFIRO

(Al llegar el invierno.)

Llorad, llorad, princesas del florido
Reino, las que habitáis en la floresta,
El bosque y la fontana cristalina,
Ha muerto el joven príncipe, vencido
En los campos de honor. Desdicha es ésta
Que ha de traer vuestra cabal ruina.
La esperanza divina,
Que en él habéis tenido,
Con él ha sucumbido.
Salió por vos galán y caballero
De Primavera al son del himno blando,
En el arrojo juvenil soñando
Leyes dictar al universo entero.

Y de su dulce ejército delante,
Luchando con el Cierzo, rey gigante
De mirada glacial y pecho impío,
Cayó en los campos del país natío.
¿De qué le fueron gracias y donaire,
Ardimiento y segura gentileza,
Si todo á convertirse en nada vino?
¡Adiós, adiós del príncipe del aire,
Amor del mundo! ¿Siempre la belleza
Ha de caer al golpe del destino?
¡Ah! temblad de contino
Vosotras, también bellas,
Con fúnebres querellas
El rigor, esperad de vuestra suerte.
¿No oís que ya los del opuesto bando
Por valles y montañas vienen dando,
De su triunfo en señal gritos de muerte?
Ya los rostros tocad de negro luto,
Y os dé la Aurora el último tributo
De tembladoras lágrimas, si es cierto
Que vuestro noble paladín ha muerto.
Mas, antes que expiréis, ninfas gentiles,
Sus despojos honrad y su memoria.
De lecho funeral sirva el escudo,
Que pudieron hollar golpes hostiles,
(Y escribieron en él cifras de gloria)
Que si la vida sostener no pudo,
Jamás el Hado crudo
Nególe en sus rigores
De la lid los honores.
Y su cuerpo cubrid pálido y frío
De tiernas violas, y sus pies nevados
Las rosas con sus labios sonrosados
Besen, llorando gotas de rocío.

Traed distintas flores en la falda,
Y á su rubia cabeza una guirnalda
Hacedle de arrayán, lirio y beleño,
Y tú, laurel, le guardarás el sueño.
Le rodean los tristes Amorcillos
Gimiendo con las alas abajadas.
(Su confidente fué; gimen por eso)
Bañan su frente en macilentos brillos
De la tarde nublosas las miradas,
Porque está ya sin vida su embeleso;
Y del dolor al peso
Las hojas se desprenden
Y el tardo vuelo tienden
Y ¿á dónde irán? Y ¿á dónde mensajeras
De tanto mal las aves azoradas,
Que para huir se aprestan en bandadas,
Y abandonan por fin nuestras riberas?
Van vistiendo en redor fúnebre gualda
Las selvas y los prados de esmeralda,
Y los cielos su azul y su oro y rosa
Truecan en nube parda y temerosa.
¡Ay! ¡cómo el Hado fué cruel contigo,
Oh vencido adalid, Zéfiro blando!
Perecerá tu reino muy en breve.
Pero antes que rendirse á tu enemigo
¡Oh! tus vasallos morirán llorando.
Tu noble tumba cubrirá la nieve:
Y, si luego se atreve
A entonar su querella
La multitud sobre ella
De secas hojas, en pausados giros
Repitiendo tu historia y su lamento,
Cual muertas caerán; y el frío viento
Extinguirá sus lánguidos suspiros.

Y las fuentes, que hoy lloran congojadas,
Pronto por el invierno amordazadas
Sofocarán sus últimos sollozos,
Y él tenderá su manto y sus destrozos.

PAISAJE DE MI TIERRA.

Su cuerpo de cristal, radioso y frío
Mueve y extiende en su profundo lecho,
A la luz de la luna, satisfecho,
Con perezosa majestad el río.
Le acaricia el aliento del Estío,
Arcos de triunfo en su carrera han hecho
El corvo roble y el mojado helecho,
Altos enebros y álamo sombrío.
Forman allá las aguas y las frondas
De este paisaje lejos misteriosos
De viva luz ó de tiniebla horrenda.
Y más allá las apacibles ondas,
Trocadas en raudales espumosos,
Van del abismo á la fragosa senda.

AY...........

¡ Ay del que nace si en su mente brilla
Luz de talento, la divina alhaja
Que todos buscan ! ¡ Ay de la barquilla
Que en el curso á las otras se aventaja !

¡Ay del talento, prófuga avecilla,
Que en tierra ajena su mansión trabaja;
Angel cautivo en la mortal arcilla,
Que para envidia de los otros baja!
¡Ay! habita en ciudades extranjeras,
Y asquerosos reptiles en el suelo
Mira y al rededor fauces de fieras.
¡Ay! si en el limo terrenal su vuelo
Abate, y en sus ansias postrimeras
Subir no puede hasta su patria, el cielo.

EN LA CORONACION
DE LA
MARAVILLOSA IMAGEN GUADALUPANA.

ODA.

Cuando por fin hubiesen ya cesado
Las concertadas voces de alegría,
Con que te han tus hijos celebrado,
Mi voz humilde resonar debía:
Por eso, sí, por eso, Madre mía,
Yo le dije á mi canto que esperara,
Porque es tan débil ¡ay! que si sonara
En medio de los otros, no se oiría.
Frases del corazón, voces aladas
Subieron hacía tí, noble Señora,

Más buenas que la mía, más sagradas.
Las voces de tu pueblo que te adora.
Gritó la multitud atronadora
Unánime, por tí, triunfal hosana,
A los pies de tu Imagen soberana
Flores regando y palma triunfadora.
Madre y Reina los hijos te dijeron;
Y, yo al mirar con mi laúd precario
Que en lluvia universal á tu santuario
Las rosas y las lágrimas llovieron,
Mis cantos sin poder enmudecieron.
Y hoy, que va retornando ya la calma,
Yo te dirijo el cántico de mi alma,
Que articular mis labios no supieron.
Sabe Dios, Virgen pura, que si un día
De mi torpe laúd he maldecido,
El día sin igual tan sólo ha sido
En que el Pastor corona te ofrecía
Y el pueblo la corona bendecía
Con ese acento plácido y sublime,
Que aplaude, que ora, que solloza y gime
El gemido sin par de la alegría.
Yo lo escuché. Bajo las altas naves
Tachonadas de fúlgidas estrellas,
Que sostienen artísticas y graves
En pardo bosque las columnas bellas,
Los fieles se estrechaban, levantando
Rumores de olas varios y suaves,
Como llenan el árbol, aleando,
Al remugir la tempestad, las aves.
Se amotinaban de mirarte ansiosas
Coronada por fin, cuantas auxilias,
Ya las hijas del pueblo asaz piadosas,
Ya las Gracias de altísimas familias:

La flor de tu ciudad, las que amorosas
Todas las tribus de tu reino envían,
Sabiendo que eres soberana de ellas,
Desde los Lacandones hasta aquellas
Que del Gila en las márgenes se crían.
El honor de las Ciencias y del Foro
Está, Señora, ante tus pies rendido.
Y los que tienen á montones oro
Y los que tienen mandos han venido.
Los que lauro á sus frentes han ceñido
Hoy de laurel se acercan despojados,
Y los indios también desheredados
Buscan en tí de su ventura el nido.
Sacerdotes llegando á centenares,
Te vienen á aclamar, porque tú eres
Són que arrasas los muros seculares
De la impía, Jericó, cuando lo quieres.
Y hoy solicitan tu poder divino,
Que, en medio á las doctrinas disolventes
Y al lodo que salpica nuestras frentes,
A la fe y la virtud abra camino.
Cuarenta obispos de lejanas greyes,
No sólo de la patria mejicana,
Sino también del suelo, en que da leyes
Del Potomac el ave soberana,
Vienen, y aquel de la revuelta Antilla,
La perla del Atlántico dejando,
Y otro, el ardiente Sur abandonando,
A tu templo, de templos maravilla.
¿No ves allí su bosque de cayados
Y de mitras de oro y pedrería
Cabe la estatua arrodillada y fría
De aquel Prelado, amor de los Prelados,
Que mil veces soñó con este día?

Ya no está aquí: le adormeció la muerte:
Mas su efigie de mármol aun alcanza,
Fingiendo la oración y la esperanza,
Con sus ojos inmóviles á verte.
¿Cómo no han de venir? Si cuanto abarca
El mundo de Colón ha percibido
Ese grito de amor con que asordamos
De frontera á frontera tu comarca.
Pues tenemos razón cuando te amamos
Con ese amor tan puro y encendido,
Si tú quisiste ser ángel custodio
De esta nación, y tú la mensajera
Que en duro tiempo de conquistas y odio
La paz del Evangelio nos trajera.
Cuando el pie vencedor aquí posaste,
Huyó medrosa la Serpiente fiera,
Que de una raza el corazón royendo
En tu sublime aparición hallaste.
Tú eres la paz: callaron las espadas
Al escuchar tu voz, enmudecieron;
Y á tu acento dulcísimo amansadas
A apuntalar tu trono se volvieron.
Suena tu voz de tórtola, que gime,
Y su fuga el invierno ya acelera,
Y en este suelo, que tu amor redime,
Sonriendo apareció la primavera.
Eres salud y amor, Virgen sublime,
Y se arredran las aguas tumultuosas,
Perenne azote del Mexiceo valle,
Al solo arrimo de tu leve planta.
Mira el *ayate* en horas luctuosas
La Peste, y para huir, sólo al miralle,
Pronto sus alas fétidas levanta.
Eres vida y salud; ¿quien ha venido

A este palacio de la fe cristiana,
Triste ó feliz, alegre ó dolorido,
Que tu efigie al mirar no haya sentido
Tu influjo y tu virtud de soberana?
¿ Quién en este lugar no ha respirado
Un perfume de rosas inmortales,
Que alivia al corazón; y no ha mirado
Un lampo de esa luz inmaculado,
Que matiza del cielo los umbrales?
Está como un rumor del Paraíso
En todo labio tu querido nombre,
Que en esta patria de pesares quiso
Ser la virtud y el talismán del hombre;
Remedio del dolor y luz, que alegras
Con las ondas azules de tu manto
El largo tedio de las horas negras,
Y endulzas el acíbar de su llanto.
Virgen María, imán de las naciones,
Sobre este pueblo, cual ninguno amado,
Su centro más gentil Dios te ha prestado,
La virtud de mover los corazones.
Yo lo conozco, yo: cuando era niño,
Un portento, de mí nunca olvidado,
Obró en mi pecho tu feliz cariño.
De mi vida la octava primavera
Iba á concluir; y mi ciudad, Zamora,
Recordaba ataviada y vocinglera
De tu bendita aparición la hora.
Brillaba la ciudad empavesada
De muro á muro en luces de colores,
Y el vario son, que por el viento hendía
En repetidos truenos y clamores,
Con lenguas de metal te bendecía,
Todo el pueblo llegábase á porfía

Los dones de su amor á consagrarte.
Quise hacer otro tanto y.... Reina mía,
Niño, pobre, infeliz, no hallé qué darte.
Y bajando hasta el fondo de mi alma,
Busqué una flor, que para ti sería,
Busqué, para ofrecértela, una palma;
Y de júbilo presto enajenado,
Con luz del porvenir ilnminado
Te ofrecí castidad.... y no sabía
Aún entre las brumas de la infancia
Qué era esa flor de mística fragrancia,
Que en zarzales y páramos se cría.

....

Virgen María, imán de las naciones,
Sobre este pueblo, cual ninguno amado,
Su cetro más gentil Dios te ha prestado,
La virtud de mover los corazones.
Llegó el instante: ¡todos de rodillas!
La mitra deponed, sacros Pastores,
Y la frente humillad, almas sencillas,
Rendid el corazón los pecadores.
Ya subieron á la alta plataforma
De Méjico el Pastor y el Michoacano;
Se acercan, Madre, á tu divina forma
Con pie indeciso y trémula su mano.
De pompa y de riqueza desvestidos,
Tan sólo de albas túnicas ceñidos
Van hacia ti, vacilan, se detienen....
Crece la expectación, laten los pechos
Con rápido latir, de amor deshechos,
Y los labios el hálito contienen.
¡Oh momento sublime! ya besaron
La *tilma* santa, y la corona de oro
Al aire conmovidos levantaron.

La rica joya sobre tí ya pende.
Un aplauso magnífico, sonoro,
Veloz como relámpago se extiende:
Es la explosión, que de filial afecto
Hacen las almas tanto tiempo henchidas.
Que de su reina al amoroso aspecto
Están en puras llamas encendidas.
Aplauso nunca oído, inusitado,
Al mismo tiempo á todos arrancado
Por el impulso de la fe cristiana.
Voces sin fin, que la emoción asorda,
Que pretenden llamarte soberana,
—"*Viva la Reina*"—gritan; y el *hosana*
Ya su torrente sin igual desborda.
Y quiere saludarte y desfallece
La voz del pueblo, que en el aire zumba,
La bóveda soberbia se estremece
Y la dorada cúpula retumba.
Es el mar, es el mar del entusiasmo
El que hace oir su borrascoso estruendo,
Y sus olas de lágrimas muy pronto
Vendrán entre sollozos rebullendo.
Ya vinieron. ¿Las miras cómo nacen?
Los sollozos anudan las gargantas,
Y en oleadas de llanto se deshacen
Reverentes y humildes á tus plantas.
Duda no hay: si la mesquina gente
Dudó quizá del inmortal prodigio,
Ya la Fe celestial y omnipotente
El velo corre con su blanca diestra,
Y á las turbas, de júbilo radiosas,
El gran misterio del *ayate* muestra:
Aquel de apariciones y de rosas
Que los cielos y un indio presenciaron

Hace tres siglos: repetirse vemos
Lo que entonces los ángeles miraron;
Y enfrente del milagro enmudecemos.
Tomó el Verbo Divino los pinceles,
Y, teniendo el *ayate* los querubes,
Comenzó á dibujar tus gracias fieles
Eu su nido de auroras y de nubes.
Y hoy que á tus sienes el amor ceñía
La corona, llorando de alegria,
Los hijos, que á tu rostro se volvieron,
En la *tilma* tu mágico trasunto
De luz de gloria colorirse vieron.
Y ¡malditas las manos, que á ese punto
Con filial entusiasmo no aplaudieron!
Y.... ya no puedo más, Virgen suprema,
Se borran mis conceptos en la mente,
Y el regocijo el corazón me quema;
Un arroyo de lágrimas ardiente
El dique salta y corre desmedido.
Ya no puedo cantar: será mi canto
El rumor descompuesto de mi llanto.
Y en medio de él mi pecho agradecido
Te jura que jamás el alma mía,
Llena ahora de paz y de consuelo,
Otro día verá como este día,
¡Nunca! Madre de amor, ¡nunca! hasta el (cielo.

A MI CASA SOLARIEGA.

Como la hiedra al olmo que la imparte
Apoyo, como el ave los tejados

Do anida, te amo, lar de mis pasados,
Como el caudillo adora su estandarte.
Y arrojado de tí, para guardarte
Mi lira y corazón tengo colgados
De tu puerta en los quicios entallados,
Donde suelo con lágrimas regarte.
Ocupada te ví de forasteros,
Y yo sin armas, con mi canto acudo
A herirlos, mejor que cien guerreros.
Y mientras mi laúd no quede mudo
¡Ay de los que tocaren altaneros
El campo azul de tu glorioso escudo!

EL ARBOL SECO.

[A E. V. Lis.]

Erase un árbol, prez de la montaña,
Sobre los otros de la selva erguido,
Ultimo amor del sol desfallecido
Cuando la sombra inunda la campaña.
Ya que el verano en fuego el campo baña,
El de las greyes era el preferido;
Y en él las aves de colgante nido
Iban á huir del aquilón la saña.
Pero una hiedra le asedió, su hermoso
Aparato ofreciendo á su cabeza,
Y á sus halagos se rindió el coloso.
Y hoy consumido, solo en la aspereza
Enseña con su ejemplo lastimoso
Que mata la lisonja á la nobleza.

CASTIDAD.

I

Blanca y gentil como la casta luna
Pareces, Guiomar, hecha de nieve,
Y tan aérea que mirada alguna
Jamás á verte sin pudor se atreve.
Encastillada tu hermosura altiva,
En tu fé, tu saber y tu riqueza,
Es el afán de tu alma pensativa
Guardar sin mancha el sol de tu pureza.
Y Dios, que vió tu corazón humilde,
Tu afán bendijo; y en la tierra impura
El sabe conservar sin negra tilde
De tu blasón la altísima blancura.
Y tal perfume tu beldad espira,
Tal aureola de candor rodea
Tu honestidad, que siente el que te mira
Yo no sé qué temor, ni qué desea.

II

Silvó la tempestad en las almenas,
Y el viento por las nubes ofendido,
Que encima flotan de terrores llenas,
En las veletas remedó un quejido.
¿Qué tienes, Guiomar? En torno giran
De tu sér, instigando tus pasiones,
Los malos pensamientos, que suspiran
Porque tu ley gloriosa les impones.

Aúlla tu lebrel.... al aleteo
De tus palomas óyese medrosas....
¿Quién es? ¿Quién ha llegado?.. Es Asmodeo,
El demonio, que tienta á las hermosas.
Negro y sutil, impuro como el lodo,
En medio de las sombras se desliza.
Y sonriendo con horrible modo
El placer á tus ojos diviniza.
Lucha, no temas, que defiende tu alma
Dios, recogiendo el llanto que tú lloras:
Tras de la tempestad viene la calma,
Y á las noches suceden las auroras.
Y pasará la tentación violenta,
Y tú llorosa te alzarás, bien mío,
Cual se yergue después de la tormenta
La azucena bañada de rócío.

CLAROSCURO.

(PESADILLA.)

A E. V. Lis

Vedlos pasar, las caras levantando
Con altivez, estúpidas y serias,
Y el paso torpemente regulando
Al son de sus rugosas filacterias.
Son los escribas, los que, al Verbo odiando,
Ciencia y virtud pregonan en las ferias,
Son la ignorancia, que pasó triunfando
De este mundo en las hórridas miserias.

Ved; en la sombra, con la sien herida
Por una tiara de robusto espino,
Su cruz un hombre lleva maldecida.
¡Ay! es la ciencia, cuyo pié divino
Se hiere y con el crimen confundida
Vuelve á su patria por mortal camino.

UT SOL . . .

Rugió la envidia, y de su boca impura
Arrojó contra tí la nube horrenda,
Que densa, oscura, se elevó en tu senda
Y del día robó la lumbre pura.
Y tú, perdido en la fatal negrura,
Que más y más despliégase tremenda,
En vano quieres que tu luz extienda,
Oh sabio, el resplandor con que fulgura.
Deja crecer la sombra que en el viento
En tempestades pavorosas vaga,
Que no podrá llegar al firmamento.
Goza en tu luz, no temas que deshaga
Nadie su prez, que al fin por el talento
Eres un sol y. . . . al sol no se le apaga.

A MI CONFESONARIO.

Oh cátedra en que quiso
La divinal Clemencia
Poner del Paraíso
El fácil escalón,

¡Moviste qué de veces
En tu extensión oscura
A celestial ternura
Mi frágil corazón!
Y oí la triste historia
De las errantes almas,
Que lejos de la Gloria
Tras el pecado van.
Y oí las narraciones
De cien debilidades,
Bramar las tempestadea,
Rugir el huracán.
Sentí que me cansaba
De manejar el cieno;
Las llagas sondeaba
De gentes mil y mil;
Y ya el valor sereno
Acaso me faltaba,
Ya de tristeza lleno
Mi pecho juvenil.
Mas recordó la mente
Que mi Jesús, sentado
En el brocel ardiente
Del pozo de Sichar,
¡Ay! esperó cansado
Que una mujer llegara,
Y del perdón la clara
Linfa le dió á gustar.
Y entonces cariñoso
Sufrí de muchas gentes
El llanto fatigoso,
La ruda sencillez.
Y las inmundas frentes
Acarició mi mano,

Como acaricia el grano
El labrador tal vez,
  El hambre y los enojos
Sentí; mas El decía:
"¡Oh! levantad los ojos
"Y las campiñas ved.
  "Radia à la luz del día
"Un mar de espigas bellas.
"Y la cosecha de ellas
"Será vuestra merced."
  Y yo espacié, creyéndole,
De mi alma la mirada,
Y halléme, agradeciéndole,
Los campos en sazón,
  La mies agavillada,
Las almas conmovidas,
Que, ya por El rendidas,
Me piden su perdón.
  Oyendo los suspiros,
Y oyendo los sollozos,
Que en diferentes giros
Llegaban hasta mí;
  Su voz que las perdona,
Su mano que las lava,
En torno á mi persona
Yo trémulo sentí.
  Y ya recompensado
De mi servil tarea
Me hallé divinizado
Por la persona de El.
  Y fué mi pan tan dulce,
Que ponderar no cabe,
Aquel maná que sabe
A flor de harina y miel.

¡Qué lluvia de consue'os,
Qué gotas de rocío
Prestáronme los cielos
Cuando escuché la voz
De aquellas almas buenas
Que existen ignoradas,
Espigas bien granadas,
Regalo de la hoz!
Yo conocía al verlas
Que dió su hacienda toda
El mercader de Perlas
Por una singular,
Ví la azucena bíblica
Que en brazos del espino
Su cáliz blanquecino
Consigue desplegar.
Oh cátedra, en que quiso
La divinal Clemencia
Poner del Paraiso
El fácil escalón,
Serás mientras yo viva
De mi labor testigo,
Mi cariñoso amigo,
Mitad del corazón.
Y cuando ya mi vida
Deshójese en pedazos,
Sosténme con tus brazos,
Infúndeme valor.
Sé tú la firme grada,
En que mi pié asentando,
Ascienda á la morada
De mi eternal Señor.

A UN ALBATROS.

Ave, que huyendo del calor del nido,
Con ala poderosa y firme planta
Caminas bajo el arco, que levanta
A tu valor el ponto enfurecido,
Los silbos del ciclón y tu chirrido
Se mezclan, á abrazarte se adelanta
Lá espuma, y en tu pecho se quebranta
La ola, que rompe al bergantín fornido.
A la muerte tú miras de soslayo;
Es tu juego de la onda la perfidia,
Tu amor la tempestad, tu luz el rayo.
Por eso mi alma, que sin tregua lidia,
Cuando en los mares del vivir desmayo,
Pájaro luchador ¡cómo te envidia!

AGUA DORMIDA.

(A Nila.)

Mira esa alberca de redor galano,
De lotos y nenúfares ceñida.
¡Qué diáfana, qué azul y qué dormida
Miente que está su fondo muy cercano!
Te parece al alcance de tu mano
Y al baño fácil y al placer convida;

Mas no te arrojes ¡ay! si quieres vida,
Que tiene el seno deleznable y vano.
Así el amor. que de los quince abriles
En el linde risueño se aparece
¡Qué dones aparenta más gentiles!
Y en esa red, que cariñoso ofrece,
En ondas de oro, diáfanas, sutiles,
La muerte bien oculta se guarece.

AMOR SIN ESPERANZA.

(A UNA NIÑA QUE PADECIA ESTE AFECTO.)

I

Despierta, jovencilla prisionera,
Despierta, que ha llamado la mañana,
De nuevas esperanzas mensajera,
Con sus alas de luz á tu ventana.
Quizá traigan las horas de este día
Algo de lo que buscas, lo que lloras:
Levántate y aguarda, niña mía,
Que limosna de amor te den las horas.
¡Eras tan rica ayer! De la inocencia
Sobre los puros lises recostada
Descansabas feliz, con la opulencia
De quien no busca amar, ni ser amada.
Y un náufrago del mundo, tu verdugo,
Te contó del país de las quimeras
Cuantos ensueños inventar le plugo;
Y ¡cuán otra eres ya de lo que eras!

Ha mucho tiempo que el amor mendigas,
Y en la mano, que tiendes y que bajas,
No te ponen las horas enemigas
Ni del amor las últimas migajas.
Huyó de tí con presuroso vuelo
Ya de ilusiones el dorado enjambre,
Y viendo torva al inclemente cielo,
¡Ay! te preparas á morir de hambre.

II

Avecilla cautiva entre las zarzas
Que te encarcelan con ramaje denso,
¿Quién eres tú, la de pupilas garzas,
Que así nos miran con dolor inmenso?
Yo destrabé los espinosos tallos
Que á tus alas sirvieron de cadenas;
Ya puedes libremente abandonallos
Y en las alturas olvidar tus penas.
Vuelve á fijar tu lánguida mirada
En las aves tus únicas amigas,
Como ayer en la atmósfera azulada
El vario curso de su vuelo sigas.
Gozosas parten sin llorar el nido,
Que en aquestos aleros fabricaron;
Porque otras casas y otro amor perdido
En el país á donde van dejaron.
¿No tienes otro amor? ¿En dónde anidas?
¿Por qué su ejemplo y libertad no igualas?
¡Ave de paso, que sintió prendidas
En los espinos al volar sus alas!

III

Casita, que no ha mucho placentera
Te ocultabas del bosque en el seguro,
Encendiste de amor la dulce hoguera,
Y pronto ennegreció tu blanco muro.
Las lenguas de su fuego te lamían
Y los techos gimiendo se abrasaron,
Y los aleros, que tu amor cubrían,
En pavesas los vientos disiparon.
Desilusión, de todo mal compendio,
Copos de nieve sobre ti derrama;
Y ¿última brasa de extinguido incendio
Aun alza el corazón su triste llama?

IV

Cuando señala, orillas de un camino,
Dónde un hombre murió la cruz bendita;
Detiénese á rezar el peregrino
Y en recuerdo una piedra deposita.
Pues, cierta cruz existe abandonada
De tu camino á la siniestra vera,
Que dice con su sombra descarnada
Donde mataron tu ilusión primera.
Nadie se acuerda ya, nadie lo sabe;
Y ante ella me detengo condolido,
Y ruego á Dios, si en su clemencia cabe,
Te dé á beber las aguas del olvido.

EL «ANGELUS.»

Ya sus vislumbras últimos el día
En la sombra disuelve, en la pradera
Los ecos de la turba jornalera,
Que entre canciones al hogar volvía.
  Busca el ave su nido, su alquería
El hato y el pastor; la vocinglera
Selva calla: y del campo se apodera
Inefable y gentil melancolía.
  El vago olor del campo solitario,
Que como incienso flota en el ambiente,
La luz que muere, la callada sombra,
  Las voces del remoto campanario,
Los recuerdos que acuden á la mente,
Oh Dios, mi eterno fin, todo te nombra.

AVE MARIS STELLA.

¡Qué negro el cielo, el mar qué enfurecido!
Se quejan de mi nave las cuadernas;
Y estallan con horrísono estampido
En sus muras ¡oh Dios! olas eternas.
  No hay más luz que relámpagos siniestros
En las siniestras aguas reflejados,
Y á cada instante alguno de los nuestros
Se pierde en los abismos ignorados.

¡Qué de huecos dejaron! ¡Qué vacío
Se siente el corazón! ¿Podrá mi esquife
Las ondas alcanzar del puerto mío
Tras de salvar el último arrecife?
¿Perecerá tal vez el que levanta
A tí su ruego y en la prora fría
Fija la vista en tí, tus glorias canta,
Estrella de la mar; Virgen María?

EL MARTIRIO.

I

De la aurora la mano refulgente
Allá en los japoneses horizontes,
En ancha herida desgarró el Oriente,
Y la sangre del sol tiñó la frente
De los opuestos y erizados montes.
Era día de sangre. En la colina,
Que en el dintel de Nangasaki avanza
Hacia la costa de la mar vecina,
La multitud se agolpa, se abalanza
Y en viviente cordón se arremolina.
¿Qué busca en ese sitio? ¿Qué portento
Nunca mirado su atención atrae?
De las trompetas al marcial acento
Filas de tropa por el flanco ascienden,
Que al arrabal de Nangasaki cae,
Y en vano al pueblo contener pretenden.
Un grupo en medio de hombres misteriosos
De tosca ropa de sayal vestidos,
Marcha, dejando en rastros amorosos
La noble sangre de sus pies heridos.

Son los héroes, son los que vinieron,
Hombres á la verdad extraordinarios;
Los que en Meaco y en Osaka dieron
Al pueblo el corazón hospitalarios.
El regocijo en sus semblantes brilla,
Arde en sus ojos con fulgor de gloria
La eterna llama de su fé sencilla;
Bíblicos himnos, voces de victoria
La fuente pura de sus labios vierte,
Y entre amantes coloquios y sonrisa
Parecen ir con entusiasta prisa
Al festín de algún rey y no á la muerte.
Al rededor de la falange bella,
Que, buscando sus cruces adoradas,
Con señales de júbilo destella,
De los fieros verdugos las espadas,
Heridas por el sol, tristes reflejos
De ira impotente lanzan á lo lejos.

II

Llegaron al lugar: con firme planta
El escuadrón de mártires dejando,
Un joven animoso se adelanta,
El dulce leño en que morir buscando.
Rutilan en su rostro macilento,
A pesar de las rudas penitencias,
Las rosas del Anáhuac nacaradas
Prestaron bondadosas á su aliento
Las flores del Empíreo sus esencias,
Y el cielo se retrata en sus miradas.
Es él, Felipe, el mártir mexicano,
Honor del suelo que nacer nos viera,
Arbol frondoso del pensil cristiano,

Que busca ya su amante compañera,
Su amada cruz, y con afán tendiendo
Sus brazos al suplicio que le espera,
Así, de hinojos, prorrumpió diciendo:
"¡Oh cruz, oh madre que en el alma adoro,
"En cuyos brazos expiró triunfando
"Jesús, mi santo ejemplo y mi tesoro!
"Yo te saludo, signo venerando
"De alianza entre los cielos y la tierra,
"Mi prenda cara, mi pendón de guerra,
"A cuya sombra caminé luchando;
"Lazo de amor, que con estrecho nudo
"Al soberano Bien vas á ligarme,
"Puerta que franquearme
"Ya puedes el Edén, yo te saludo.
"Vencido Galeón, feliz navío
"En que del mar burlando las desgracias,
"Pensé tornar á mi país natío;
"Bendecido bajel, gracias, mil gracias.
"Nave que Dios, en la tormenta envuelto,
"Quiso guiar á la gentil ribera,
"De negra espuma en el turbión revuelto;
"Al confiarme á tí, rauda velera,
"Fuerte en en el mar, en los combates clara,
"No creí que tu seno me arrojara
"Al puerto de la patria verdadera.
"Ven á mis brazos ya, dulce bien mío,
"Que pronto en sangre lucirás bañada,
"Y yo en los tuyos reposar confío."
Y oprimía su cruz tan deseada
Como oprime tal vez mano guerrera,
Con emoción, el puño de su espada
O el asta de su intrépida bandera.
Y pronto los esbirros le tomaron,

Y á entrambos brazos de la cruz tendiendo
Sus manos y sus pies, los ajustaron,
Y las férreas argollas retorciendo,
Manos y pies y cuello le ligaron,
Y ya en su trono al vencedor teniendo,
Que en su carro de triunfo se reclina,
La cruz levantan, que, su bien sintiendo,
Ya bajo el peso del varón rechina.

III

Luego en el dorso de la cumbre amena
Una selva de cruces descollaba,
De humanos frutos en sus ramas llena,
Y en vez de un *ay* de insoportable pena,
Un murmullo de amor se levantaba.
Junto á Felipe, que en el centro izado
De los mártires era el estandarte,
Hacia su patria, el Cielo, desplegado,
La triunfadora hueste bendecía
Al Dios benigno, que su gloria imparte
A sus fieles amigos todavía.
La muchedumbre atónita veía
A dos niños también, que puras luces
De nuevos lauros y de timbres nuevos
A la Fe daban en sus altas Cruces;
Del árbol de la fe prontos renuevos,
Inocentes en flor, lirios del campo,
Con quienes no luchaban en blancura
Ni la alta espuma de la fuente pura
Ni la azucena, ni de nieve el ampo.
Ante aquel espectáculo sublime,
Enfrente de esos hombres sobrehumanos,

El pueblo todo se conturba y gime
Los gentiles al par de los cristianos,
Y el mismo jefe de la hueste impía
El llanto de sus ojos escondía.
   Felipe en tanto de su cuerpo al peso,
En el saliente estribo mal seguro
Halla sostén apenas; y por eso
En su carne se hinca el hierro duro
De las ajorcas, y en su blando cuello
La negra mano de la asfixia siente.
Levanta amoratado el rostro bello,
Y entre las ansias del dolor presente,
¡¡Jesús!! ¡¡Jesús!! su grito de batalla
En la garganta comprimida estalla.
   Le vieron los verdugos japoneses
En trance tal, y á compasión movidos,
Las picas alzan, y con dos reveses
Los costados le hieren; dos gemidos
Levantan dulces al Señor su vuelo;
Los cabos de las lanzas apararon
De púrpura sagrada un arroyuelo,
Y sobre la clavícula brotaron
Entrambas puntas, señalando al cielo.
   Sube otra lanza, y por el pecho entrando,
Y el amoroso corazón buscando,
De su dolor los ímpetus redobla;
Crece un instante su mortal fatiga,
Y....dobló su cabeza, cual se dobla
Sobre la hoz del segador, la espiga.

IV

   Angeles del Señor, los que mirasteis
Del sacrificio el fin, los que le amasteis,

Venid, rasgando las azules ondas
Del éter puro, y rodeando prestos
Del ya muerto Adalid los caros restos,
Que le acaricien vuestras alas blondas.
En torno de su faz blanca y dormida
Piadosos componed sus bucles de oro,
Con perfumes ungid, lavada en lloro,
De su albo cuello la profunda herida,
Derramad sobre él á manos llenas
Lirios y rosas, mirto y azucenas;
Y á sus sienes prestad, pues fué glorioso,
  Cuando este día alumbre, agonizando,
Bajo una cruz la mexicana gloria,
Los vientos en voz baja murmurando
Irán los hechos de su noble historia;
Y en torno de él los ángeles llorando
Estarán con las alas recogidas,
Pues fué su confidente y su embeleso,
Y bañarán su frente
Las ráfagas del sol descoloridas.
De la tarde, que muere, último beso.
  Mas no, lejos dolor, no cabe el duelo;
Su triunfo celebrad con alborozo,
Angeles del amor, y alzando el vuelo,
Llevad á Cristo en cofrecillos de oro
De su sangre los nítidos rubíes,
Sartas de perlas de su sacro lloro,
De su virtud cestillos de alhelíes.
  Y tú, Jesús, que pones tus delicias
En la conquista de la humana gente,
De Nueva España acepta las primicias;
No ha caído en el surco inútilmente
De tu Sangre bendita la simiente;
Y si basta, Señor, la sangre aquella,

Que derramada en Nangasaki un día
De mi patria en la frente aún destella,
A ser del porvenir la garantía,
Vuelve, Jesús, tu faz consoladora
Al país de Felipe; y en su seno
Mira á la ardiente juventud de ahora
(Antes plantío de ángeles gallardos),
Que pisotea sin pudor, sin freno,
De la intangible castidad los nardos,
Y que se ahoga en piélagos de cieno.
Escucha ¡oh Rey! levanta la cabeza
Adornada de triunfos soberanos,
Y por la sangre de Felipe danos
Que no se ofusque el sol de la pureza.



MARINAS.

[Segunda edición.]

Nota Bibliografica.—La primera edición de este libro se hizo á principios de 1898 en la imprenta de "El Tiempo." Fué edición "diamante", que constaba de 45 páginas. Tiráronse 100 ejemplares especiales en papel "Jesús" y 250 en papel fino.



DEDICATORIA.

(A MI EXCELENTE AMIGO D. PEDRO MOLPHE Y FERNÁNDEZ.)

HACE ya muchas noches que, soñando
En olas y marítimos paisajes,
Traigo mi pobre mente rebosando
Aguas y arena, peñas y oleajes.
Apenas cierro por dormir los ojos,
Van poblando mi loca fantasía
Líquidas crestas, náufragos despojos
Y la azulada tez de una bahía.
Acaso naves gigantescas sueño,
Que, de hirviente vapor el vientre henchido,
Por la azul soledad su enorme leño
Majestuosas deslizan sin ruido.
Acaso miro lanchas y falúas,
O el alto bergantín, que su ancla larga,
Y oigo girar las poderosas grúas,
Que á bordo del vapor sueltan su carga.

Y entre tanta visión de olas fingidas
Por raro antojo de los sueños míos
Vienen llenos de imágenes queridas,
Cuando sueño, mi mar y sus navíos.
Será que los recuerdos cariñosos
De aquellas horas, que pasé á tu lado,
Despliegan por la noche silenciosos
En mi mente los lienzos, que han pintado.
Será que como un istmo, entre dos mares
Existe el corazón, con que palpito:
De un lado bulle el mar de mis pesares
Y del otro la mar de lo infinito.
Será.... yo no lo sé.... librarme quiero
De ese cúmulo inmenso de visiones,
Y traslado al papel tosco y ligero
Por eso mis marinas impresiones.
Así, perdona pues, amigo mío,
Si mi canto salvaje el ritmo tiene
De la ronca sirena de un navío,
Que su asordante trémolo sostiene,
De las olas el són, que el arrecife
Cercan y baten con horrible estruendo,
Y el tímido murmullo del esquife,
Que el sosegado mar camina hendiendo,
El estridor de obenques y trinquetes,
Que los palos restiran y ladean,
Y el susurro de izados gallardetes,
Que del barco en los mástiles flamean.
Al fin yo soy un triste marinero,
Que, lo eterno buscando en lontananza,
Sólo tiene en su largo derrotero
La fé por luz, por velas la esperanza.

SED.

Alma, que en altamar buscas en vano
Un sorbo de agua dulce que beberte,
Si á bordo el odre ni una gota vierte
Que el fuego aplaque de tu ardor insano;
¡Cómo crece el tormento soberano!
Y ¡cuánto, cuánto me lastima verte
Morir de sed, ¡sarcasmo de la suerte!
En la mitad del líquido oceano!
Mas cuida no beber la onda azulada,
Que en torno bulle y tu avidez provoca,
Regalando el oído y la mirada;
Que si un trago de mar tus labios toca
Hará que á lo infinito acrecentada
La inextinguible sed queme tu boca.

ODA.

EN LA BARRA DE ALVARADO.

¡Oh! ¡cuánto ambicioné por alcanzarte,
Arida punta de la patria mía,
Que avanzas sobre el golfo, donde parte
El seno altivo de la mar bravía
Del ancho Papaloápam la corriente!
Al cabo puedo hollarte
Y tender la mirada libremente.

Del Médano la falda deleznable
Corrí ligero bajo el sol ardiente
Con mi sed de bellezas insaciable.
Y puedo ahora extático y absorto
Ver ante mí la barra formidable,
Olímpicas batallas, que en el corto
Espacio de un estrecho
Hace siglos en guerra encarnizada
El río anciano por entrar ha hecho
Al mar de Atlante, que le niega entrada.
Su urna de plata y de zafir volcando
En el salobre mar, dilata el río
Su rizado caudal; al fin dejando
Las vegas, que empenacha el bosque umbrío,
Entre dos playas de menuda arena
Sigue su curso blando.
No lo intimida el piélago que suena
Vecino ya con gritos iracundos,
Que sus falanges de olas desenfrena.
Ufano de extenderse entre dos mundos.
Avanza majestuoso, indiferente,
Con la firmeza y el valor profundos
Del que cumple seguro y obediente
La ley de su destino.
Y entre las ondas, con que el mar estalla,
Ya muy pronto ¡espectáculo divino!
Rompe por fin la desigual batalla.
Sus brazos de cristal ciñe y retuerce
Del monstruo turbulento entre los brazos,
Y como espadas brilladoras tuerce
Las gigantescas olas á pedazos.
El Oceano con vergüenza presta
De que un río le fuerce
A que le ceda el paso, el lomo enhiesta,

Con esfuerzo sus músculos abulta
En verdinegros montes, cuya cresta
La blanca espuma del sudor oculta.
Y cansado, espumoso, jadeante,
Con gran estruendo al vencedor insulta;
La playa con su cauda tremulante
Lame ó rabioso azota,
Y con rumores misteriosos suena,
Llorando su soberbia y su derrota
Y escupiendo sus conchas en la arena.
¿Son quejidos ó voces de despecho
Las que lanzas, oh mar, en tus orillas,
En turbias ondas tu furor deshecho,
Cuando al vencerte el Papaloápam brillas
Con las luces del sol, que orlan tu frente,
Y á su curso te humillas?
En tanto el ancho río lentamente
Entre los muros de agua se desliza,
Y altanero y gentil soberbiamente
La cabellera de cristal se riza,
Como un caudillo en la triunfal carroza
Cuando el pueblo le aplaude y diviniza.
De su enemigo los costados roza
Con mano placentera,
Y á la tranquila inmensidad de enfrente
Enfila satisfecho su carrera,
Buscando el quieto fin de su corriente.
¡Cuánto te admiro, río, que te haces
Camino por la mar que te rodea!
¡Cuánto he admirado siempre á los audaces,
Que allá en el mundo la justicia crea!
Los campeones del deber, que osados
Jamás conciertan paces,
Jamás, con poderosos y malvados.

Y cuando ven que la injusticia medra,
En el bien de su causa confiados,
Ni el obstáculo inmenso los arredra,
Ni débiles se doblan á la herida,
Que en ellos labra la enemiga piedra,
Ni atienden á la grita enfurecida
De la plebe insolente;
Y triunfan sin orgullo y sin alarde.
¡Si siempre fuera la virtud valiente,
Siempre hallaría á la maldad cobarde!

Playa de Alvarado, 15 de Diciembre de 1897.

LA SALIDA DEL SOL.

En el cendal de sombras y vapores,
Que bordan por el Este el firmamento,
Se tamiza la luz, y tiende al viento
De sus alas los cándidos fulgores.
Hace el día brotar sus resplandores
Por la marina inmensidad violento,
De las olas á cada movimiento,
En explosión de luces y colores.
Ya es un incendio el Este flameando,
Oro fundido el mar, plata la espuma,
Las gotas chispas de ignoradas fraguas;
Y el sol por fin asoma, lacerando
En rasgones de púrpura la bruma,
Su semblante de rey sobre las aguas.

Veracruz, 12 de Diciembre de 1897.

NOCHE DE LUNA.

Lentas bullendo en coro silencioso
Las horas de enlutada vestidura,
El carro de la noche misterioso
Hacen rodar en la convexa altura.
Duerme de Atlante el férvido Coloso,
Y la luna, que asoma en su llanura,
Su pupila agrandando en lontananza,
De inefable candor miradas lanza.
¡Oh! vamos á la playa, á que se bañe
El alma en la hermosura, que allí vea.
Vamos, que el viento sus romanzas tañe
Del agua en el laúd, y el borde orea.
Es hora ya de que el cantil arañe
Con sus garras de plata la marea;
Y en todo su esplendor fresco y galano
Besará nuestros pies el oceano.

....

Tibia la noche esparce de su aliento
Sobre la costa ráfagas marinas,
Y la luna en el ancho firmamento
Derrocha claridades argentinas.
Bruñe la luz el líquido elemento
En variadas labores blanquecinas;
Y entre juegos de luz de azul y plata
La inmensidad se mueve y se dilata.
Cual manada de cándidas corderas,
Que su blanco vellón van encrespando,
Las olas en tropel á las riberas
Apresurarse míranse avanzando,
Que vienen otras en su pos ligeras;

Y al tenderse en el polvo húmedo y blando,
Sus voces y suspiros misteriosos
Ahogando, forman sones deliciosos.
¿Qué mensaje nos traen del abismo
Esos murmullos que la arena apaga?
¿Son ecos de lejano cataclismo,
Crugir de nave, que tal vez naufraga?
¿El ponto horrorizado de sí mismo
Quizá, sus culpas lamentando, vaga?
O ¿son de ausentes risas y lamentos,
Que conducen las aguas y los vientos?
Ved: la luna parece que nos mira,
De aquella nube las guedejas blondas
Pintando de iris, cuando el rostro vira
Sobre el espejo de las aguas hondas,
Que á donde el paso dirigimos, tira
Una faja de luz quebrada en ondas,
Que al venir hacia acá pura y serena
En el agua se ensancha y escarmena.
El bote pescador, de vela armado,
Lento se aleja y á bogar convida;
Rasga su proa un surco plateado,
Deja tras de su popa blanca herida,
Y, del mar en los pliegues retratado,
Desvanece su imagen invertida,
Soltando de sus remos oscilantes
Cascaditas de perlas y diamantes.
En su lecho de rosas guarnecido
Parece dormitando retorcerse
Entre Europa y América tendido
El Atlántico inmenso. Complacerse
Suele en variar de su inmortal vestido
Los pliegues y color; y al removerse
Hace ondular con indecible encanto

En la orilla las orlas de su manto.
¡Qué bien en esta solitaria playa
El alma extiende su infinito anhelo,
Un mundo al ver, en que su afán explaya,
Espacio y luz, en que tender el vuelo
Hasta que palpe la esplendente raya,
En que se se junta con la mar el cielo;
Y, olvidando trabajos y quimeras,
Vive en la paz de altísimas esferas!

. . . .

Mas hora es ya que á la ciudad volvamos.
Queden á Dios las playas encantadas,
En donde tanto el alma recreamos.
Las huellas ya no vemos, que estampadas
En estos sitios al venir dejamos:
Así muy pronto quedarán borradas
De esta noche las puras alegrías
En el creciente mar de nuestros días.

Veracruz, 12 de Diciembre de 1897.

DESALIENTO.

Soy barco que ha perdido su propela
En el mar solitario de la vida,
Y ni un soplo feliz hinche la vela,
Que cuelga desgarrada y mal tendida.
Todo es calma en/redor. La ola que duerme
Sus más bellos encantos me descubre;
Y, lamiendo la quilla, el mar inerme
Con mansa burla su perfidia encubre.

El grato azul del escampado cielo,
Del agua quieta la llanura vasta
Y todo cuanto miro con recelo
¡Ay con mi situación cómo contrasta!
¿Qué me importa ese mágico trasunto,
Que hace el aire en el mar con sus reflejos,
Si no puedo avanzar un solo punto
Y está la playa de mi bien tan lejos?
¿Qué fué del entusiasmo con que un día
En plena juventud, dejando el puerto,
Emprendí la riesgosa travesía
Sin temer el peligro? ¡Todo ha muerto!
La injusticia, que hallé por donde quiera,
Mi fuerza agota y de pesar me inunda,
Y aliento como el ave, que no espera
Llegar hasta su nido, moribunda.
¡Qué pronto feneció la viva lumbre,
Que animaba en la lucha mis deseos,
Cuando de la ola al remontar la cumbre
Daba mi nave alegres aleteos!
Enérgico, animoso, yo podía
Desafiar los cristalinos montes;
Y á través de las ondas descubría
Ricos celajes de otros horizontes.
Mas hoy, en el ignoto paralelo,
En que fluctúo sin poder ni gloria,
Escucho con horrible desconsuelo
Que cuenta el aire mi pasada historia.
Al parecer de Dios abandonada
Late mi alma, que hirieron las procelas,
Como el pez en la nasa ensangrentada
Del bote pescador sobre las duelas.
¿De algún esfuerzo salvador volverme
Podré en este abandono? ¡Si ya es tarde!

Las olas, no pudiendo deshacerme,
¡Ay! me volvieron débil y cobarde.
¡Ay! en vez de esta calma, que devora,
Dame la ruda tempestad, Dios mío,
Que me obligue á luchar, ó vencedora
Estrelle por inútil mi navío.

MELANCOLIA.

De este ignorado mar, que aún me espera
Para llegar al fin de mi carrera,
En la playa contemplo solitario,
Que sobre el muerto sol que allá desciende,
El crepúsculo tiende
De tiniebla y de púrpura un sudario.
¡Cuán solo estoy, y qué melancolía
Embarga pesarosa el alma mía!
¡Qué escasa luz, qué desmayado aliento
Del porvenir la inmensidad me manda!
Y ¡cómo se desbanda
De olas la turba al alear del viento!
Nadie me da la paz, nada me llena.
¡Qué horrible soledad! Mástil ni antena
Aparecen, del piélago maldito
Rayando el horizonte, y yo doliente
Suspiro tristemente
Por la costa en que vive el Infinito.
¿Cuándo será por fin patria lejana
Que arribe á tí? ¿La luz de tu mañana
Cuando mi frente bañará? Yo ansío,

Afecto tras afecto despidiendo,
Unico amor que entiendo,
Que en tí se ahogue el corazón, Dios mio.

EL NORTE.

A BERTA Y NILA.

La clara linfa, que la quilla hiende,
En torno de la nave se alborota
Y con girones diáfanos asciende
En el exceso de su enojo rota.
Empujando las olas nuestro barco,
Por la hélice rasgadas en cendales,
Le forman en redor sinuoso marco,
Que va con él, de espumas y cristales.
El colérico mar se ve á lo lejos
En surcos agitar sus verdes campos,
Que florecen del sol á los reflejos
De blanca espuma en gigantescos ampos.
Y el cielo se sonríe, el sol destella
Con purísima luz indiferente,
Y sembrando centella por centella
De la onda turbia en la erizada frente.
Bandada de pelícanos tranquilos
La haz del agua al rozar, rompe y dibuja
Con su ala parda en argentados hilos
De la onda que se estrella la burbuja.
También vosotras sonreís, la ropa
Al sacudir, cuando en la nave incierta,
Golpes de mar, entrando por la popa,
Os empapan y barren la cubierta.

Vosotras no teméis, que aves viajeras
Que en el mástil se posan de camino,
No tiemblan de las olas altaneras,
Confiando á sus alas su destino.
Sabéis vosotras ya, que entre amarguras
Al eterno ideal tendéis el vuelo,
Que no debe pararse en las criaturas
Por amor ó temor quien busca el cielo.

A bordo del "Tenoya" 13 de Diciembre de 1897.

AGUA DE MAR.

Era mi alma una fuente de dulzura,
Que en raudales clarísimos manaba
Y á mi carácter apacible daba
De inexhausta bondad tierna figura.
Búcaro fué, de universal ternura
Henchido, el corazón: todo lo amaba
Y hasta el lodo más vil sobredoraba
Al recubrirlo con su linfa pura.
Pero tanto las gentes rechazaron
Mi blando afán, y en mí tanto sus heces
Vertió la ingratitud con mano larga,
Tanto los míos mi bondad hollaron,
Que ya se enturbia, y como el mar, á veces
Mi dulce condición me sabe amarga.

TARDE DE PESCA.

Bogad, bogad, remero;
Que hienda la piragua
Con su desliz ligero
La tersa faz del agua,
Hasta la banda opuesta
Cuyo redor se presta
Para pescar tal vez.
Un pobre caserío
Aquel espacio alegra,
Y allí, del ancho río
Surge la mole negra
Del FOLSJO, cuyo lado
Parece el gran costado
De un gigantesco pez.
Llegamos: á la espalda
Destácase, bordando
La vega de esmeralda
Ya Tlacotálpam, dando
Matiz á su blancura
Con motas de verdura,
Como un inmenso chal.
Su franja blanquecina
De pórticos calada,
Sobre la cual domina
La torre blanqueada,
De aquí mirar se deja,
Y turbia se refleja
Del río en el cristal.
En frente las riberas,
Planicies dilatadas,

Con cercos de palmeras
A trechos alhajadas,
Despliegan verde llano
Hasta el confín lejano
En que se puso el sol.
De nubes entre giros
El cielo por ocaso
Apaga sus zafiros
Hasta frisar acaso
En tonos de esmeralda,
En palidez de gualda
E incendios de arrebol.
Celajes peregrinos
De pliegues caprichosos,
De fuego en remolinos
En occidente airosos
Extienden sus brocados,
Con ráfagas plegados,
Que el sol dejara en pos.
Y, haciendo sus caireles
Con flecos de oro y rosa
En forma de doseles
La colgadura undosa
De una real vivienda,
Forman la rica tienda,
En donde acampa Dios.
Parad el barquichuelo.
Lanzad á la corriente
El plomo del anzuelo;
Y en actitud paciente
Esperemos tranquilos
Que tiren de los hilos
Los peces al morder.
Ved de la cuerda en torno

Ese mechón de rizos,
De la corriente adorno,
Cristales movedizos
Con que el río forceja
Por donde el hilo deja
Al fondo descender.
¡Hola! que ya un obstáculo
Sobre la cuerda siento
¡Afuera! ¡Qué espectáculo!
Coleando en el viento
Mirad pender convulso,
Y que hace vano impulso
Por desprenderse, un pez.
Por el cuerpo argentado
Cuidemos de agarrarle
(¡Qué liso y escamado!)
Y ahora destrabarle
Del gancho. ¡Bien! Ya basta.
Se agita en la canasta
Con viva rapidez.
¡Qué lástima me inspiran
Sus ojos muy abiertos,
Sus fauces que respiran,
Esos brincos inciertos
De la última batalla,
Y de la corva agalla
El férvido latir!
Libre buscó su daño.
Creyendo hallar sustento,
Y asido del engaño
Salió de su elemento
Para encontrar afuera
Nueva, espantosa y fiera
El ansia de vivir.

¡Ay! cuántos corazones
En la turbia corriente
Vieron de las pasiones
Bajo un bien aparente
El mal, que pronto adoran
Y que ávidos devoran
Para morir quizá.
Y por él arrastrados
Ya fuera de su centro,
Le aborrecen airados,
Mas de su halago dentro
Aprisionados quedan
Sin que soltarse puedan
De sus enredos ya.

Tlacotálpam, 14 de Diciembre de 1897.

CARTA Á MI HERMANA.

Hoy que me acerco al mar, Ana María,
A tu alma bella aproximarme creo,
Que ha sido la mitad del alma mía.
Cuando la inmensidad cercana veo
Del mar, que me habla con excelso grito,
Mi mente llena místico deseo.
Y, con amor pensando en lo infinito,
Pienso también en tí, que muy temprano
Le entregaste tu espíritu bendito.
Este eterno variar del océano
De la muerte y de Dios en mí despierta
El doble pensamiento soberano.

Miro subir de majestad cubierta
El agua, que en sus bóvedas redondas
Palacios finge de cristal; incierta
Teje la espuma sus nevadas blondas,
(Que han de morir como la dicha, en breve)
Para adornar la frente de las ondas.
Y aquella masa, que á subir se atreve
Escalando los aires, rueda luego
Y abatida en la arena se remueve.
Encima de ese orgullo sin sosiego
El sol, como la imagen de Dios mismo,
Hace flotar sus témpanos de fuego.
Y me hago la ilusión de que este abismo
Puede llevarme al otro en que segura
Vives gozando dichas sin guarismo.
¿Te acordarás de mí desde la altura
En donde reina Dios, y tu alma liba
La esencia del amor serena y pura?
¿Podrás leer lo que mi mano escriba,
Cuando cautivo en la mortal escoria
Yo tan abajo estoy, tú tan arriba?
¿Se conserva en el cielo la memoria
De aquel cariño, que formó con nudos
De rosas y de lirios breve historia?
¿Escuchan los espíritus, desnudos
De cuerpo vil, los ayes del que gime
Y oyen quizá los pensamientos mudos?
Yo sé que Dios con su pensar sublime,
Como á las cuerdas de un salterio eterno
Un vario són al universo imprime.
Y desde el Paraíso sempiterno
Propaga sus perennes armonías
Hasta repercutir en el infierno.
Y que oye el eco y á las almas pías

Las deja oír las notas vocingleras
Del orbe entero y de las ansías mías.
  Creo pues que en las célicas esferas
Tu mirada de espíritu me busca,
El mundo recorriendo, y que me esperas.
  ¿Verdad que sí me esperas; ó me ofusca
Grata esperanza? Por llegar al puerto
Vuela mi nave, que su bien rebusca.
  Cansado del mundano desconcierto
Ya me dejaron mis ocultas penas
Y en ancha herida el corazón abierto.
  Tú, noble fé, que de valor me llenas,
Conoces mi pesar, pues que me ayudas
El peso á sostener de mis cadenas.
  Que muchas almas de piedad desnudas
Mi tierno corazón y limpia frente
Circundaron de espinas ¡cuán agudas!
  No maldigo el dolor: sé que potente
Forma el carácter y la fuerza cría
Para subir á la región luciente.
  Pero al sentirse herida el alma mía,
Esfuerzos hace por llegar muriendo
A lo alto, donde estás, Ana María.
  Hoy por tanto mi espíritu, extendiendo
Sobre la mar sus alas vulneradas,
Te busca y canta, su dolor diciendo.
  Y sus pupilas de llorar cansadas
Cerrando á la borrasca y sus espumas,
Sueña con otras tierras encantadas.
  Yo de la muerte pasaré las brumas,
Que soy, como tú fuiste, ave viajera,
Que, sintiendo la fuerza de sus plumas,
"No fabrica su nido en la ribera."

MINIATURAS

—

SONETOS.

[Segunda edición.]

Nota Bibliografica.—De este librito se hizo una edición especial de 500 ejemplares impresos con letra "ágata" sobre papel muy fino en la Imprenta de D. Juan E. Barbero, á mediados de 1896. Tenía LVI más 6 páginas.

A MI BUEN AMIGO

LUCAS ALAMAN.

MINIATURAS *es un librito, que casi de nada sirve. Pertenece al género de los chirimbolos, juguetes, chucherías,* BIBELOTS *ó, como se llamen, esos chismes, tan inútiles como elegantes, que á cientos y en variada coufusión adornan las mesitas de sala. Mas ya sé que Ud. lo acogerá con buena amistad y eso lo avalora, y de antemano me satisface y paga con creces el poco afán y menos tiempo, que malgasté en escribirlo.*

Tacubaya y Abril de 1896.

Su afmo.

ATENOGENES.





A UN POETA MUERTO.

COMO vibra clavada la saeta,
Vibran aún las notas de tu canto.
Salvar pudiste con empeño santo
Del ideal la polvorosa meta.
¡Tu corazón, tu lira más secreta,
Al golpe del dolor temblaba tanto!
Y lo trocaba en armonioso encanto:
Tienes derecho á descansar, Poeta
Duerme: ya cesa el mundanal ruido.
Y al pié de tus despojos funerales
Va acallando la Envidia su rugido.
Ya te nombran sin ira tus rivales
Y el árbol de la Fama te ha extendido
La sombra de sus hojas inmortales.

ASPIRACION.

Yo quisiera morir como fallece
Una ola murmullando en la ribera;
Morir como la nota lastimera
De una lira, que el zéfiro estremece;
Como luz, que arrastrada desparece
Del sol ya puesto por la roja esfera;
Como nube de incienso, que ligera
Sube al cielo y en él se desvanece.
Yo quisiera dejar á las criaturas
Y el cuerpo, que me encierra, tan querido,
Como deja el raudal sus fuentes puras;
Como abandona el pájaro su nido,
Buscando libertad en las alturas,
Sin gemir por la fronda en que ha nacido.

TAMQUAM LIGNUM...

Un árbol soy, el árbol, que se mira
En el móvil cristal del arroyuelo,
Y ve sus hojas y el azul del cielo,
Creyendo que están juntos y...... es mentira.
Y á la corriente, que pasando gira,
Deja caer sus flores, su consuelo;
Rodar las ve con incesante anhelo
En las aguas, y trémulo suspira.
¿A qué encorvar los brazos desvestidos?
No es posible alcanzarlas; van flotando
De la ilusión los pétalos y nidos.
Ya, déjalos: tus ramas levantando,
Halla otro bien, los bienes escondidos,
El cielo y el amor, que vas buscando.

INSONMNIO.

Sobre el abismo lívido y profundo
El viejo Atlante, que se encorva y suda,
Lleva en su espalda nítida y membruda
La azul esfera del inmenso mundo.
Y cuando Hércules llega vagabundo,
Y el peso enorme á sostener le ayuda,
Libre el coloso de su carga ruda
El aura grata respiró un segundo.
Y yo cargo tedioso, sin alientos
Y con dolor, cuyos gemidos callo
El mundo de mis propios pensamientos.
Por encontrar un Hércules batallo,
Que le quite de mí breves momentos,
Recorro el horizonte y.......no le hallo.

EL CREADOR.

Era el principio: Dios en las alturas
La materia magnífico amasaba;
Y abrió sus ojos y la luz formaba;
Sobre las cosas pálidas y oscuras
Como el atleta Griego en las llanuras
Los discos abronzados arrojaba:
Así los mundos rápidos lanzaba
Del hondo espacio á las regiones puras.
La huella de sus dedos en los polos
Dejó al tirarlos; y en feliz medida
Equilibrados y girando viólos.
Y sonrió, de la obra concluída
Ya satisfecho: y en los mundos solos
Esa sonrisa derramó la vida.

LUCIFER.

¡No mirásteis, criaturas? Ha caído
El lucero del alba de repente,
Y destronado, trémulo, doliente
En las hondas tinieblas se ha perdido.
¡Cuán ufano ascendió, cuán engreído!
La cabellera de oro refulgente
Sacudiendo orgulloso, alta la freute,
En su alada carroza sostenido.
Y vió que el universo lisonjero
En nubes de oro y rosa le envolvía,
Y como un Dios se levantó altanero.
Y Dios volcó su carro; y escribía
Con la estela, al caer de su lucero:
¡Ay del que vano en su grandeza fía!

AL PIE DEL POPOCATÉPETL.

Rey de los montes, duermes apagado,
Mal ocultos tus miembros colosales
En clámide de nieves eternales,
Bajo dosel de nubes ondulado.
¿Qué fué de tu furor, que desbordado
En humo y fuego y lavas torrenciales
Hizo temblar la tierra y los mortales
Del mar de Atlante al mar del otro lado?
Sólo te queda ya tu mole inerte,
Y en medio de tus riscos soberanos
La magestad terrible de la muerte.
Huyen de tí los pájaros ufanos
Y vives solitario ¡última suerte,
Que guarda el justo cielo á los tiranos!

AL DIA.

Despierta, Aurora, mueve con presura
Del palacio del sol la antigua puerta,
Y tu faz amorosa descubierta
Al orbe dé su aroma y donosura.
Surgid, las Horas de la lumbre pura,
Con la veste de púrpura entreabierta
Ondulando, á los zéfiros oferta,
Suelto el cabello y fresca la hermosura.
La danza entretejed; suene bizarro
Del día el himno en notas bulliciosas
Y ascienda Apolo al fulgurante carro.
Por el éter volad y generosas
Dad á la tierra y animado barro
De luz y vida celestiales rosas.

AL SOL.

Fuente de luz, espléndida derramas
Tu noble sér, pintándome el espacio
De risueño zafiro y de topacio,
En haces mil de voladoras llamas.
Das al viento poder, fruto á las ramas,
Murmullos al selvático palacio,
Pompa al vergel adormecido y lacio
Y el roto germen en el surco inflamas.
Vuelvo á gozar, dispérsase ligera,
Oh sol, oh claro sol, cuando te miro,
De mis pesares la caterva fiera.
¡Ah! de mi vida en el revuelto giro
Cuán dichoso sería, si así viera
De las almas al Sol, por quien suspiro.

AL OCÉANO.

—

Asi jamás los inclinados ríos
El dón te nieguen de sus urnas claras,
En lecho de coral y conchas raras
Yérguete y cuida de los versos míos.
Alza tus cuernos raudos y sombríos,
Tu adusta faz y barba que argentaras,
La vista azul, las zarpas tan avaras,
El undoso ropage y miembros fríos.
Entiende que no quiero avasallarte
Con osado bajel, ni tu opulencia,
Ni las perlas que lloras, arrancarte.
Y lleve á mi barquilla tu clemencia
De Italia hasta el confín, patria del arte,
Que es la dulce mitad de mi existencia.

———

AL VIENTO.

—

Aliento de la Tierra, yo te admiro
Cuando, batiendo horrisonantes nubes,
De Dios el carro, en medio de Querubes
Que vibran llamas, sostener te miro.
Me aterras ¡ay! si tu crueldad respiro
Ya sobre el ponto con furor incubes,
Ya levantes la tromba cuando subes
Al negro cielo en absorbente giro.
Me embelesas si plácido resbalas
Rizando el lago, ó bien entre el decoro
Del bosque tus suspiros me regalas.
¡Aliento de la Tierra! yo te adoro
Porque conduces en tus regias alas
De tantos infelices tanto lloro.

BORRONES.

Copian las aguas del tranquilo lago
De su redor los cármenes floridos,
Juncias y lotos, árboles y nidos
Y el torreón, que borda el juramago.
Las mariposas de oro, que al halago
Tiemblan del viento, en vuelos retorcidos,
Las nubes y los pájaros perdidos
Y el inmenso zafir del aire vago.
La superficie del cristal serena
Agita un soplo, y una mancha oscura
Borra la copia del paisaje amena.
Mi alma también retrata la hermosura,
Que en torno mira, y de bondad se llena,
Y.... un soplo de pasión la desfigura.

¡POBRE MARIA! (1)

¡En orfandad tan solitaria y fría,
A tus primeros pasos en la tierra,
La hiel, que el cáliz de la vida encierra,
Comenzaste á gustar, pobre María!
Dijo á la Muerte Dios, que te veía:
"*Trae esa niña, que llorando yerra
Antes que sola en la mundana guerra
Pierda el camino, que hasta el cielo guía.*"
Y del mal no pisaste el fiero rastro;
De Amor maligno la enconosa herida
No enrojeció tu seno de alabastro.
Te arropaste en las sombras dolorida
Y, cual se duerme en occidente un astro,
Ya te quedaste sin temor dormida.

[1] En la muerte de mi hija espiritual Maria Orcillez, alumna del Colegio de la Paz.

NOSTALGIA DE AMOR

¡Quince años cuentas, mi querida Lola,
Y amas la soledad, y lentamente
Recorres triste, la arboleda, el puente
Y las callejas de tu huerto sola?
¡De flor y flor deshaces la corola,
Miras sin ver la retozona fuente,
Y te inunda los ojos de repente
Sin causa, en fin, de lágrimas una ola?
Es que el amor anuncia su venida
Con séquito real de goce y penas,
Y tu alma busca su estación florida.
Nostalgía de amor cunde en tus venas,
Y el ciego dios te amargará la vida;
Oye, advierte ¡por Dios! que te envenenas.

CREPUSCULO.

Su última luz en el ocaso vierte
Del moribundo sol el orbe de oro,
Y de la noche el féretro incoloro
Recibe al mundo silencioso,inerte.
Se humilla el alma, que trocado advierte
De tierra y cielo el fúlgido decoro;
Y ya la asalta salpicado en lloró
El grave pensamiento de la muerte.
Pero detrás de los oscuros montes
Aun se perciben claras lontananzas,
El sol, la vida en nuevos horizontes.
Alma, también á descubrir alcanzas
Luz, que tendrás cuando la muerte afrontes,
De la inmortalidad las esperanzas.

A SANTA TERESA EN EXTASI.

Te habla la voz divina, resonando
Dentro del alma, que en dulzor se anega,
Y los sentidos de tu cuerpo ciega
Un mar de luz, en lo interior brotando.
Suspéndese la vida, retemblando
A la presencia de su Dios, que llega;
Y Dios al alma su virtud allega,
Como airecillo de la tarde blando.
De toda ciencia y todo amor traspasa
La esfera tu alma, y luz no conocida,
Suprema luz á iluminarla pasa.
Toda verdad á un punto reducida
Contempla, y de ella en el amor se abrasa:
¡Oh desmayo feliz, oh muerte, oh vida!

A UN NIÑO DORMIDO.

En blando almohadón de pluma leve
Se hunde suavemente, reposando
En postura gentil, no menos blando
Tu cuerpecito de color de nieve.
Tu seno apenas compasado mueve
El dulce aliento, al zéfiro imitando
De la aurora; y, tus labios despegando,
A brotar la sonrisa no se atreve.
Y tus diáfanos párpados ampara
El manso sueño, en ellos escondido.
Duerme, de la inocencia imagen clara.
¡Si así jamás al mundanal ruido
Tu espíritu inocente despertara,
Y Dios lo hallase, al expirar, dormido.

A LA LIBERTAD.

(DITIRAMBO)

Pasa, Bacante; y con imperio vibra
El tirso, que orlan vides seculares,
Socava tronos y derriba altares,
Y á la misma Razón desequilibra.
De freno y leyes á la gente libra,
Y tabernas consagra y lupanares:
Y el ronco són de impúdicos cantares
Devora á la Virtud fibra por fibra.
Es la hora del poder de las tinieblas;
Persigue á los que osamos execrarte
Y de tu falso nombre maldecimos;
Que á vivir en la tierra, que tú pueblas
De impunes vicios que alzan estandarte,
El morir á tus manos preferimos.

ALMA PARENS.

[En la Natividad del Señor.]

Madre Tierra, levántese tu frente
De muros y de torres coronada;
Y ruede por leones arrastrada
Tu alta carroza en el azul ambiente.
De mundos y de soles reverente
El ejército al verte se anonada,
Núcleo de oro en la creación sagrada
Que Dios elige, de sus dones fuente.
Y miran los Espíritus superiores
En tí el origen de sus gracias, hecho
Hijo tuyo el imán de sus amores;
Que baja el Verbo á tu recinto estrecho,
Come tu pan, padece tus rigores
Y riega con sus lágrimas tu pecho.

A COLON.

Se turba el cielo, la polar estrella
Ya no aparece, ni tu rumbo traza;
La Discordia en tus barcos se abre plaza,
Grita la chusma y dobla su querella.
Ya con fragor la tempestad resuella,
Las maromas y gavias despedaza;
Y ya desde las nubes te amenaza,
Retorciendo sus brazos la centella.
Se alarga el océano indeficiente:
¿No tendrá fin el líquido errabundo?
¡No retrocedas! ¡por piedad! ¡detente!
Lucha y relucha con el mar profundo
Que en las brumas rosadas de occidente
Abre los ojos y te busca un mundo.

A UN AVENTURERO.

Oyelas ¡ay! Las aves de tu nido
Gimen por tí. Mas ya tu carabela
Tiende sus alas y en el mar, que riela,
Las ve temblando como alción herido.
Oyelas ¡ay! Del mar embravecido
Gritan las olas; la borrasca vuela,
Rayos vibrando; y tú ambicioso vela
Del peligro y la muerte se ha reído.
Alza, al sentirte, la rugosa frente
El no tocado mar, su lomo enarca
Y......á ignota playa te arrojó inclemente.
Y ya se burla su pupila zarca
De tu ambición, mirando mansamente
Los ruínes despojos de tu barca.

CARNAVAL

Tu rostro oculta de jazmín y rosas
Bajo el negro antifaz de terciopelo,
Como se esconden en boscoso suelo
Cuando acechan las fieras espantosas.
Prende al corpiño alhajas afrentosas
Y camelias de púrpura y de hielo,
En cuyo fiel rocío imita el cielo
El llanto, que causaste á cien esposas.
Cual fuegos fatuos al radiar tus ojos,
Bebe en la copa, donde imita el vino
Sangre vertida, en sus cambiantes rojos.
Y danza ya con vértigo, sin tino,
Como va tu alma entre placer y enojos
Del infierno en el rápido camino.

EL JUICIO FINAL.

El cielo en mil pedazos se quebranta
Y entre lluvia de sangre se derrumba;
Y al ronco són de la trompeta santa
La tierra sola se estremece y zumba.
Se remueve y absorta se levanta
La humanidad del seno de la tumba;
Y ya el clamor de muchedumbre tanta
De polo á polo cóncavo retumba.
En nube undosa, fúlgida y ligera
Viene Jesús, de soles coronado,
Rayos vertiendo de su faz severa.
¡Piedad! oh Rey. No juzgues indignado
Al mundo vil, que en tu bondad espera,
Que la sangre y la vida te ha costado.

NAUMAQUIA.

De agua llenad el circo hasta los bordes:
Vengan las naves hasta el tope armadas,
Y avancen, por el sol abrillantadas,
Al golpe de los remos bien acordes.
Suenen las armas ya; gritos discordes
Pueblen el viento y torpes carcajadas;
Y tíñanse las aguas agitadas
De sangre vil, lamiendo los trasbordes.
Que de los gladiadores la fiereza
Crezca sin fin y crezca su coraje
Al ver la sangre, que á espumar empieza
Goza, pueblo. Espectáculo salvaje
Ahoga tu virtud y tu nobleza
Para rendirte á torpe vasallaje.

A UNA PECADORA

¡Bien! alta Juno. Púrpuras y gualda
De ágata en urnas tienes á millones,
Múrrinos vasos y ambrosía y dones
Del viejo oriente y telas de Smallkalda.
Recorre el mundo (la divina espalda
Mal reclinada en Persas almohadones)
En carroza, que tiran tus pavones
Desplegando sus colas de esmeralda.
Y déjate adorar, el hato impuro
De elegantes te asedia y compra necio
Los favorcillos de tu amor perjuro.
Que ya tendrás de tu soberbia el precio:
Lecho ruín en hospital oscuro
Y el olvido, la muerte y el desprecio.

A UN MUNDANO

—

Gladiador, gladiador, no alces la frente,
Ni la arena recorras altanero;
Ni tanto fíes de tu invicto acero,
Que te ha sido propicio hasta el presente.
¡Ah! ¿Te sonríes desdeñosamente
De mis palabras? No eres el primero,
Que viene al circo con semblante fiero,
Y muerde el polvo, mísero valiente.
Mira esa cueva: el garfio sanguinario
Arrastra á los vencidos y los guarda
En el, que ves, envilecido osario.
Tu paso altivo, gladiador, retarda
Y escucha: negro y solo el *espoliario*
De la pobreza y la vejez te aguarda.

A UN AMANTE NOVEL.

—

La pantera falaz su cuerpo extiende,
Luego ablanda sus ojos amarillos,
Barre el polvo su cauda con anillos,
Guarda las uñas y las manos tiende.
Y no es que halague, que el ataque empren-
Así tu Elvira con amantes brillos (de.
Seduce á los espíritus sencillos,
Y así en las redes de su amor los prende.
¡No ves que agita su aromosa falda
Con seducción, inclina su cabeza
Y enternece sus ojos de esmeralda?
¡No ves que se mantiene su belleza
De corazones? Vuélvele la espalda
Y evitas el rigor de su fiereza.

DESPERTAR.

[En el cementerio.]

Despierta el sol; y de rubí se alhajan
El gallo y las veletas de la torre.
Los cipreses al céfiro, que corre,
Le dan suspiros y la frente bajan.
Las flores que las tumbas amortajan
El aura, despertándolas, recorre;
La cortina de nieblas se descorre,
Y de granitos de ópalo se cuajan.
Saltan las aves á la voz del día
Y encadenan sus plácidos conciertos
De rama á rama en cándida porfía.
Los insectos del polvo están despiertos;
Sólo en sus lechos, en la tierra fría
No despiertan, inmóviles, mis muertos.

¡ A DIOS !

[HABLA UN AMANTE À SU AMADA.]

Mañana del Atlántico las olas
Ya, soportando indóciles tu quilla,
La llevarán á la remota orilla,
Do las enfrenan costas Españolas.
Y otro mar, que en tus sueños tornasolas,
El mundo del placer, que en lujo brilla,
Ha de llevar á tu ánima sencilla
Hasta las playas del hastío solas.
Y, cual se tira el ramillete ajado,
Que adorno fuera de tu pecho altivo,
Después que al baile sucedió la calma:
El recuerdo, que hoy llamas adorado,
De mi cariño generoso y vivo
Allá muy pronto arrojarás de tu alma.

UN SECRETO.

(HABLA UN AMIGO A OTRO.)

Al sorprender el indiscreto lloro
En mis pupilas, hasme preguntado
Con sonreír de amante consumado
Quién es la prenda, que en el alma adoro.
Si en los mares de amor tu barca de oro
Una vez y otra vez ha naufragado,
Y las huellas conserva en su costado
De aguda sirte y vendaval sonoro;
Si tantas veces, débil en extremo,
Te ha herido de muerte la ternura;
No inquieras de la llama, en que me quemo.
De mi tierna amistad por la fé pura
Que nunca la conozcas, porque temo
Te robe el corazón, tanta hermosura.

OTOÑAL.

(HABLA UN CAMPESINO, QUE VUELVE DE LA GUERRA)

Es tarde; y en sus lánguidos rumores
Las hojas, que los árboles soltaron,
Parecen lamentar los que pasaron
Rico verdor y céfiros y flores.
Su cabaña no humea, mis amores,
Ya su hogar se apagó, se marchitaron
Las hiedras, que su alero entrelazaron,
Y se huyeron sus mirlos trinadores.
Ni de su rueca escúchase el ruído,
Cuando sus perros mi llegada indican,
Entre dulce sonrisa interrumpido.
Recuerdos, que mi pecho mortifican,
Del árbol de mis dichas se han caído
Y el invierno del alma pronostican.

PASTORIL.

—

¡Ay! dulce y delicada Galatea,
De Títiro el cabrero enamorada,
Fué por él una tarde desdeñada
Bajo aquel sauce, que florido ondea.
Llevando flores de purpúrea altea
En las orejas, con la sien orlada
De flor de maravilla matizada,
Llegó en silencio hasta el redil, que humea.
Mas al mirar á su gentil cabrita,
De la majada prodigioso encanto,
Que en la olorosa puerta atiende y grita;
Suelta las hojas de rugoso acanto,
Que con sus dedos gráciles marchita,
La abraza cariñosa y suelta el llanto.

AMENAZA DE BARBA-AZUL.

—

Puntos de oro la oscura venturina
Tiene, oro que no sirve, ni se alcanza:
Y han tus ojos destellos de esperanza,
Que nunca se realiza, Carolina.
Tiene, si el sol de lleno la ilumina,
Una estrella la punta de mi lanza:
Juramentos de amor y bienandanza
Tiene también tu lengua, que fascina.
Y tiene tu desdén flechas, que parten
Los corazones á tu yugo fieles,
Y es el pan que les das porque se harten:
Y mi puñal bruñido á dos cinceles,
Cuyos hechos el pánico reparten,
Tiene punta, que mata á las infieles.

DE PERLAS.

De sonrisas cubrió con atavío
Su labio carmesí la nueva esposa;
Sembró de perlas su garganta airosa,
Su nívea falda y su cabello umbrío.
Robó para ella al piélago bravío
Su adorador con mano generosa
Un mar de perlas. Es como una rosa
Que al alba llena trémulo rocío.
Y pasa un año, y en sus labios rojos
Los ayes y suspiros anidaron,
Y perlas tiene, que la dan enojos.
Falda, garganta y bueles le adornaron
Hilos de llanto, perlas de sus ojos,
Que al corazón un mundo le costaron.

A MI LIBRO. (1)

Navecilla gentil de mis cuidados,
¿Qué te lleva á alta mar? Mejor te fuera
En torno de la plácida ribera
Bogar hendiendo golfos azulados.
Sin saber de la onda los pecados
¡Necia de tí! que crees lisonjera
Que tu pecho de cisne donde quiera
Ha de arrollar cristales enojados.
Eso que ves de la ola á los traveses
De otras barcas quedó del cataclismo
Adornadas de triunfos y paveses.
Pues ¿qué te atrae el hambre del abismo?
Pero haces bien, quien huye los reveses
No es dueño poderoso de sí mismo.

(1) Los sonetos comprendidos desde éste hasta el titulado "Mi Ultima Resolución" inclusive formaron parte del libro titulado "Preludios." Algunos de ellos se habian publicado en "La Voz de México."

LA MUERTE DE VOLTAIRE.

Agoniza Voltaire entre pavura
Sobre ajado cojín con ansia enhiesto,
De horrible convulsión bañado el gesto
Y el labio burlador de sangre impura.
Tras largo batallar con la amargura
Se arranca el alma en hálito funesto;
Y en el aire fatal ya rueda presto
De inmensa eternidad lóbrega, obscura.
Apoyo busca, y por doquier que vaga
Ve á la JUSTICIA colosal, precisa,
Llenando la negrura en que naufraga.
Suplica, gime, tuércese indecisa,
Y ella la mira desdeñosa, y paga
Su impío sarcasmo con eterna risa.

LA NOCHE.

Coro de los planetas intranquilo,
Estrellas, que radiáis en el altura,
De etéreas gasas lontananza obscura,
De paz é inmensidad eterno asilo;
Polvo de luces, que levanta en vilo
Con forma de camino; que fulgura,
En el vuelo de Dios, que eterno dura,
El carro de su espíritu tranquilo;
¿Por qué mi corazón hoy al miraros
Del suelo se desprende, y pobre ansía
Alas para volar hasta tocaros?
¿Qué imán tenéis, qué fuerza que me guía?
Es que lee en vosotros, soles claros,
Y busca al infinito el alma mía.

A LA VIRTUD.

Virtud, hija del cielo inestimable,
Hoy que me ciñe tentación artera,
No me mires así con faz severa,
De Dios airado imagen formidable.
Castiga al impio, muéstratele amable,
Cuando de culpas la corriente fiera
Le ha alejado de tí, cual no quisiera,
De insomnio y tedio en noche interminable;
Cerca perciba el hálito que adora,
De la hija, que un crimen le ha costado,
Y en blando sueño la su angustia ignora;
Entre huirte ó seguirte desolado
Con ansia inútil. huye voladora
Y ven al corazón que te ha buscado.

AL DOLOR.

Negra deidad, que todo lo dominas,
Que naces con nosotros adunada,
Y reinas sobre el hombre, coronada
Con diadema de roscas serpentinas,
Para las obras emular divinas
Te hizo la mano del infierno airada,
La existencia amasando con la nada;
Y fué tu sér de luto y de ruínas,
Y el Abismo gritó: *Criador he sido;*
Algo hay que no es de Dios, negra amargura.
Y Jehováh vencedor, nunca vencido.
Arrebatóle su fatal criatura,
Y en varón de dolores convertido
Te dió su propio sér y su hermosura.

A AGLAYA.

—

¿Qué fué de tu donaire y gentileza;
Por qué en tus labios el clavel fallece,
De tus dientes el nácar se ennegrece
Y el oro se argentó de tu cabeza?
¿Resbaladizo dón, que da Belleza,
Porque lo hermoso terrenal fenece,
Y el oro y rosicler se desvanece;
Por qué muere sin fin naturaleza?
Porque, si esa beldad no se acabara
—El genio respondió del arpa mía—
Nos cegaríamos á su lumbre clara,
Y sin treguas el alma la amaría;
Y si eterno el espíritu la amara,
Espíritu sin Dios se moriría.

A UN CISNE.

—

Cisne gallardo de argentada pluma,
De ojos de fuego y pico de corales,
Que arrollas de este lago los cristales
En la ola comba de rizada espuma,
Ora tranquilo y con soberbia suma
Sobre la onda diáfana resbales,
O zabullendo turbes, desiguales
Tu imagen que en el agua se desfuma;
Dicen que ave feliz enmudecida
Vives y plañes con divino encanto
A la hora de la muerte dolorida;
Pues gúardate el placer, y, aunque el que- (branto
De esa muerte me des toda mi vida,
Dame, cisne gentil, dame tu canto.

EL CASTIGO DE LA ESQUIVEZ.

Que de tu corazón no das impía,
Iris, altiva como bella, es fama,
Ni á los que tu adustez ha hecho llama,
Ni á Dios, que tus amores merecía.
Si revender amor es felonía,
Que á ángeles como tú sobrado infama,
En que apetece amar la que no ama
Y pena en no lograrlo llega el día,
Mira al rebelde Querubín, preciso
Espejo tuyo, en el palacio eterno
Se amó sin fin, angélico Narciso.
Endureció su amor el pecho tierno,
Y á nadie pudo amar cuando lo quiso;
Y no poder amar es el infierno.

AL ATARDECER.

El sol ha tramontado, en peña obscura
Mi rostro el aura de la tarde halaga,
Y triscadora entre las hojas vaga
Por los riscos calzados de verdura.
Cesa el bullicio abajo en la llanura,
Crece la sombra, que domina aciaga,
El rumor de los árboles se apaga,
Cubierto el río de vapor murmura.
Al escueto redil la grey tranquila
Vuelve, acaba la noche la discordia,
De las mil aves, que el ramaje asila.
Y en el valle, do reina la concordia,
De trunca torre la vetusta esquila
—¡*Ay*—parece clamar—*Misericordia!*

MI ORACION.

Al pie de un Crucifijo tiernamente
Arrodilléme y con instante ruego
Lira Horaeiana y caramillo Griego
Iba á pedir y lauro refulgente.
Pero contemplo, al levantar la frente,
El pecho destrozado, el rostro luego
Pálido y mustio y á las sienes llego,
Que verde espino le ciñó crugiente;
Que dos escarpias á la cruz sus manos
Adhieren miro, y en su faz sangrienta
La expresión de dolores sobrehumanos;
Que el amor al patíbulo le alienta,
Y yo persigo los honores vanos;
Y....pido al cabo sin sabor y afrenta.

EN EL CAMPO.

Grata me es sin pájaros ni trinos
De ese collado la aromosa falda
Franjada de abras, que de verde y gualda
Pintan el musgo y la hojarasca finos.
Más me deleita en ímpetus divinos
El viento caprichoso, que á mi espalda
Susurra en los penachos de esmeralda
De los nudosos seculares pinos.
Pero me arroban las cardadas nubes,
Que dora el sol poniente y me parecen
Madeja de la sien de los querubes:
Como yo van errantes al anhelo
Del aire irresistible y desparecen,
Como yo un día, en el azul del cielo.

A LICORIS

Si red de corazones tus cabellos
Tejes en nudo, ó con esencia vana
Los unges ante luna Veneciana,
Donde riela la luz menos que en ellos;
Cuando el pecho desnuda, los destellos
De tus ojos estudias ¿ves cercana
De un hombre ensangrentado sombra ufana
Con ojos doloridos aunque bellos?
Cuando danzas, cual hiedra ligadora
Asida á tu galán ¿no ves herido
En el dintel á ese hombre que te llora?
Vayas doquier, te sigue no sentido.
¿No recuerdas quien es? Tiembla, traidora,
Que es Jesús por tu mano escarnecido.

LAMENTOS DE UN JOVEN ISRAELITA.

Sopló la Muerte irresistible; aquella,
Mi ángel de humo de color de rosa
Se disipó; la escena religiosa
De nuestra unión mi pensamiento sella.
Cabe la encina fué sagrada y bella
Que susurraba al aura misteriosa
Cual si parvada de ángeles ruidosa
Aletease entre las hojas de ella.
De blanca barba el sacerdote esplende;
Del ara encima rueda con tardanza
El humo del incienso, ¡ay Dios! no asciende
Y hoy, cual girón de cielo en lontananza
Cuando la tempestad sus nubes tiende,
Me quedan su recuerdo y su esperanza.

LA PALOMA MENSAJERA.

—

Paloma, ¿á dónde vas y quién te envía
Que hiendes tan aprisa el claro cielo?
Así vivas feliz, para tu vuelo.
¡Ay! si tú fueras la paloma mía.
- Linda princesa como el claro día,
Que en segura prisión de sombra y hielo
De su padre guardara amargo celo,
Fué mi dueño, señor, y mi alegría.
Al soltarme su mano cariñosa
Me mandó á su doncel enamorado,
Y sus ojos cerró muerte amorosa.
—No digas más al corazón helado,
Paloma tan cruel ¡ay! como hermosa,
Tu mensaje fatal me ha matado.

LA QUERELLA DE LEOLINO. (1)

—

Dicen que hay de la mar en lo más hondo
Conchas de nácar, que se cuaja en perlas,
Y los buzos descienden por cogerlas
De los mares amargos hasta el fondo.
Así yo, al fuego, que en mi pecho escondo
Prendido por tus gracias desde verlas,
Me lancé á las borrascas sin temerlas;
Y ya de mi desgracia no respondo.
Lazos de sangre, empeños maternales,
El limpio honor y lo que más valía,
Todo rasgué de amor en los raudales;
Todo para ganarte, concha mía,
Hasta de Dios las leyes eternales,
Y....de perlas de amor te hallé vacía.

[1] Fragmento del acto III de la tragedia "El último Bretón,"

MI ULTIMA RESOLUCION.

Soñando con el lampo de victoria
Entré muy niño á literarias lides
Sin probar de mi ingenio los ardides,
Regalo de las Hijas de Memoria.
El ramo de poeta, la alma gloria
En balde, mi alma, á mi laúd le pides,
No para tí ni el álamo de Alcides,
Ni el mirto Ciprio ó piedras de la Historia.
Es mi arpa mi broquel, á los tempranos
Golpes, que ha recibido, muy bien pudo
Quedar deshecha en mis heridas manos;
Mas no he volver del combatir sañudo
Sino, cual los guerreros Espartanos,
O muerto ó vencedor sobre mi escudo.

FESCENINA.

Ríos de luz, que vierten las ventanas,
Impalpable volar de cien olores,
Músicas, que á pichones gemidores
Y gritos de oso remedáis livianas,
¿De qué reís?—Las jóvenes cristianas
Danzan con los impíos y traidores,
Y abrazan á los sucios burladores
De la Iglesia. ¡Muy bien por esas vanas!
Déjalas, castidad, blanca azucena
Que medras sólo en brazos del espino.
Mañana irán al templo, que se llena,
Golpeando el pecho en su fervor mezquino,
Con la mano de nácar: en su pena
No las oigas, que sigan su camino.

LA FRANCMASONERIA.

¡La Meretriz! Al són de su salterio (1)
En Patmos Juan la mira y la retrata:
De las siete colinas se dilata
Donde ha fijado el trono de su imperio.
En vaso de oro brinda el adulterio;
Le dan los reyes manto de escarlata;
Roba en silencio y en silencio mata,
La que en su frente se escribió: MISTERIO.
De sus esclavos la marcada broza
Es la que sube y en el mundo impera,
Y la Iglesia, su víctima, solloza.
¡Oye, Jesús! Tus juicios acelera,
Tú, que eres el honor ven y destroza
A la que triunfa bárbara ramera.

CORONA DE ESPINAS.

Cuando piensas á solas, hijo mío,
Con deleite visiones de impureza,
Yo contemplo de Cristo la cabeza,
Que vas de abrojos á ceñir impío.
Oigo crugir de un modo que da frío
Las puntas que rechinan con fiereza
Resbalando en el cráneo, que empieza
De carmín á brotar tibio rocío.
Ya te miran de lágrimas bañados
Los ojos del Señor, tan dulcemente
Que ablandaran á tigres no domados.
Y ¿tú sientes placer, y tu alma siente
Que está bien, repitiendo los pecados,
De tales rosas coronar su frente?

(1) Apocalipsis, cap. XVII, vers. 3 y siguientes.

TO BE OR NOT TO BE.

Cuando tiembla tu pálida conciencia
De espectros asediada, por librarte
Ambicionas con furia aniquilarte,
Hombre, vida mortal, inteligencia.
Cuando tienes la nada en tu presencia
Que el frío seno ensancha para darte
Albergue, tienes miedo, y por salvarte
Te aferras á un harapo de existencia;
Quisieras el no sér, y es imposible
Que lo ames, es un sueño de precito,
Un delirio de infierno, inasequible.
Y odias el sér, cual mole de granito
Se afirma sobre tí, que es invencible
Como Dios, su poder es infinito.

INTER SPINAS...

Eres un lirio, á orillas del torrente
Se unieron á una zarza tus raíces,
Y brotaron de espinas infelices
Tu verde tallo y tu nevada frente.
Subieron hasta el páramo eminente
Sólo por tí los céfiros, felices
Con escuchar las frases que les dices
Al columpiar tu cáliz transparente.
¿Por qué á la zarza y al abismo inclinas
Tu cuello constelado de zafiros?
¿Qué quieres? ¡Ay! te rasgan la espinas.
Aun le quedan al aura unos suspiros,
Aliéntate, no caigas.... Ya caminas
Del agua densa en los profundos giros.

A UNA ADELFA.

Hace un año, laurel, por vez primera
Te ví que alzabas tus floridos ramos,
Versos por flores, mi laurel, cambiamos,
Testigo tu vecina la palmera.
¡Cuán otro estás la nueva Primavera!
El barniz de tus hojas no miramos,
Ni á tus erguidos tallos codiciamos
Tersos copos de púrpura altanera.
¿Qué fué de tu verdor y pompa rara?
Vives para llorar tu lozanía,
Que te robó naturaleza avara.
¿Tus flores volverán? Y....¿mi alegría,
Que la soberbia de otros me robara,
Volverá á florecer en algún día?



PRELUDIOS.

[Segunda edición.]

Sea este libro pobrecillo monumento á la memoria de mi única hermana Ana María de la Cruz, muerta en la flor de su edad

EL AUTOR.

NOTA BIBLIOGRÁFICA.—La primera edición de este libro se hizo en la Imprenta de "La Voz de México," el año de 1893. Tenía el ejemplar 130 páginas+VIII en cuarto.



PROLOGO

En cierto pasaje del Cántico de Salomón las doncellas que formaban el séquito de la joven prometida, como viesen que ésta se apartaba de ellas presurosa, y anhelantes por contemplar á su sabor y gustar más despacio las gracias y donaires de su belleza deslumbradora, prorrumpieron en estas voces: "Tórnate, tórnate, Solimitana, vuelve tu faz para que la miremos." No de otra suerte solemos clamar á menudo aquellos con quienes anda esquiva la belleza artística, y á quienes sólo muestra, al huir de profano alcance, las bien modeladas espaldas, ó cuando más al soslayo su divina cara.

Pues bien, una de esas voces, que piden á la hermosura de arte nos deje disfrutar la vista de su celestial decoro, es este librito. Nada tengo de dones, ni señales de complacencia regalados por esa belleza literaria en todos los versos, que le componen. Son todos ellos fruto de mi amor ardentísimo (pero no muy favorecido) al arte. Ardentísimo, eso sí, que como en el arte he visto el trabajo, por el cual el hombre se asemeja á Dios creador, y en la belleza de lo creado, que el arte imita y retoca, el reflejo de la hermosura divina; han sido el uno y la otra blanco perenne de mis afectos. En pos de la hermosura artística he corrido los mejores días de mi juventud; y al frisar en ésta no sé qué ansia ardorosísima sentía por esa belleza, al grado de no querer

más luz en mis ojos que para ver la divina, que de los suyos manaba, ni más corazón que para anhelar por ella, ni más alas en mi mente, que por ver de volar á su seno y elevarme así á Dios. Pues noté entonces que todos los buenos afectos desde el purísimo y santo de la religión hasta el sencillo y natural de familia y amigos convergían por modo maravilloso, sin quebrarse ni aun torcerse, al de la belleza creada, que se ordena al sumo bien y la suma hermosura.

Resultado y recuerdo gratísimo de aquel afán me quedan muchos legajos de versos malos, que no son ni pueden ser sino *preludios* vacilantes de formales armonías, que acaso no lleguen á sonar por ineptitud del que preludia. De esos rasguños poéticos son parte y muestra los versos de este libro, que publico por dos razones: 1ª porque muchas personas, en quienes más puede la benevolencia, que el buen criterio literario, me han pedido cópias de las composiciones, que entre mis muchos papeles (borroneados por mano estudiantil) escojo ahora; y creí que imprimirlas era el medio más fácil de satisfacer esas instancias, que digo: y 2ª porque ¿quién quita y mi empeño por el arte de buena ley, es decir, clásico, que se revela en los tanteos de este libro, se pase y prenda en mejores ingenios que el mío?

Fáltame escribir dos palabras sobre el contenido de este cuaderno. Cuyas partes son tres Forma la primera un ensayo trágico, que algunos jóvenes estudiantes de Teología y amigos míos de corazón me obligaron á hacer no ha mucho tiempo. Comprometido á forjarle, con la inexperiencia de mis 20 años y la penuria de dos semanas ó poco menos, juzgue el lector cómo saldría la tragedia, y lo juzgará si tiene paciencia de leerla. Cierto que algo gustó representada, y á algunos no del todo les ha desagradado leída. Mas yo atribuyo lo primero al afán y destreza de los que la dieron vida en el escenario; y lo segundo al cariño, que los que la han leído, sienten por mí, y quizá, quizá á lo inmenso y grandioso, que de suyo entraña, la lucha eterna del alma humana con la materia, que osé plantear en mi malhadado "Aureliano."

Constituyen la otra parte del tomito traducciones de

30 odas de Horacio, 1 de Píndaro, 9 de Anacreonte, un fragmento de Teócrito y otro de Bion de Esmirna. He querido que estas obras clásicas sean como Cariátidas antiguas, que, desenterradas y maltrechas por la injuria del polvo y los tiempos, sirven de sostén á un edificio moderno. Así ellas vengan á sostener y avalorar, aunque destrozadas y raídas por mi mano, el pobre opificio de mi libro, que se desmorona y cae de puro mal hecho. Entre las versiones de Horacio van dos ó tres hechas al modo de Fr. L. de León, y por consiguiente trabajos arcaicos y sin duda desatinados. En las restantes he procurado conservar aún las construcciones del original hasta donde lo permite nuestra lengua; y mucho me temo no haber respetado siempre este valladar, que fijan la sana crítica y el buen sentido. Traduje las oditas de Anacreonte en sonetos, menos una, que por más afanes no cupo en los catorce versos, sin quedar enteramente desvirtuada. Omití ó atenué alguno que otro pasaje menos honesto de este poeta. Las traslaciones de Horacio llevan al calce algunas notitas, que dan razón de por qué no sigo en la inteligencia de ciertos puntos el sentido de los intérpretes; y las he entresacado de los comentarios, que sobre ese poeta dí á mis discípulos en las cátedras de humanidades, que serví en el Seminario los años de 90 y 91. Finalmente transformé también en sonetos un fragmento de Teócrito y el único, que nos queda, del poema perdido *Galatea* de Bion de Esmirna.

Hallará el lector al cabo de este libro algunos sonetos originales de quien esto escribe, todos ellos tentativas de arte clásico. Sé muy bien que escribir así no es hacer pan para nuestros tiempos; y sí hubiera estado bueno eso en otros, abundantes en varones, que fueron amor y son deseo ardentísimo de las Musas. Mas precisamente los pongo allí porque no soy partidario del curso que traen ahora las letras, rompiendo con todo lo tradicional; y adoro los áureos días de letras que pasaron, y plegue á Dios hacer que (como el ave Fénix de la fábula) revivan más vigorosas y remozadas de entre sus pavesas, que esconden lumbre y aliento todavía.

México, Agosto de 1893.

ELIO TURNO DE ZAMORA.



AURELIANO

(*Tragedia representada en el Seminario Metropolitano de Méjico, el 9 de Septiembre de 1890, con motivo de la Fiesta Titular del propio Colegio.*

PERSONAJES.

FALERIO, procónsul de Atenas,
AURELIANO, hijo del anterior,
CANIDIO, sacerdote de Júpiter,
MEVIO, sacerdote de Apolo,
AGESILAO, sacerdote cristiano y esclavo de Falerio.
Pretorianos, pueblo Ateniense.

La acción se supone acaecida en Atenas, el año 132 de N. S. J. C.

ACTO I.

(Galería de columnas dóricas en el Alcázar de Atenas.)

ESCENA I.—*Canidio y Mevio.*

C.—Protegieron los dioses inmortales,
Como lo adviertes, mi feliz camino;
Y rosas sin espinas coronaron
Inesperadas el intento mío.
M.—¡Qué te acogió benévolo y amable
El gran emperador Elio divino?

C.—Y más aún, que me otorgó el decreto
De perseguir con indomable brío
Del Cristo á los fanáticos sectarios,
Que en las grutas y bosques escondidos
Hacen crecer impunes en Atenas
Su rebelión y su poder impío,
Y extendiendo sus pútridas raíces
Bajo la tierra y trono de Quirino,
Casi amenazan derrocar á Roma,
Y hundirla en pavoroso cataclismo.
M.—Dijiste la verdad, hoy anublada
A muchísimos hombres seducidos
La fé en los altos dioses se presenta,
Y de la tierra se alejó el Olimpo.
De la patria los dioses tutelares
Sin coronas están si no vencidos,
Y ¡oh mengua, oh perversión de las cos-
(tumbres!
Esos Cristianos de vivir indignos
Alzar pretenden en las aras nuestras
La cruz infame de su dios proscrito.
C.— Mas esta ley del vencedor Adriano
Irá calmando su hambre de dominio.
Al Procónsul Falerio en ella manda
Que, si no ofrecen la oblación sumisos
A los excelsos Númenes en tanto
Que hace el padre sol su diurno giro,
Se arrojen á tormentos espantosos
O entre las fieras del ruidoso circo
Sin tregua ni perdón, que los ampare,
Esos que adoran al mortal Judío,
Que pretendió con sin igual locura
El mundo subyugar desde un patíbulo.
M.—Mandato semejante era forzoso.

¿No ves que en sus maldades infinito
Ese gremio de inútiles perversos
Corrompe á los creyentes desvalidos,
Y busca adeptos de brillante alcurnia
En los palacios con afán inicuo?
¿Qué será, qué será que en algún día
La fé domine de ese Palestino;
Queden los templos del Amor desiertos,
El fuego sacro sobre el ara extinto,
Las Vestales dispersas, profanadas,
Y de Apolo los ánditos vacíos?
¿Qué, dejando sus bosques seculares.
Huirán los dioses de la Grecia amigos?
Nunca; primero en sangre de cristianos
Naden los simulacros del Olimpo.
¡Bien hayas tú, que con viril constancia
Obtuviste el decreto de exterminio!
Pero, dime ¿no temes que Falerio
En su clemencia y su bondad sin tino
Tempere ese rigor, que el mismo crimen
Tan horroroso exige en el castigo?
¡Ay! que su hijo el mísero Aureliano
Mueve á su gusto el corazón benigno
De su padre amoroso: ese mancebo
Con su inconstancia y juveniles bríos,
Su amor de libertad, su mente loca
El bienestar de Atenas ha impedido.
Su amor desaforado al indigente
Mancha su toga y su renombre mismo;
Y como premio á corazón tan blando
A monarca subió de los mendigos.
Por él Falerio al delincuente evita
A veces los horrores del suplicio;
E indulgencia tan amplia é imprudente

Las selvas ya pobló de foragidos.
A su amparo los pérfidos Cristianos
Casi arrojan la máscara, y su Cristo
Adoran á la faz del Capitolio
Con insolencia y bárbaro cinismo
C.—¡Ese hijo! Mevio, ¡ese hijo! desalmado
Cual Catilina y como Sila impío,
Ya la virtud oscureció del padre,
Y envileció su helénico heroismo.
M. —¡Ah! que los Hados á mi paz adversos
Le ponen hoy en mi fatal camino.
C.—¿Qué te ofendió? Refiéreme el quebranto,
Que así te mueve á querellarte, amigo.
M.— Es un secreto, que mi pecho guarda,
Porque me es doloroso aun el decirlo.
C.—Pues la amistad á mi silencio abona,
Confíame el secreto, te lo pido.
Yo también de Aureliano sé un misterio.
El mismo habrá de ser: ya lo adivino.
M.—Te voy á referir lo que me apena,
Me roba el sueño, néctar de la vida,
Y que mis noches de pesares llena.
Tú sabes que mi amor ¡prenda querida!
Es mi Aurelia gentil, que delicada
Siempre eduqué para el santuario augusto.
Era su encanto coronar de flores
De Vesta ó Palas el sagrado busto,
Y no supo de pérfidos amores.
 Ciñe y defiende de profana audacia
La toca de Vestal su faz hermosa,
Que á porfía los dioses adornaron;
Pero ¿qué importa si con maña odiosa
Su corazón falaces me robaron?
Era mi dicha ó mi feliz consuelo,

Que en mis horas de negra desventura
Por su piedad me regalara el cielo.
Cuando el desdén de cortesana gente
O bien la intriga de palacio impura
Me atribularon horrorosamente;
Con sus caricias y filiales voces
Calmó mi pena y mi inquietud atroces.
Y ¡cuántas veces, si gastada el alma
Era de luchas y de afán compendio,
Mi pecho ardía sin hallar la calma,
Un beso suyo mitigó mi incendio!
C.—Ya basta de lamentos, en resumen
Dí la aflicción con que te oprime el Nu-
M.—Voy á decir: mas subitáneamente (men
La hallé cambiada, sin hablar, sombría,
Pálido el rostro y su mirar ardiente
Nubladode mortal melancolía.
Probé sus penas desterrar en vano,
No pude hallar á su aflicción remedio;
Ya no me amó su corazón tirano,
Y mis caricias le causaron tedio.
Por saber el secreto que ocultaba,
Yo la mimé con afición paterna,
Y á veces sin motivo se cuajaba
De llanto amargo su pupila tierna.
La ruego por su madre, por el cielo
Que sin pena me diga, ni recelo
La causa del tormento, con que lidia.
Y al fin lo supe ¡oh padre desdichado!
Que Aureliano de mi hija enamorado
Su corazón me arrebató, ¡perfidia!
C.—¡Bravo amador! ¡Una vestal Helena
En mujer convertida de un cristiano.
M.—¿Qué dices?

C.— Lo que escuchas: esa hiena
Que rapaz tiende á tu vestal su mano,
Adora á ese Jesús, y aun la toga
Amenaza arrastrar de su Falerio,
Si pronta mano su altivez no ahoga.
M.—Y ¿cómo penetraste ese misterio?
C.—Era una tarde, tarde de aquilones,
La ronca tempestad se aproximaba,
Y en medio á los hirvientes nubarrones
La centella tronando se enroscaba.
Yo caminando por quebrada ruta,
Huí de la rencilla de los vientos,
Busqué refugio en escondida gruta,
Cueva sagrada, que de Atenas cerca,
En medio está de lobreguez hirsuta,
Consagrada á la ninfa de la alberca,
Que vecina se esconde en la enramada,
En otro tiempo á Pan y los Amores.
Una silvestre vid vela su entrada,
Suspendiendo sus tallos trepadores
En la roca siniestra y enlamada.
En torno el bosque se percibe escueto,
Y alguna vez resuenan sus zampoñas
Los pastores felices del Himeto.
Entréme, pues, en la caverna huyendo
Del aquilón y de la lluvia fría;
Y ya en el cielo su fragor tremendo
Júpiter mismo con su carro hacía.
Recogíme en los negros aposentos;
Y escuché de repente sorprendido
De un coro los dulcísimos concentos,
Que traían de abajo hasta mi oido
En sus alas ya húmedas los vientos.
Juzgué de pronto que las ninfas eran,

Las ninfas de la gruta moradoras
Al son de suave cítara cantoras.
Devoto fuí por la tortuosa senda,
Que la roca á mis pasos ofrecía;
Ya no escuché ni la borrasca horrenda,
Ni ví la luz del moribundo día.
De suave mirra religioso aroma
Perezoso flotaba en el ambiente,
Y remedando arrullos de paloma
El coro resonaba tiernamente.
Por un hueco de roca gigantea
Pude allí divisar furtivamente
De cristianos recóndita asamblea.
  En un recinto, que talló natura
Bajo aquellos agudos peñascales,
Tiene su templo, su mansión impura
El numen de esos míseros mortales.
Lámparas siete de gentil figura
El hondo subterráneo iluminaban,
Y en tosco pedestal una escultura
De mujer hermosísima bañaban.
Negra serpiente en sus anillos fiera
El tierno pie de la mujer ceñía:
Y entre peñascos pardos y groseros
En una cruz agonizando horrible
El Dios ajusticiado aparecía.
  Nichos labrados en la roca viva
Encerraban, oh Mevio, algo terrible,
Quizá despojos de la muerte esquiva,
Restos de castigados criminales.
Y en sus lápidas vi peces grabados,
Signos obscuros, toscas y fatales
Inscripciones, los nombres de los muertos,
La cruz infame y ánforas henchidas

De lágrimas quizá, manchas de sangre,
Y en albas urnas corazones yertos.
Imbécil multitud de clases varias
En torno de la estatua se veía;
Junto á esclavas astrosas y precarias
Ricas señoras, niños infelices,
Ancianos nobles, ricos y plebeyos,
Y vírgenes con torpes meretrices,
Que Atenas infamó, mancebos bellos....
Allí estaba Aureliano, sus facciones
Reconocí de un hacha á los destellos,
Oí su voz entrelazada al coro,
Y en sus mejillas, de un varón indignas,
Ví resbalar el afrentoso lloro.
Pues bien, él morirá....yo te lo juro
Que la orden, sí, por acatar de Adriano,
Si yo revelo su delito obscuro
Y á los dioses no inciensa, lo aseguro
Su mismo padre se verá forzado
A mandarle al suplicio.
M.— ¡Desdichado!
¡Ay! dulce amigo, tu rigor no mides,
Y al matar á ese joven insensato
¡Ay! de mi hija el corazón divides
Y el de este viejo, que el destino ingrato
Ha condenado á tan siniestras lides.
C.—¿Qué tú le amas? ¡Menguado! ¿Quién cre-
Que un sacerdote del excelso Apolo (yera
Hasta besar el fango descendiera?
¿Quién puede á tanto se humillar? Tú solo.
¿Tú, que de noble castidad blasonas,
En torno ves de tu hija al lujurioso,
Y no sólo su audacia le perdonas,
Sino quieres guardarle cariñoso,

Que más y más te befe, su ludibrio
Ser para siempre, y tu vestal impura
Guardar para esa pérfida criatura?
M.—¡Ay! á la hija de mi alma no atropelles
Con tu palabra, que el amor me doma,
Y el ser severo me parece amargo.
C.—Te duele la verdad, y sin embargo.
Empujas hasta el cieno tu paloma;
E irás mañana con las manos puras
A ofrecer el tremendo sacrificio
Al sabio dios, que reina en las alturas.
¡Cómo deslumbra engañador el vicio!
¡Oh triste condición de los humanos,
Que miran una mancha en lontananza,
Y no atinan á ver la de sus manos!
Pues bien, haz lo que quieras; las maldades
Patrocina: Canidio te amonesta
Que de un viejo, patrón de liviandades,
El Dios de Delfos la oblación detesta.
Del Numen la ira, que en los cielos arde
(Acuérdate de mí) sobre tu frente
Rayo fatal descargará más tarde.
M.—No, Canidio, este anciano es inocente.
Ya quiero lo que tú, me uno contigo:
Que muera ese mancebo, de los dioses,
De tí y de mí terrífico enemigo.
Que caigan destrozados los infieles,
Cual sacerdote á su ruina aspiro.
Aunque mi hija fallezca desolada
De amor funesto en los tormentos crueles
Cuando él arroje su postrer suspiro.
C.—Así te reconozco.... Mas de pasos
Rumor se escucha.. Es Aureliano mismo,
A quien muy pronto tragará el abismo.

(Entra Aureliano acompañado de Agesilao.)

ESCENA II.

Dichos, Aureliano y Agesilao.

C.—Noble hijo del Procónsul, Dios te guarde.
Au.—¿Es ya de Mecedonia tu regreso?
Pues digo á fé que no volviste tarde.
C.—Y que torné con el mejor suceso;
Me oyó el Emperador benignamente,
Y á vuestro padre este mandato envía.
(Da á Aureliano el pergamino, que trae.)
Manda inmolar á la cristiana gente,
Si no cede en el término de un día.
Ag.—*(Ap.)* Ya del poder de las tinieblas la hora
El Padre celestial llegar ha hecho.
El nos tienda su mano protectora,
Y dé virtud y fortaleza al pecho.
Au.—*(Devolviendo el decreto.)*
Mas tan duro rigor es excesivo.
Si el hombre tiene celestial derecho
De dar su corazón á quien quisiere
¿En qué delinque cuando el noble pecho,
Su voluntad é inteligencia adhiere,
A ese Dios ignorado, que deshecho
En amor por los hombres, dicen, vino
A dar al mundo su poder divino?
C.—No es permitido levantar el vuelo
E hincharse de soberbia vanamente
Con el intento de rasgar el cielo,
Cielo, que se adorara antiguamente;
Y es deshonroso de la propia gente

Dejar la religión, que nos nutriera,
Por los sueños de turba forastera.
Au.—No sé quién se deshonra mayormente,
Si él que alimenta religión distinta,
O quien por esto le llevó al cadalso,
Y en frente ajena la deshonra pinta.
C.— Tendrás razón, no sé, yo no discuto
Del César los edictos; obediente
De sumisión les rendiré tributo.
Voy á entregar el imperial decreto
A tu padre, que espero cual procónsul
La orden suprema cumplirá discreto.
[*Vanse los dos sacerdotes Etnicos.*]

ESCENA III.—*Aureliano y Agesilao.*

Au. —¿Eso escuchaste? oh caro Agesilao.
Nube de sangre nos envuelve densa,
Y la cuchilla, que amenaza muerte,
Encima está de la cerviz suspensa.
Ag.—Deja, no temas, de Israel el fuerte
De lobos en poder nunca abandona
A su selecta grey, consuelos vierte
Al pecho de sus hijos perseguidos;
Y hasta al ingrato con amor perdona,
Si lucha entre los hombres escogidos.
¡Es la de espinas la mejor corona!
Y la gloria mayor, que no se muda,
Verter la sangre para ser testigo
De la augusta Verdad, que al fin desnuda
Vaga entre un pueblo torpe y enemigo.
Mas dime esa aflicción de que me hablaste
Que tu sensible corazón lacera.

Sabes que te amo con amor paterno,
Y por tu dicha mi existencia diera.
Cuando ya sacerdote del Eterno
Fuí arrebatado de mi patria cara,
Doserpea entre juncias vocinglero
El lento Cidno de corriente clara,
Vine de esclavo á tu clemente padre;
Quiso Dios para Cristo conquistara
Yo el alma tierna de tu dulce madre;
Y de niño mil veces te mecía
Yo con amor en mis desnudos brazos,
Y con místicos cantos te dormía.
  Cuéntame, hijo, por fin tu pena fiera.
Yo te hablaré de los pesares hondos
Del maestro Jesús, tu dulce amigo;
Ese consuelo te daré siquiera.
Au.—¡Ay! sacerdote del Señor, yo siento
Vergüenza de decirte mis dolores,
Que no es de los que elevan mi tormento.
Es el penar funesto, que me aqueja,
La huella misma, que Satán nos deja
Cuando flotó del alma en el aliento.
Ag.—Tanto mejor, el paternal regazo
Para el hijo culpable el cielo diera
Al sacerdote y el ungido brazo.
Au.—De un enviado de Dios es tu palabra,
Porque en mi pobre corazón inmundo
Impulsos mil de confianza labra.
  Oye la historia en lágrimas escrita
De un corazón, á quien hiriera el mundo.
  Era la hora en que agoniza el día
Y el lago bullidor se arropa en bruma;
El sol como monarca se dormía
Del ancho Egeo en la argentada espuma,

La sombra de los montes decendía,
Aullaba el lobo en la extensión salvaje,
Y en el ocaso un nubarrón tendía
De fuego su ondulado cortinaje.
Yo de Atenas vagaba en el contorno.
Y, admirando de Dios tantas hechuras,
Bellezas tantas contemplaba en torno:
Entre el follage truncas esculturas,
Que ajaron al caer la fresca yerba,
El blanco Partenón en las alturas
Y en su cima la estatua de Minerva.
La luz fallece y la tiniebla avanza,
Las selvas y los montes azulinos
Se pierden en obscura lontananza
Con sus diademas de perennes pinos.
No lejos, en la loma consagrada
Hay una estatua de marmórea diosa,
Que estaba aquella tarde circundada
Con triple cinta de tejida rosa.
Miré subir por la vetusta loma
De Vestales suavísima parvada
De tierna faz y pecho de paloma.
Eran sus pies como de rosa y hielo,
Sus cuerpos rozagantes envolvían
Túnicas leves de color de cielo,
Y con zonas de oro se ceñían.
Dorada su flexible cabellera
Flotaba con el aura vespertina,
Y en orden por la mística ladera
Iban á la deidad de la colina.
Antorchas combatidas por el viento
En las cándidas manos ostentaban;
Y luego al rededor del monumento
Con voz cual de Sirena peregrina,

Que ofrece mil halagos, entonaban
Vírgenes todas la canción divina.
De la curiosidad á los impulsos
¡Curiosidad desde al nacer culpable!
Me acerqué á la profana ceremonia;
Y una vestal.... me pareció admirable
Más allá de la justa parsimonia.
Cual se perciben en caverna obscura
Los ojos del león, que nos asalta,
Como dos ascuas; y el aliento falta
Al corazón en hórrida tortura:
Así de aquella meta allá en la altura,
Cabe la estatua en un peñasco alta,
Que tierno musgo de verdor esmalta,
Miré los ojos de esa Aurelia pura.
No sé decir lo que sentí: hechicera
En mí ejerció su misterioso encanto
Tal vez, oh padre, y mi alma desespera.
Sentí cual gozo y cual profundo espan-
Y al recordar aquella vez primera [to
Me arranca el alma subitáneo llanto.
Ag.—Disipa esa ilusión, hijo del alma:
El veneno engañoso del pecado
Siempre nos roba la bendita calma
De luz y de belleza disfrazado.
Ahuyéntala por Dios, y no se diga
Que un hijo de los cielos, un cristiano
En la tierra asquerosa y enemiga
En pos se arroja de fantasma vano.
Provocativa la mundana imagen
De esa gentil desvanecer procura.
Y, si buscas amor, si amar te impele
Tu corazón sediento de ternura,
No busques el amor en este mundo,

Que de la tierra huyó, porque era impura.
  Sueña el alma, ó en sombras imagina
Ver en la tierra, que la culpa empaña,
La suma luz de la beldad divina,
Cual mirara el Profeta en la montaña
La espalda de Jehová deslumbradora;
Y buscando ese sol de la hermosura
Con ímpetu y afán, que la devora,
Remóntase y se pierde en el altura,
Y no hallando la faz, que entremirara,
Y creyendo mirar su lumbre pura,
A la hermosura terrenal se apega,
Y así, buscando el esplendor del día
En los horrores de la noche umbría
Sin alas el espíritu se anega.
Tu alma, mariposa que ha nacido
A revolar en torno de la lumbre
Del infinito bien, (que está escondido
Del mundo tras los últimos confines)
Va por el bajo mundo reducida
A abrasarse en los círculos de llama.
Que del foco divino desprendida
El corazón de una mujer inflama.
  Mira tu religión, que á amar te llama,
Ya Dios amante, de tu amor vencido
Por tí clavado en una cruz te ama:
Ese amor terrenal dale al olvido.
Au.—¡Ay! yo quise olvidar....la y muchas
Pensé llenar mi corazón sediento (veces
Con amor de Jesús; pero al momento
Sentí glaciales mis cristianas preces,
Volaba á otro lugar mi pensamiento.
En mis entrañas mundanal centella
Arde, y me dice el Tentador artero:

"*¿Qué das á Dios tu corazón entero,*
"*Eres ingrato: la mitad es de ella,*"
Vencer no puedo mi pasión furiosa,
Y al fin de pena y de combate tanto
Llena mis ojos execrable llanto.
Ag.—Hijo mío, medita mis palabras:
Si sigues ese amor, que te domina,
¿Serás feliz? Supón que corresponda
Esa Vestal á tu pasión indina.
¿Ese profundo afecto cuánto dura?
El curso de los años se apresura
Y ¡el corazón cuán rápido se enfría!
Ese fuego voraz de la ternura
Dura tan sólo pasajero día.
Esa que vez hermosa criatura,
De gracias mil y de candor modelo,
Mañana habrá perdido su hermosura,
Será despojo vil, que cae al suelo.
¿Piensas que esa mujer habrá de amarte
Con todo el corazón, que es toda hermosa
No lo creas, tan sólo habrá de darte
Un lugar en su pecho, donde anidan
Otros afectos mil, ya suficientes
A que su frágil corazón dividan.
Hoy que la ves de lejos y ataviada
En densa bruma de color de rosa,
Toda es perfecta; pero al fin, calmada
La lumbre de tu pecho fervorosa,
Verás defectos en la prenda amada.
Sólo un amante siempre persevera
Constante y bello y eternal amigo,
Que puso por tí su alma toda entera.
Y ¿tu pasión ya la dijiste acaso
A esa pobre Vestal, que te enamora?

Au.— Sí, Agesilao, por desdicha mía,
Y......¡dulce mucho aunque maldita esa
La ví palidecer....decir rehusa (hora!
Mi torpe lengua los detalles todos
De ese momento, la dejé confusa:
Y he comprendido, que de día en día,
Sin duda del amor ya vulnerada
Se engolfa en celestial melancolía.
A veces pienso que á los dos formónos
Dios poderoso para un alto arcano;
Y á la mitad un corazón partiónos.
Ag.—Tentación engañosa, ensueño vano,
Se viste de ángel el demonio impío.
Au. —Si hasta los nombres nuestros nos enla-
Aurelia el de ella y Aureliano el mío. (zan,
Ag.—No fijes ¡ay! la trastornada mente
En tal analogía, advierte y mira
Que en ridículas bases débilmente
Se apoya enloquecida la mentira.
Ya la persecución nos amenaza,
Es tiempo de luchar, no de amoríos.
¿Si el decreto imperial nos despedaza,
Tú buscas el amor de los impíos?
Sostén la fé, tu sin igual tesoro,
Y el tiempo aciago calmará tu fuego;
En el crisol se purifica el oro.
Defiende á tus hermanos, te lo ruego
Por el postrer suspiro de tu madre.
(*Se arrodilla.*)
Mas no procures abonar su suerte,
La ira calmando de tu excelso padre
Para librarlos de gloriosa muerte.
Sostén sus almas puras y tranquilas
Con el ejemplo, que á Satán quebranta.

¡Qué es lo que miro? ¡Oh Dios! ¿qué tú
(vacilas?
¿La dcetrina dulcísima olvidaste,
Que con la leche de tu madre santa
En otro tiempo plácido gustaste?
La perspectiva del dolor te espanta,
Que ya el amor afeminó tu pecho.
Eres ingrato al fin: tu madre ahora
Vé desde el cielo tu afrentoso hecho.
¿No recuerdas sus besos de cristiana,
Que te diera con labios empapados
En sangre de Jesús? Temes la muerte.
¡A tanto llega el corazón impuro!
Au.—Moriré si es preciso como fuerte,
Por el Dios vivo de Israel lo juro,
Ag.—Hijo, el cielo te preste fortaleza,
De tu alma borre el humillante afecto;
Y pisando la bárbara maleza,
Camina en fin por el sendero recto.

(*Entran Falerio y Canidio.*)

ESCENA IV.—*Dichos, Falerio y Canidio.*

F.—Los Dioses te protejan, Aureliano.
Au.—Oh Padre, salve.
F.— ¿Ya por fin de tu alma
Destierras esa negra hipocondría,
Que te domeña y tu valor apaga?
Au.—Alegre estoy.
F.— Pero en tu faz advierto
Huellas de insomnio ó de vertidas lágri-
Deja el luto y ahuyenta esos pesares, (mas.

Tirando el disco, en la cuadriga rauda
Doblando al fin la polvorosa meta,
O bien blandiendo la robusta espada.
Y no te venza ese fastidio, indigno
De la traviesa juventud Romana.
Mas, déjame un instante, que en se-
Canidio ha poco revelarme ansiaba. (creto
Au.—El cielo te bendiga, oh dulce padre.
(*Salen Aureliano y Agesilao.*)
F.—Es Aureliano la mitad de mi alma
Y de mi esposa, mi perdida esposa
Unica prenda, mi mejor alhaja.

ESCENA V. *Falerio y Canidio.*

F.— Puedes hablar sin miedo, ni rebozo,
C.—Dí ¿tú qué harías si en tu propia casa,
Ya sectario de Cristo se albergase
Alguien de tu familia asaz preclara?
F.—El decreto del César cumpliría
Con rectitud y justiciera saña.
C.—Y ¿si fuera tu hijo ese cristiano,
Tu hijo mismo, *la mitad de tu alma*?
F.—De mi alma la mitad arrancaría
Si la encontrase pútrida ó manchada.
Que tal preguntes en verdad me asombra,
Pues que la heroica sangre sobrehumana,
Hierve en mis venas del egregio Junio,
De Régulo y Catón me anima el alma.
C.—Pues haz lo que dijiste.
F.— No comprendo.
C.—Ese Aureliano con secreta infamia
Es cristiano, Falerio y de tu nombre
La noble luz envilecido mancha.

F.—De pronunciar abstente tal calumnia,
Si no pretendes inflamar mi rabia,
Y de eso no hables más; si es el secreto,
Que pretendiste revelarme, calla.
C. —Procónsul, sé más cauto y más tranquilo,
De Jove un sacerdote nunca engaña.
Tu hijo es cristiano, ajusticiarle debes.
Si débil eres cual mujer insana,
Huye del trono de la augusta Atenas
Jamás por mano indigna gobernada,
Si no.... la ira del César ¡guarte! ¡guar-
Guárdate bien de mi fatal venganza. (te!
F. —Aplaca tu furor, y prueba recto
Que es Aureliano de esa secta vana.
C. —¡Temes por tí! Pues llámale al instante,
Y ordénale que lleve sin tardanza
A los cristianos, que en la cárcel nuestra
Tan sólo el fallo de su juez aguardan,
A echarlos á las fieras ó al patíbulo
De Atenas hoy en la anchurosa plaza,
Si á las deidades, que el Olimpo habitan,
Sagradas hostias ofrecer rechazan.
Si acata tu precepto, si lo cumple,
Con tu puñal traspasa mis entrañas;
Mas si resiste, el imperial edicto
Le entregue justiciero á la matanza.
F.— Habrá de ejecutar mi orden al punto.
Yo te lo juro por la virgen Diana.
C. —(*Se acerca á la parte lateral y dice á un soldado:*)
Pretoriano, que venga en este instante
El hijo del procónsul, sin tardanza.
F. —Ni alcanzo á suponer en mi Aureliano
Tanta estulticia, ni locura tanta.

¿Como el mancebo más gentil y apues-
De la Ateniense juventud podría (to
Su alma vender á la canalla impía,
Que sólo ofrece sin igual baldón?
El esforzado en los Acaicos juegos
El carro de marfil diestro gobierna,
Gimnasta corre con hercúlea pierna,
Y tiene de diamante el corazón.
Es valiente y leal como romano,
Adora la virtud de los mayores,
Huye de danzas y de muelles flores
Con férreo pecho y ánimo viril.
Y nunca joven tal, nunca pudiera
Asociarse á esas míseras cuadrillas
De necios é ignorantes mujercillas,
Ni tolerar que le apelliden vil.
Ni logro imaginar que decendiera
A esa abyección, cuando amoroso enarro
Las prendas mil de su exterior bizarro:
Miembros ebúrneos tiene luchador,
Su nívea faz, su cabellera de oro,
En ademanes elegante y pronto,
Color sus ojos de cerúleo ponto
Y su hondo mirar de semi-dios.
C. —Eres padre, Falerio, y tú no puedes
Mirar en fin su podredumbre horrenda;
Cubre tus ojos sonrosada venda,
Mas yo muy pronto te la haré caer,
(*Entra Aureliano.*)

ESCENA VI. *Dichos y Aureliano.*

Au. —¿Qué mandas? padre.
F.— Sábete, hijo mío,

Que Elio Adriano me envió de Macedonia
Decreto de matar á los cristianos,
Que no apostaten de su rito impío.
La ejecución la confiaré á tus manos.
Vé pues al calabozo en este instante,
Do guardo cien sectarios inhumanos;
Y, si rehusan ofrecer incienso
A las deidades que el Olimpo habitan,
Que los arrojen en el circo inmenso,
Donde las fieras bárbaras se agitan.
Au.—(*Ap.*)
¡A mis hermanos destrozar! Acuso
Mi religión, si obedecer rehuso.
F.—Vuela á cumplir la voluntad del César.
Au.—Y ¿por qué destrozar con cruda saña
A débiles y pobres criaturas,
Porque tan sólo con audacia extraña
Buscan, como Platón, eternamente
Un dios desconocido en las alturas?
C.—Nunca discutas de la ley la mente.
F.—Obedece al instante, vé sin miedo,
Que muera un hombre vil no es inhu-
Aureliano, obedece. [mano.
Au.— Si no puedo.
(Canidio lanza sardónica carcajada.)
F.—¿No puedes? hijo infiel, ¿eres cristiano?
Responde, dí, que el corazón me partes
Con la sospecha de maldad tan suma.
Au.—(*Ap.*)
¡Ay! si lo niego... (crimen tal me asom-
bra.)
Ya no podré yo amar, como el Demonio,
Los ángeles huirán aun de mi sombra;
Si lo confieso ¡ay Dios! mi testimonio

Es mi sentencia de forzosa muerte,
Y nunca Aurelia volveré yo á verte.
F.—¿No respondes? ¿Vacilas? Aureliano,
¡Ay! tu silencio de traidor te vende.
¿No puedes responder?
Au.— Yo soy cristiano.
F.—¡Insensato! ¡infeliz! ¡suerte traidora!
¿Tanta vileza en tu ánimo cabía?
Al jurar por la Estigia vengadora
Tú sabes que á los dioses imortales
Pavor de muerte presuroso acude,
Y Jove los cabellos celestiales
De su cabeza de Titán sacude
Con son horrible, que al Olimpo espanta.
Pues bien yo juro por la Estigia santa,
Que, si no inciensas con presteza pía
Del Saturnio la imagen sacrosanta,
Verás tu fin al acabar el día.
(Vase Aureliano. Falerio queda como fuera de sí.)
F.—¡Qué horrible juramento he pronunciado!
Me horrorizo yo mismo; me parece
Que el Olimpo retiembla desquiciado. . .
Cae en mi herido corazón paterno.
Mi cuerpo todo yerto se estremece....
¿Qué mi hijo morirá?...¿Su dulce gracia
Habrá de perecer entre mis manos?
No puedo soportar tanta desgracia.
(Horrorizado huye del escenario. Canidio le contempla sarcástico.)

ACTO II.

(Aposento en el Alcázar de Atenas con balaustrada en el fondo y vista de los principales edificios de la ciudad.)

ESCENA I.—*Aureliano y Falerio.*

(Falerio recostado en una banqueta. Aureliano paseándose.)

F.—Dime aquí á solas, ¿cómo tu pudiste
En errores caer tan execrandos?
¿Como tú, que de amor me diste pruebas,
De amor el más profundo y acendrado,
Desdeñas mi respeto de ese modo,
Me cubres de baldón tan inhumano?
Tú eras modelo de filial cariño
¿Quién corrompió tu corazón? ¡ingrato!
Au.—¡Oh! no es ingratitud amar primero
A Dios, que nos formó benigno y santo.
Si, Dios creó mi corazón ardiente
Y me presta la fuerza con que amo,
El me infunde ese plácido cariño,
Que á tí en el mundo sin cesar consagro:
Si pues no agradeciera yo esa dádiva,
Que es para tí, mi padre, fuera ingrato.
F.—Mas, ese Dios fingieron los judíos,
Te contagió su miserable engaño;
Y en pos de necias fábulas, sin norte
Corres veloz, oh mísero insensato.
Au.—No es fábula ese ser, que aquí en Atenas
En otros siglos los varones sabios

Aunque entre nieblas y confusamente
Al pueblo embrutecido predicaron,
Y cuyo nombre en caractéres griegos
Se vió de un templo al exterior grabado.
F.—El dios de los filósofos es otro,
Tú adoras á ese vil, que ajusticiaron
Por ruín embaucador los Palestinos,
Que son la escoria del linaje humano:
Doblas pues afrentado la rodilla
Ante un maestro tan innoble y bajo,
Que ni los más rastreros de los hombres,
Los judíos, pudieron tolerarlo.
Au.—Yo adoro, padre, á un numen infinito,
Invisible y supremo, no creado,
Que existe por sí mismo, y es la vida
Aun más allá del tiempo y el espacio.
Adoro á un rey tan fuerte y tan dichoso,
Que jamás necesita de vasallos;
Y no revisto de miseria humana
A la Deidad á quien venero y llamo.
El llena con su vida el universo,
Y en él como en un mar todos bogamos;
Nada es oculto á su radiosa mente,
Lo futuro él prevee cual lo pasado.
El agita el hervor de la tormenta
Y él encrespa el cristal del oceano;
En el céfiro blando, se pasea
Por la floresta y el vergel poblado;
Da languidez á la menguante luna,
Su aliento al huracán, su fuerza al rayo;
Y es en la mente nuestra voladora
El ímpetu creador con que pensamos.
Mas de ese Dios, espíritu sublime,
Tanto ha sido el amor por los humanos,

Que su mismo infinito pensamiento
Bajó del cielo á nuestro mundo ingrato,
A revestirse de la humana carne,
Y apareció como infeliz esclavo.
¡Tanto puede el amor de un Dios excelso!
Y pudo más, que nos buscó abrasado
De puro amor, y como reo infame
Murió en la cruz un cielo por comprarnos.
F.—¡Bella pintura á la verdad hiciste,
Que tu talento aún no esta agotado
Por más que ofusques tu preclara mente
Con vil creencia y crímenes ¡ay! cuántos:
Me presentaste con ropage bello
Un cadáver horrible engalanado;
Pero es inútil tu defensa vana,
Ya olvidaste el orgullo soberano,
Ultima religión del alma fuerte,
Como cantera el Venusino Horacio,
Que en la virtud de su supremo orgullo
Cuando el hombre se apoya, ni el tirano,
Ni los tormentos, ni la cruda muerte
Vencerle pueden, ni tremendos hados.
Au.—La última religión del alma fuerte,
Es la humildad si el alma es de cristiano,
Esa virtud que hasta al orgullo vence,
Y ni Dios mismo, que su ser la ha dado,
Vencerla puede, porque á Dios resiste,
En Dios su propia esencia abroquelando.
Por ella los tornamos valerosos,
Nuestro pecho con Dios está enlazado;
Por ella los tormentos, las injurias
Y la misma deshonra soportamos.
F.—Eso se llama la última vileza
En la lengua de oro de un Romano.

Y ¿tú escarneces á tu padre amante
Por que esa religión te lo ha mandado?
Mi claro nombre llenarás de afrenta,
Los pósteros le oirán horrorizados.
Vas á morir por no borrar tan sólo
De tu faz el estigma más odiado?
Mi corazón traspasarás muriendo,
Y no muriendo cual varón Romano,
Sino cual reo, que al tormento sube
Para quedar por siempre deshonrado.
Tus despojos mortales horrorosos
Serán al que se precie de sensato,
Y con horror pronunciarán tu nombre
De Atenas los Helénicos preclaros.
Eterno luto llenará mi alma,
Nunca mis ojos secarán su llanto,
Ni de mi rostro la vergüenza infame
Podré ahuyentar: ¿qué intentas? Aurelia-
Maldito el día en que mi hijo fuiste, (no.
Noche maldita sin amor ni cantos
En la que fuiste concebido, sierpe,
Que devoras á un padre desdichado.
Au.—¡Ay! que me tratas de crueldad extre-
Si mi madre viviera, en su regazo (ma,
Consuelos hallaría y contra tu odio
Y tus rigores cariñoso amparo.
Y al menos antes de morir como héroe
Ella enjugara mi copioso llanto,
Por mas que fuese blanco de tus iras,
Y fueras su asesino ó su tirano.
F.—¡No la recuerdes, hijo, ni eso hables,
Que su recuerdo me provoca llanto!
Mas ella no cubriera tu vileza,
Y te negara su materno amparo.

Au.— Ella adoraba como yo á ese Cristo,
Y por ella, señor, yo soy cristiano,
F.—¡No mientas!
Au.— La verdad tan solo dije,
Y pruebas te daré de lo afirmado.
Mira este anillo, que muy cerca siempre
Del palpitante corazón yo guardo.
¿En su lápida ves un pececillo
Por tierna mano de mujer grabado?
El comprende las santas iniciales
De Jesucristo y de su origen alto.
Es la reliquia de mi madre Atene
Que me le diera en lágrimas bañado
Cuando llegó su eterna despedida,
Y débil dióme su postrer abrazo.
¿Acaso se borró de tu memoria
Su último aliento? ¿la olvidaste acaso?
Yo tornaba esa tarde victorioso
De aquel combate, que la fuera aciago
A esa horda de Griegos foragidos
En las gargantas del selvoso Tauro.
Volé á traeros la esperada nueva
Gozoso y de laureles coronado,
Y á decorar de este vetusto alcázar
Con el trofeo el torreón anciano.
Ella casi expiraba allá en su lecho,
Y al verme entrar siniestro y demudado
A sí llamome débil y amorosa,
Y me tendió su vacilante mano.
Borrar no puedo de mi alma triste
Su imagen bella, su semblante pálido;
En desorden su lacia cabellera,
Formaba un nudo su gentil tocado,
Como usan las sencillas espartanas;

Sus ojos tristes, lánguidos y vagos:
" Nunca olvides —me dijo —las creencias
" Que envuelta en el misterio te he ense-
(ñado,
" Nunca traiciones de tu fé el impulso,
" Muere por ella con esfuerzo santo;
" Y sella así con tu Romana sangre
" La causa ensangrentada en el Calvario.
" Ya Dios me llama á la región Empírea,
" Veré al maestro, mi Jesús amado,
" Y á la cándida virgen Nazarena
" De tí hablaréla con empeño sacro.
" Una parvada de ángeles sublimes
" Este aposento llena revolando...."
Mas no puedo decir.....Sonrisa leve
Vagó y amarga en sus marchitos labios,
Y fué su adiós....Esa sonrisa última
Estoy yo siempre con dolor mirando,
Siempre está en mi enlutada fantasía,
Nunca se nubla, y me provoca llanto.
Y nunca más en la mezquina tierra
Para mí sonreirán aquellos labios.
F.—¡Ay! no hables así, yo te lo ruego,
Porque doblegas mi valor y en vano
Será por fin mi juramento horrible,
Y hará más crueles mis funestos hados.
Au.—Descarga tu rigor sobre mi pecho,
Que así desatas el odiado lazo
Del cuerpo terrenal, que me aprisiona,
Y con mi madre me unirás al cabo.
F.—Tú no habrás de morir, yo lo prometo,
Unica prenda de mi bien amado,
Y aunque en nosotros desmedida pese
La ira fatal del poderoso Adriano.

Que nos relegue á la Numidia yerma,
Iremos al destierro resignados.
(*Entra Oanidio.*)

ESCENA II. *Dichos y Canidio.*

C.—Falerio, toca la mitad del cielo
Ya el padre Apolo en su cuadriga amante
No corta la Hora su ominoso vuelo,
Y está muy cerca el decisivo instante.
¿Qué resuelve tu hijo? Con el día
Hallar la muerte ó el vivir hoy puede.
F.—Es, Canidio, inflexible su energía,
De su tenaz propósito no cede.
C.—Entonces morirá.
F.— No estoy resuelto
A ser en fin su pérfido verdugo,
Ni he conseguido arrebatar de su alma
La religión, que defender le plugo.
C.—¿Como? ¿Tú violas el terrible voto,
Que escucharon los dioses asombrados?
¿Tu fé sagrada y tu piedad has roto?
Si no cumples, los Númenes airados
Vengarán inauditas tus injurias;
Y te verás como el ceñudo Orestes
Siempre seguido de infernales furias.
F.—¿Los Númenes serán tan inhumanos,
Que me exijan tamaño sacrificio?
C.—Pues señores son de los humanos,
Piden la vida del que adora el vicio.
En otro tiempo al coronado Atrida
De la inocente y cándida Ifigenia
Le reclamaron la inocente vida.

Y si no temes celestial venganza,
Te arredre al menos el fatal castigo,
Que el gran Adriano á los traidores lan-
Tener al mismo César de enemigo, (za,
Al dueño excelso de la madre tierra
Que mueve sólo con su torva vista
A sus legiones en tremenda guerra:
¿Tan negro porvenir no te contrista?
Si te persigue el dueño del imperio,
¿En qué lugar, en que nación remota
Podrás vivir oculto en el misterio?
Y ¿do esconderte? ¿en qué caverna ignota
Con tu hijo has de llevar vida de fieras,
Si lo que vas á hacer no consideras?
F.—Sálvame pues de tan acerba suerte,
Tú, que eres docto en religión preciosa,
Convence á mi hijo de que no prefiera
A ser pagano la horrorosa muerte.
¡Que lo consigas el Saturnio quiera!
(*Sale sin dar oido á lo siguiente:*
Au.—En balde procuras, óyeme, padre,
Torcer así mi voluntad cristiana;
En volador instante no se abjura
De fé, que niños nos nutriera ufana.

ESCENA III. *Aureliano y Canidio.*

(*A Canidio.*)
Vano es tu empeño y tu tendencia impura.
C.—Cálmate, joven, que en instantes breves
Podrá mi iluminada inteligencia
Llenar de luz tu pensamiento obscuro
Y derrocar tu impúdica creencia.

Au.—Sacerdote de Error, tú no me alcanzas
Si ahora levantas en mi contra el vuelo,
Que hizo tus alas el saber del suelo,
Y yo de divinales lontananzas
Traigo mi ciencia y mi volar de cielo.
C.—Tu alma de noble la soberbia empaña.
¿Quien eres tú, tú, frágil espadaña,
Que luego dobla con su soplo el viento,
Para oponerte al sacerdote sabio,
A quien dió Hermes el facundo labio?
Díme, joven, ¿que buscas, que miste-
En esa religión terrible, obscura (rio
Halló tu corazón, que así te atrae?
Au.—Del espíritu ahí la sed más pura
Hallé donde saciar, la, que nos trae
Desosegados, ansia de ventura;
Ví las fuentes eternas de la vida,
El bien y la verdad y la hermosura.
C.—¿Qué es la verdad? Oh alma seducida.
Au.—La verdad es aquello, que buscamos,
Cuando saber ardientes deseamos
Los arcanos altísimos del mundo:
Al melenudo sol quien errabundo
Trae por las etéreas regiones,
Quien esparce diamantes á millones
De la noche en el manto silencioso,
Y quien empuja en la región vacía
El orbe triste de la luna fría;
Que secreta virtud late en el seno
Del undívago y férvido oceano,
Que le hace rugir, todo enarcarse,
Contra barcos y peñas azotarse
Y en leve espuma coronarse cano;
Quien á las tierras poderoso envía

De los vientos la pléyade bravía,
Quien mueve por las altas soledades
Entre són, que amedrenta á los humanos
Y llamear de lampos soberanos
El carro de las raudas tempestades.
Es la verdad la fuerza creadora,
Que hace vivir al polvoroso insecto,
Volar al ave en ala tembladora,
O entre la selva modular su afecto.
La verdad es la única respuesta
A la noble y fatídica pregunta,
Que á las horas de duda asaz funesta
Del corazón en la tiniebla apunta:
¿Quién soy yo? ¿De do vine? ¿A donde
(avanzo?
¿Por qué late en mi sér el pensamiento,
Y libre como el águila en el viento
Al querer de mi espíritu me lanzo?
Es en fin la verdad el Dios altísimo,
Que en reflejos de mundos se derrama
Su resplandor enviándonos de lejos,
Y dejando en sus obras ó reflejos
Huella celeste de su sér de llama:
Ese Dios, que de carne revestido
Y exaltado en patíbulo temido
Adora el corazón, mi lengua aclama.
C.—Y ¿es hermoso quizás y acaso bueno,
O fuente de bondad y de hermosura
Ese maldito sér de infamia lleno?
Au.— Es el bien, oh gentil, la esencia pura
Que en el hombre ha dejado su perfume
Perfume, que de vientos combatido
Sin embargo ahora tiende y ha tendido
El orden á buscar en las acciones,

La justicia severa é inviolable
En el trono á sentar de las naciones.
Es hambre de bondad lo que sentimos
Cuando vemos el crimen, que ya ufano
De rosas y oro circuyó sus sienes;
Es hambre de bondad cuando gemimos
So la planta ferrada del tirano;
Es hambre de mi Dios, que á los vaive-
nes
Del mundo, superior guarda en su esencia
El único manjar de la conciencia.
Y es hambre de mi Dios lo que yo siento
Cuando me martiriza y me sofoca
El de error y maldad fétido aliento,
Que respiran tu ánimo y tu boca.
C.—Es hambre de fealdad lo que te mata
De fealdad de la cruz, alma insensata.
Au.—¡Oh! la cruz, sacerdote, es el venero
De eterna y copiosísima belleza,
Que de almas á ser abrevadero
Ha brotado en la gran naturaleza.
Mira el alma en el sér de las criaturas
Aunque oculta su propia semejanza;
Y por eso, gentil, á ver alcanza
En ellas otras tantas hermosuras.
Amor al semejante, afecto puro,
Que al hombre concedió naturaleza,
El amor menos cruel de los amores,
La que une al universo red de flores,
Es el suave placer de la belleza,
De ese amor quiere el alma arrebatada
Juntar en uno cuanto es hermoso,
Y hete ahí el apetito portentoso
De la eterna beldad, que está velada

Al espíritu humano y tenebroso.
Y esa hermosura, el Dios de mi creencia,
Que guarda en los repliegues de su esencia
Los bellísimos moldes eternales
De todas las bellezas de criatura,
Y de nuevas bellezas inmortales,
Al espíritu ofrece su hermosura
De una cruz adorada en el altura.
C.—Tú adoras á un infame, á un desdichado,
A un criminal, que abominó la tierra,
En una cruz por su maldad fijado.
La ciega ira, la traidora guerra
De un pueblo á las creencias venerables,
La asechanza sutil, el homicidio,
De ambición los espírtus insaciables,
La envidia amarga y el rencor aleve,
La vil superstición, que grillos mueve,
Cuanto hay de malo en el extenso mundo,
Todo se cifra en esa cruz funesta
Y en el que pende de su leño inmundo.
Au.—Y brotó de esa cruz entre los leños
Un raudal de poder, que á los pequeños
Trueca en sublime admiración del mundo:
En la arena del circo, enrojecida
Por la sangre de innúmeros creyentes,
En vez de destrozar la desvalida
Víctima fiel, lamieron obedientes
La planta de doncella tembladora
El Númida león y la onza Mora.
¿La misma fortaleza, con que buscan
De Jesús los discípulos la muerte,
El potro ardiente, la tenaza fiera,
No exige que un espíritu divino
Los anime y encienda? El Galileo,

Que tu persigues, en sepulcro obscuro
Fué colocado, y risco giganteo
Cubrió la entrada del recinto duro,
De la Ley los Doctores insidiosos
Cabe la loza guardias apusieron,
Los que luego espantados y medrosos
Y trastornados de pavor cayeron,
Que en asomando del tercero día
El grato rosicler, mudos oyeron
Subterráneo fragor; y de repente
La lápida rodó: con alegría
Surgió Jesús ya vivo y reluciente.
De entonces el Dolor de faz tirana
Fué con la Muerte, su glacial hermana,
De gozo y vida perdurable fuente;
Y amamos el morir como la oruga
Cuando vaga en el polvo desdeñada
Ama el capullo, que del largo sueño
Ya mariposa surgirá dorada.

C.—Romano envilecido, soy tu dueño:
Me causas compasión.

Au.— Guárdala, anciano,
Para tus canas, que avariento enlodas.
Tu odio mortal y tus intrigas todas
Nacieron de ambición....

C.— Te odio, cristiano.
Y aunque hoy de tus creencias abjuraras,
Por apóstata y vil me repugnaras,
Y por hijo que eres del Romano.
Sangre de Helenos en mis venas arde.
Contigo morirán tus ilusiones,
Y en las cuevas del circo aquesta tarde
Befarán tu cadáver las legiones.

Entra Mevio.

ESCENA IV.—*Dichos y Mevio.*

M. Esos cristianos esa secta torpe,
De castidad y de pudor blasonan,
Y más puros vivir que las deidades
Hipócritas presumen, pero osan,
Robar el corazón alevemente
De Vesta á las doncellas candorosas.
Au.—(*Turbado.*) Así jamás proceden los que
(siguen
Del Dios hecho hombre la severa norma.
M.—¿Sí? Y tú á mi hija la Vestal seduces.
Niega si puedes tu pasión odiosa.
Au.—Yo no seduzco, ni á la débil niña
El lazo tiendo, que el halago dora;
Si amo, si siento el corazón herido,
Puro es mi afecto y mi pasión muy honda.
C.—¡Ah! que es mayor ahora tu infortunio.
Y tu muerte será más desastrosa,
Que habrás de perecer, violentamente
Arrebatado al sér que te enamora.
No sólo morirás, tienes prendido
En las espinas y sagradas rosas
De aqueste mundo el corazón, y es fuerza
Desgarrarle al partir ¡suerte horrorosa!
El dios vendado, el férvido Cupido,
Que del Ida en las sendas nemorosas
Vaga asechando á los mortales fáciles,
Y que en su aljaba pequeñita y tosca
Lleva cargando la ruina aciaga
De la voluble humanidad fogosa,
Ya sonriente castigó tu crimen
Y tu impiedad y tu soberbia loca.

Perecerás por él asaeteado....
Y ¿tal tormento tu impiedad arrostra?
M.—Y maquinabas, mentecato un día
Rasgar de Vesta la nevada toca,
Tú, que rehuyes las sagradas nupcias
Y el tálamo y las hachas venturosas,
Porque tu fé los veda, sólo atenta
A acrecentar maldades, que deshonran.
Au.—Mi religión, que purifica todo
Lo que no es malo y de virtud lo adorna,
Desde el valor del adalid ardiente
Hasta el suspiro, que en el pecho brota
De la doncella que por vez primera
Siente de amar necesidad incógnita,
No proscribe el enlace de los sexos,
En consorcio celeste le transforma;
Y hasta en el mismo matrimonio santo
Feliz virginidad luego custodia:
De un palacio en el aula artesonada,
Un tálamo fragante se alza en Roma;
Y allí una joven de linaje excelso
Llega ataviada como casta esposa.
Su cónyuge detiénese asombrado,
Religiosa pavura allí le acorta.
Al ver un ángel que amoroso cubre
Con los crespones de sus alas blondas
A la doncella: la contempla erguida.
Su actitud es sublime y religiosa,
Sus firmes ojos de color de cielo
Se elevan inspirados y le arroban;
Y al oir de su líquida garganta
Voz argentina, soberana nota,
De castidad la súplica divina;
El cree en el Dios, que la doncella nombra;

Y viven castos en su lar bendito
Más que de Horeb las cándidas palomas;
Y ambos se amaron, porque eran bellos,
Y porque es bello el Dios, á quien adoran.
M.--Y ¿por esas incógnitas doctrinas
A mi única hija el corazón la robas?
Enturbiaste su cándida alegría,
Y hoy prefieres morir y la abandonas.
Inconsolable está.
Au.-- Pues ¿qué ella dice
De mi resolución?
M.— Que la destroza
Su dulce y tierno corazón de niña,
Y sin sosiego tu desdicha llora:
Tuerce sus manos ténues y en sollozos
La queja acerba su garganta ahoga,
Y yo vencido del amor paterno
Vengo á ofrecerte lo que ella implora:
Su corazón y venturosa vida.
Si tú renuncias á esa secta erronea,
Que te arrastra al suplicio, que te humilla,
Y de mi hija y de mi amor te roba;
Dispensaré los votos de mi Aurelia,
Y vivirás y vivirá tu esposa.
Au.—No hables al corazón, le tengo enfermo,
Y puede flaquear y me desdora;
No hables al corazón, yo te lo pido,
Le ha envenenado tu Vestal hermosa.
M.—Aureliano, aquilata mis palabras,
Y pesa bien lo que te ofrezco ahora.
Allá, en la falda de Libetra fría
Tengo una quinta alegre y deleitosa:
Un bosquecillo de ramaje denso
El lar protege, y le regala sombra.

Anidan en vistosa torrecilla
De Venus Afrodita las palomas;
Cantan los ruiseñores y los mirlos
Entre los pinos de olorosa fronda,
Cuyo divino susurrar se une
A las canciones de escondida diosa.
Un claro manantial viene rodando
Ya derivado de vetusta roca,
Se riza en arroyuelo sonoroso
Y un lago azul en la espesura forma.
Allí podrás vivir tú con mi Aurelia.
¡Qué vida más amable y venturosa!
Tú, que vagas sediento de cariño,
Y por eso fingiste el Dios, que adoras,
Allí hallarás amor y glorias ciertas
Y una alma pura, que á tu amor responda.
Tu padre complacido como suya
A mi hija amará. Las breves horas
¡Cuán lentas volarán! sólo medidas
Por las palpitaciones amorosas
Del pequeñuelo corazón de mi hija,
A tu lado sumisa, encantadora.
Au.—Tú me hablas el lenguaje del infierno;
El vedado placer, que nos acosa,
Prestó á tu mente su belleza impura
Y su voz la serpiente engañadora.
M.—¿Tú amas mucho á mi Aurelia?
Au.— Por desgracia.
M.—Tú crees que si mueres por la indocta
Religión, que profesas, vas á un cielo,
Que mil delicias plácido atesora,
Región eterna, que jamás fallece.
Y que el alma feliz nunca abandona:
Y juzgas tú que mi hija, porque ama

A las deidades, que el Olimpo moran,
Irá por siempre al Tártaro, y que nunca
Contigo se unirá, nunca amorosa.
Y ¿la amas mucho y tan ingrato eres
Que por siempre, por siempre la aban-
(donas?
(Aparte)
C.—Pretende este salvar al infelice;
Y así mis planes y mi envidia estorba.
(Alto.)
Medita lo que Mevio te promete,
Después resolverás, quedas á solas.
En la vecina estancia esperaremos
Que nos anuncies qué partido tomas.
M.—Sí, Aureliano, mi oferta no desdeñes,
En tu mísera suerte reflexiona.
[*Salen los dos sacerdotes.*]

ESCENA V. *Aureliano solo.*

Y ¿dejé que partiesen? ¿y mostréme
Ante tal disyuntiva irresoluto?
El hombre es ángel y á la vez es bruto.
¡Lucha fatal! ¡Maldito corazón!
Señor, fuí débil....¡Miserable carne,
Te separa un instante del martirio,
Y aun te arrebata mísero delirio
En sus alas falaces hasta el fin.
Deshecha tempestad agita mi alma,
(Se arrodilla.)
María, ven á mi alma irresoluta,
En las tinieblas márcame la ruta,
Madre celeste, estrella de la mar,

—

Que calmas las tormentas del océano,
También las del espíritu, mas fieras
Que las del mar, si tú me sonrieras,
Cobrara fuerza y celestial vigor.
De esa mujer la imagen tentadora
En mi alma nubla con tu imagen bella:
Luce por fin oh matutina estrella.
En tu regazo amante lloraré.
(Levantándose)
¿Su dulce y tierno corazón de niña
Ya sin sosiego mi desdicha llora,
Y entre sollozos mil desgarradora
En su garganta ahógase la voz?
Así lo dijo él......Y ¿eternamente
La he de dejar con un adiós eterno
Porque ella cuan gentil irá al infierno,
Y al cielo yo si muero por la cruz?
Así como las hojas, que arrebata
El Otoñal y turbio remolino,
Unas llevan al fango su camino,
Otras al aire transparente, azul;
Mas si se encuentran dos, arrebatada
La una por la otra, vuelan hasta el lodo:
Así las almas van por vario modo
Unas al Orco y otras hasta Dios;
Pero se encuentran dos en este mundo,
Y al despedirse es el adiós tan tierno,
Que la que iba para el cielo eterno,
Por ir con la otra hasta el infierno va.
No, no cometeré tamaño crimen.
Señor, Señor, escúchame en tu altura,
Mira esa joven inocente y pura,
Que es muy hermosa, pues la hiciste tú.
Ya ves cuanto la amo: halléla un día;

Seco mi corazón con sed de fuego
Buscaba á quien amar, y améla ciego,
Mas primero que todo está mi Dios.
Y renuncio á su afecto para siempre,
Y por tu fé, Señor, te doy mi vida,
La doy por fin mi eterna despedida,
Y desgarro por tí mi corazón.
Fuí débil, Padre, tu perdón imploro;
Recibe de mi amor el sacrificio,
Vuélveme limpio en tu severo juicio,
Y dame fuerza de morir por tí.
(*Se acerca á la puerta.*)
Sacerdotes, venid, estoy resuelto.
(*Entran Canidio y Mevio.*)

ESCENA VI.—*Dichos, Canidio y Mevio.*

C. y M.—¿A rechazar la falsedad impía?
Au.—A defenderla con la sangre mía.
A mi padre decid, que si él de miedo
Al castigo del César se doblega,
Yo á cobarde y traidor llegar no puedo,
Que cual mi madre moriré cristiano.
Ya preparado estoy; á cualquier hora
Hacia la muerte marcharé yo ufano.
M.—Necio, pierdes á mi hija encantadora
Y de su amor el celestial consuelo.
Au.—Y no pierdo á mi Dios, ni pierdo el cielo.
C.—Hoy mismo, hoy mismo, cuando muera
(el día
Tu cadáver informe, ensangretado
Contemplaré sonriendo de alegría;
Y tu labio blasfemo, al fin helado

Hollaré con olímpica energía.
Cuando estén apagados esos ojos,
Que miradas soberbias me lanzaron
Arrastraré tus últimos despojos.
Y á las aves del éter y á mis perros
Espléndido festín habré de darles
De esa tu carne con rabioso encono,
Que yo castigo así y así perdono.



ACTO III.

[El mismo sitio.]

ESCENA I.—*Soliloquio de Falerio.*

F.—¡Oh qué infortunio! cuan tupida venda
El hombre lleva ante sus ojos siempre.
De su miseria con el grave fardo
Agobiado sin tregua no detiene
Su jornada fatal por un sendero,
Que al borde de honda sima retuerce.
¿Para qué de una amante compañera
Buscar la mano cariñosa y leve,
Si sólo al precipicio la llevamos
Y la traga el abismo de repente?
¿Quién creyera al lucir esta mañana
Y tan tranquilo y tan dichoso al verme,
Que este había de ser el más aciago
De cuantos días mi existencia cuente?
¿Cuál es mi decisión? Yerro sin tino.
¡La tierra me ocultara una y mil veces!
Vuelan las horas de este negro día.
¡Oh tiempo, quién pudiera detenerte!
¿Hoy mismo, hoy mismo segaré ese cuello
Que para mí conserva eternamente
La huella de los besos maternales,
Que le imprimiera mi graciosa Atene?
Mas.... si rehuso ejecutar del César
En mi hijo caro las sangrientas leyes,
Mi fama y mi renombre se desploman,
Me queda el deshonor del delincuente,
El destiero me espera....Asia maldita,

Ahí estás tú..... detrás de tus vergeles
Ya miro los desiertos arenales,
Y siento ya su vaho incandecente.
Cielo plomizo á las plegarias sordo
En horizontes pálidos se pierde,
Allí la libertad es un castigo,
Que en vano el alma sacudir pretende.
Contra ella se conjura lo infinito....
Son los huertos ovillos de serpientes.
  Sin apoyo y sin dioses agoniza
El desterrado: el Tártaro lo quiere.
Y ¿á ese país iré? Mejor perezco.
Quizá el Emperador me dé la muerte.
Morir,.... morir.... si con el cuerpo todo
Finara en el mortal ¡bendita muerte!
Mas.... el Tártaro luego y sus tormentos
Esperan al inícuo eternamente....
Y.... si á mi prole bárbaro asesino,
La vida arrastraré sin aliciente;
Y al fin he de bajar á las regiones,
En que la Estigia cenagosa hierve;
Y allí mi esposa cubrirá su rostro
De indignación y de vergüenza al verme.
Me parece escucharla, que me dice,
Sollozando, enojada para siempre:
" Sacrílego, ¿qué hiciste de Aureliano?
" Te dí mi corazón cuando la suerte
" Nos ató en esas nupcias maldecidas,
" Y una imágen de tí dulce, inocente,
" Tu misma vida en otro sér, un hijo,
" Y ese víctima fué de tus desdenes."
Sudor glacial y de pavor me inunda,
Mis nervios y mis huesos se estremecen.
De mi garzón columbro la agonía,

Ya su albo rostro á todos se convierte,
Hinca el león sus trabajadas garras
En ese cuello de color de nieve,
Y giran las pupilas de la víctima
Para luego apagarse eternamente.
Y mi nombre y el suyo difamados
Por bocas de cobardes ya trascienden.
¡Ruín humanidad! que sin aliento
Tiemblas ante un varón, en cuyas sienes
Luce corona, y como niño torpe
Pérfida insultas al león que duerme.
Salvaré á mi Aureliano, que ese César
A playas extranjeras nos relegue,
Muy léjos de este imperio, que deshonra
Su propio nombre, al deshonrar al debil;
Y la misma desdicha soportando
Entre los dos, la tornaremos leve.
(*Se escuchan voces del pueblo que grita:*)
¡El cristiano á las fieras, á las fieras!
F.—¿Qué innoble grito, qué rumor es ese?
V.—¡Muera Aureliano!—danos al ateo!
F.—Contra mí esos plebeyos se enfurecen;
Todo lo saben ya....¡Traidor Canidio!
Pues él sin duda alborotó á la plebe.
¿Qué hacer en tal aprieto? Si me opongo,
Ese motín sin tregua concederme
A mi hijo arrancará de entre mis brazos,
Y sin piedad le arrastrará á la muerte.
Remedio no hay, la tempestad sañuda
Se descadena y su furor recrece.
V.—¡El fanático al circo!
F.— Lo que piden
No les daré, quebrantaré á esa gente,
Y mi hijo morirá como Romano,

Honor tomando de la fiera muerte.
Llenaré aquella copa de veneno,
De esa ponzoña que cual rayo hiere,
Que una hechicera elaboró de Tebas.
Cual talismán la guardo en mi retrete.
(*En una copa vierte el líquido de un frasco, déjala sobre un armario; se acerca á la puerta lateral, llama á señas á un soldado, y le dice:*)
Que mi hijo se presente sin tardanza
En este sitio, sin tardanza. Vete!
Que le apure Aureliano haré al momento;
Y de deshonra salvará su frente.
(*Señalando la copa.*)
Con su honda negra, que rebosa espuma,
Burlaré los intentos de esa plebe;
Y si mi hijo no supo como hombre
Vivir, que sepa perecer como héroe.
Como un Catón morir es del orgullo,
Que avasalla á los míseros y endebles,
Y deifica á los hombres y los hace
De aquellos altos y famosos seres,
Ante los cuales y de hinojos cae
El Universo y quema sus laureles.
Venceré de ese modo la fortuna,
Aunque yo herido de mi pecho quede.
Y cumpliré mi aciago juramento.
Si Aureliano á ese trance se resuelve,
Templará la amargura de mi pena
Y un gran consuelo quedará en mi men-
(te.

(*Entra Aureliano.*)

ESCENA II. *Dichos y Aureliano.*

Au. —Padre, ¿qué mandas?
V.— ¡Pronto ese cristiano!
Queremos la cabeza de Aureliano!
F.— ¿Escuchas á ese pueblo enfurecido
Que tu cabeza y mi desgracia exige?
Au.—Tranquilo el corazón no teme el ruido
Ni el furor de fanáticos me aflige.
No me hace vacilar grito inhumano;
También á mis verdugos les perdono.
Sabré morir como viví, cristiano.
F. —Voy á librarte de su necio encono.
Mira ese cáliz, que contiene un néctar,
Que salva del tormento y de la injuria
Es un veneno, agótale; y tu vida
Rompe y evita la ardorosa furia
De esa turba malévola y perdida.
Au. Jamás cometeré tamaño crimen
No buscaré en un tósigo remedio
Por huir los tormentos que redimen.
F. —Por Hércules te ruego, por Quirino,
Por este corazón de acibar lleno
Y por tu madre y por su honor divino
Si á vivir no atinaste cual Romano,
Ni cual varón, que el pundonor aprecia
Al menos muere cual soldado ufano,
Que antes su honra que su vida precia
Y tú vas á morir......
Au.— Como cristiano.
F. —Como cristiano, sí, como cobarde,
Que de la infamia la ominosa suerte
Escoge, porque en su ánimo no arde
Valor de hombre para darse muerte.

Au.—El suicidio esquivar no es cobardía,
Es cobarde el que huye la negrura
Del dolor cuando en hondas de amargura
De aquesta vida se encapota el día.
Es valor sobrehumano, con aliento
Contrastar las volubles tempestades,
Que azotando con lágrimas y viento
De gran contrariedad y de tormento
Del alma las profundas soledades,
Envuelven y destrozan al humano.
Es cobarde el suicida, no el cristiano
Que adora los horrores del martirio!.
F.—Tú no quieres mi honor, ¡Ay! Aureliano
A tanto llega tu mortal delirio.
V.—¡A los leones. Muera ese cristiano!
F.—¿Yo he de cortar de tu existencia el hilo
Con mi daga por fin? Tú estás tranquilo
(la desenvaina)
Y circundas de espinas mi cabeza;
¿No prevés que si mueres infamado,
Moriré consumido de tristeza?
¿Tranquilo estás y buscas mi perjuicio
Y á tal crimen te muestras denodado?
Voy á hacer de tu vida el sacrificio
Antes que hacerle de tu honra clara.
No me inculpes, que tu ánimo lo quiere,
Perece tú á mis manos
(Va á herirle.)
Au.— Padre, hiere.
(Falerio se conmueve, y deja caer el puñal.)
F.—¡Ay! el puñal se escapa de mi mano.
Al ver esa tu faz, tu cuerpo amable,
En vez de traspasarte, impulsos siento
De estrecharte en mis brazos Aureliano.

Aléjate de mí, no quiero verte:
Y si quieres morir, marcha á la muerte.
Au.—Padre, adiós para siempre, ¿que le digo
De tí á mí madre que en el cielo mora?
F.—Por los dioses aléjate, enemigo,
No martirices más. ¡Ay! desdichado,
Un corazón de padre atribulado.
Au.—Adiós entonces, sé feliz y bueno.
(*Váse, entra Canidio*)

ESCENA III.—*Falerio y Canidio.*

C.—El pueblo ruge como ruge el trueno,
Y se aproxima con triunfante paso
El padre sol al purpurino ocaso.
Es hora de morir, que tu hijo muera.
F.—No le mates Canidio, te lo ruego
Por mí, por tí, por la Deidad severa,
En cuyas aras consagraste el fuego.
C.—Romano, ¿de tu jefe los edictos
Quieres violar? mi mano te lo evita;
Y si persistes, con tu misma sangre
Sellarás esa ley con sangre escrita.
F.—Si tú lo quieres cuanto sér cristiano
Haya en Atenas mandaré al suplicio,
Por tal que no me fuerces inhumano
De mi hijo á consumar el sacrificio.
C.—Los que haya y tu vástago execrando,
Todos perecerán, yo te lo mando.
F.—La culpa tengo yo que así me humillo
Al pie de un sér tan vil y tan rastrero,
Que se arrastra en el polvo y va dejando
De sangre y lodo fétido reguero.
V.—¡Es hora, es hora, el vil á los leones!

C. —(*En el balcón, arengando al pueblo.*)
Pueblo de Atenas, fiel á tu creencia,
De la sagrada religión custodio,
Aplaca tu furor y tu impaciencia,
Digna ciudad de la Minerva blonda,
A tu oración y á tu piedad propicia,
Deja, yo de esa víctima responda:
Hoy triufará la Olímpica justicia.
V.—Oh sacerdote del Saturnio, salve!
F.—Y si yo no consiento, ¿quién te deja
Prometer como jefe á mis vasallos?
C.—Sí, tú consentirás, porque Elio pío
Tiene cetro y poder, Júpiter rayos.
F.—Aquí no mandas, Sacerdote impío.
Quiero ver á mi hijo, sí, lo quiero!
C.—(*Se acerca á la puerta lateral y clama:*)
Pretorianos, traed al prisionero.
[*Entran dos soldados trayendo á Aureliano encadenado.*]

ESCENA IV. *Dichos y Aureliano*

F. —¿Encadenado mi hijo? ¿Quién á tanto
Pudo atreverse?
C.— Yo
F.— Tú, viejo infame,
A quien una mujer infunde espanto
Aherrojas á una víctima indefensa?
Si quieres poner grillos, ve al combate.
Está tu puesto entre la plebe inmensa.
Pretorianos, ¿qué fuerza así os abate?
¿A quién obedecéis? yo sólo mando
En este alcázar, y si yo no ordeno
No podéis apresar ni al más infando.

Soltad á mi hijo ya, si no os agrada
Probad la fuerza de mi invicta espalda
(Los soldados comienzan á desatar á Aureliano)
Sabed que no podéis, si yo no quiero,
Llevar jamás al circo á mi Aureliano.
Y no olvidéis el ímpetu severo
De quien hierro y poder lleva en su mano.
Y tú, viejo insensato, ¿qué te mueve
A exitar mi furor? En este alcázar
Yo represento al César, tú á la plebe,
En otro tiempo de Atenienses bravos,
Manada hoy ya de imbéciles esclavos.
C.—Medita lo que dices y lo que haces,
Que ya de Atenas á las puertas casi
Llegan de Adriano las fulgentes haces.
Mira este pliego que me manda el César.
[*Saca un pergamino.*]
F.—¿El gran Emperador á tí escribirte?
C.—Lee y procura luego reprimirte
(Le dá el pliego.)
F.—"Sacerdote feliz: quizá mañana
' A la ciudad arribe de Minerva.
" Anhelo por mirar la turba anciana
" De monumentos, que tu edad conserva;
" Crezcan los dioses y su noble culto
" En ese pueblo, cuna de las artes.
" Y de ateos el grupo tan estulto
" Allí perezca más que en otras partes.
" Arrancarlos procura del secreto,
" Y nunca olvides mi último decreto."
C.—Ya tú lo vez; que tu arrogancia es vana;
Y si hoy no mandas al cadalso á tu hijo,
Quizá los dos pereceréis mañana.

ESCENA V. *Dichos y Mevio* [*Entra este.*]

M.—Aureliano, Aureliano, no te arrojes
A la muerte por fin, que desolada
Mi hija infeliz, temiendo por tu suerte
No encuentra á su dolor ya lenitivo!
Como tierna paloma abandonada
Entre las hojas del pinal esquivo,
Si brama desfrenada la tormenta,
Sin calma ni consuelo se lamenta.
Lleva por tí su noble sacrificio
Al heroísmo, lo renuncia todo
Por salvarte del hondo precipicio,
Viola sus votos por tu amor llevada,
Y su guirnalda de Vestal depone,
Y su guirnalda de Vestal sagrada
Hoy á tus plantas por mi mano pone.
(*Arroja á los pies de Aureliano una guirnalda de rosas.*)
¿Quieres su esposo ser?
C.— Y ¡se degrada
A tanto un sacerdote encanecido!
F.—Oh si amas á esa niña desdichada,
Despósala, Aureliano, te lo pido.
Inciensa á las deidades, y te salvas
Y vivirás feliz y bendecido;
Y en vez de un hijo, que perder espero,
Dos hijos amorosos engreido
Estrecharé en mis brazos placentero.
Au.—¡Hermosa tentación! ¿Qué de las puertas
Del cielo rodaré como aquel ángel
A las mansiones del infierno abiertas?
M.—¿Verdad que sí consientes? ¿que al mo-
El beso paternal podré yo darte [mento

Y á mi hija débil tú la harás dichosa?
(Levanta Aureliano la guirnalda.)
Oh bendito doncel, mi alma te aprecia,
Triunfa mi hija.
(Después de un momento Aureliano despedaza la guirnalda y la arroja á los pies de Mevio).
Au.—Un cristiano así desprecia
Los pobre dones de pagana hermosa.
Y dila á tu Vestal, que si Dios la hizo
Tan bella como es de cuerpo, sea
Del alma bella, que cristiana se haga
Y en ese Dios, á quien adoro, crea.
Que si tanto me ama cual yo la amo
[Y sabe Dios ¡ay! cuánto] que esa gracia
Al borde de la tumba la reclamo.
Que su virginidad ya no consagre
A Vesta la gentil ilusionada,
Sino al Dios que yo adoro y la custodie
Como una flor al Numen regalada.
Y si mi amor no olvida, y, como anhelo
Mi consejo obedece placentera,
Allá la espero en el dichoso cielo.
El beso maternal por vez primera
Mi madre la dará, y en su regazo
La celestial cabeza reclinada,
Los dos nos recrearemos suavemente
En contemplàr de Dios la faz sagrada
Y la esencia escondida y refulgente.
M.—[*Enjugándose el llanto*]
¡Dulce vas á la muerte!; yo me alejo
Meditando tus dichos misteriosos,
Que el corazón conmueven de este viejo,
Que pretendió cambiase tu fortuna.
Llevo á mi hija tu adiós y tu consejo.

La diré que la amaste hasta la muerte
Si menos que á tu Dios, y más que otra
alguna.
Tu adhesión á tú fé por hoy me infunde
Y tu amor tan profundo á la hija mía
En mi mismo dolor no sé que calma:
Quizá tu ignoto Dios será algún día
El Dios de mi hija y la deidad de mi alma.
C.—Es la vejez enfermedad segura,
Y en ese estulto declinó en locura.
[*Mevio se retira,*]

ESCENA VI. *Dichos menos Mevio.*

C.— En este trance no olvidéis, Romano,
De Junio Bruto el memorable ejemplo:
El se postró como ínclito inhumano
De la Justicia en el severo templo.
Vió á sus hijos rebeldes, y de cónsul
Sintió el poder en sus robustas sienes,
Y sin ceder como amoroso padre
Del tierno corazón á los vaivenes,
Del pueblo, que mandaba, á la existencia
Su mismo corazón sacrificando,
Tomó resuelto la fatal sentencia,
Y vigoroso la firmó llorando.
Sus huellas santas á seguir te apresta
¿No le habrás de imitar? y ¿eres Romano?
....
¿Cuál es por fin tu decisión?
F.—(*Apura la copa que preparó en la escena I y dice:*)
Es esta.

Au.—¿Qué has hecho? padre, padre ¿tú suici-
(da?
F.—Tu sentencia firmar no era posible;
Prefiero dar mi congojosa vida,
Ya que es la cruda ley irresistible.
Au.—Y ¿te alejas de mi alma para siempre
Y á mi madre y á mí nos dejas solos
Allá en el Paraiso sempiterno?
Cree en Jesucristo, mi consejo toma,
Y juntos partiremos, tú cristiano.
F.—(*Se desploma.*)
Muero como hijo de la heroica Roma,
Adiós, adiós, intrépido Aureliano.
Au.—¡Padre infeliz! Por siempre nos separa
La distancia infinita del averno.
El hombre fuerte, que mi madre amara,
Ya nunca más la sonreirá tan tierno
Como en pasados venturosos días:
Son humo, viento y pavorosa nada
De este mundo las breves alegrías.
Nunca jamás contemplarán mis ojos
Ese tu rostro de vivaz mirada.
Veré por fin tus últimos despojos
(*Abraza el cadáver.*)
Y ¿un réprobo acaricio entre mis brazos?
¿El alma de este cuerpo es ya precita?
Mi pobre corazón se hace pedazos.
C.—Pretorianos, llevad á ese mancebo
Al circo; que perezca entre las fieras.
Y obedeced, que, si á mandar me atrevo,
Me apoyo en esas letras justicieras.
(*Muéstrales la carta.*)
Ved el sello imperial. Muerto el Procón-
sul,

Yo, que tengo de Adriano la confianza,
Tomo la autoridad; y si rehusáis
Obedecer por negra desconfianza,
Os habrá de pesar, que se aproxima
Acá el Emperador, y su llegada
Más que á nadie en Atenas me sublima.
El pueblo ya en el circo vocifera
Al ver que el sol desciende presuroso,
Y ruge hambrienta lo azuzada fiera
En su cárcel estrecha sin reposo.
A ese cadáver rígido mañana
Podréis hacer los fúnebres honores
Con pompa militar, pompa Romana,
Conforme de vosotros lo merece,
Que fuisteis sus leales servidores.
[á Au.] Pensé tronchar con el talento mío
Solamente tu pérfida cabeza,
Y de Atenas el solio está vacío.
Au.—Eres con tu satánica vileza
De la ambiciosa humanidad imagen;
No importa al hombre de avaricia lleno,
Loco sin paz por levantarse un trono,
Nada le importa el asentarle en cieno.
C.—Es que ha triunfado mi robusta ira,
La mitad no transcurre de una hora,
Y estarás en el circo vergonzoso
Entre la muchedumbre burladora.
Ya el león, agitando furïoso
Sus guedejas en turbia polvadera,
Te acomete, ya escucho jubiloso
Crujir tus miembros como rica seda.
A tus ayes responden infinitos
Sarcasmos de la gente, y me creo
En escuchar tus lastimeros gritos.

Y mañana, cumpliendo mi deseo,
Adriano llegará. Millares de almas
Le cercarán, sin fin vitoreando;
Y yo su paso de triunfales palmas
Iré glorioso y plácido alfombrando.
Y en aquestos salones Ateneos
Pondré á sus pies de mi fatal victoria
Los terribles y lívidos trofeos;
Y ya feliz me cercaré de gloria.
¡Mis trofeos! Tu pérfida cabeza
Y de tu padre la infamante historia.
Habrá un procónsul, á mi prez sugeto.
Y quizá no muy tarde Mevio y su hija,
Tu amante, morirán á mi decreto.
Au.—¡Oh! Dios lo quiera y tu rencor lo exija.
Reinarás entre falsos, entre viles
Por breve tiempo, en crímenes ceñido,
En tanto que del cielo en los pensiles
Yo vivo entre los justos escogido.
Y en tanto que tu arrastras una vida,
Que no envidiara ni el servil gusano,
Preseneias la horrorosa despedida
De tu culto sacrílego y profano,
Y atribulado y con despecho gimes,
Me circuyen los ángeles sublimes.
Desde hoy tu saña y tu rabioso encono
Y todo cual cristiano te perdono.
Ya las arpas angélicas resuenan;
Y á la región de perdurable calma
En medio de sus célicas canciones
Envuelta luego subirá mi alma
De la tarde en las dulces oraciones.

(Envía compasiva mirada al cádaver de Falerio, y sale conducido por los Pretorianos.)



TRADUCCIONES DE HORACIO.

DEL LIBRO PRIMERO:

ODA I. A MECENAS.

Mecenas, nieto de abuelos reyes,
Mi honra grata, refugio mío!
Hay quienes gozan cuando en su carro
Polvo de Olimpia ya recogieron,
Y si, evitando rozar la meta
Con rueda hirviente, la palma noble
Dioses los hace del mundo dueños.
A este le place que la Romana
Turba versátil por ensalzarle
Con tres doblados honores, pugne;
A quien guardara en la propia troje
Cuanto en las eras de Libia barren
Y que se paga de ir escardando
Las tierras caras de sus abuelos,
Ni con Atálicas opulencias

Harás que hienda la mar de Mirto
En tabla Cipria pávido nauta.
Si teme al ábrego sobre el mar de Icaro
El mercadante, del pueblo suyo
El ocio y campos elogia, y presto,
A la pobreza rebelde siempre,
Los quebrantados buques repone.
Quien no desdeña Másico añejo.
Ni gastar parte del útil día
Bajo el madroño ya recostado
O ya á la fuente de sacro arroyo.
A muchos placen clarín y trompa
Sonando juntos, tiendas y guerras,
Que odian las madres. Queda al sereno
Sin recordar á su tierna esposa
El cazador, si los perros fieles
Cierva avistaron, ó las rollizas
Redes ha roto Marso javato.
La hiedra premio de doctas frentes
Así me mezcle con altos dioses;
El bosque helado y en leves danzas
Ninfas y Sátiros me retiran
Del pueblo, Euterpe, si no detiene
Sus flautas, dadme sino rehuye
Polimnia Sacra laúd Lesbiano.
Si entre los líricos vates me cuentas,
A las estrellas toca mi frente.

ODA II. A AUGUSTO.

Ya harto de nieve y de cruel granizo
Mandó á la tierra el Padre, y, aflechando

Los templos ya con encendida diestra,
A Roma dióle miedo,
Miedo á las gentes de que no tornase
Que lloró Pirra, el novedoso tiempo,
Cuando Proteo á los excelsos montes
Arreó la grey marina,
Y dejó la onda peces en los olmos,
De las palomas conocido asiento,
Cuando el gamo nadó despavorido
En el mar derramado.
Vimos al rojo Tíber con sus ondas
Presto revueltas de la orilla Etrusca
Ir azotar del Rey los monumentos
Y los templos de Vesta:
A Ilia su esposa, que doliente clama,
Venganza ofrece el mujeriego río,
Y se desborda en la siniestra margen
Contra el querer de Jove.
Oirá la escasa juventud que el hierro
Manchamos hoy, mas apto á la rüina
Del serio Persa, y las civiles luchas
De sus viciosos padres.
Y ¿del imperio á contener la ruina
Qué dios el pueblo invocará? ¿qué ruego
Ablandará de las Vestales santas
A Vesta ensordecida?
Y ¿Jove á quién demandará el castigo
De la maldad? Al cabo, te rogamos,
Vengas, nublado el hombro alabastrino,
Oh tú Apolo agorero,
O Venus riente, en cuyo torno juegan
La leve Chanza y el rapaz Cupido;
O, padre Marte, si á tu pueblo miras
Y nietos degradados,

Oh! ya te sacie tan eterna lucha,
Tu que te agrudas de atersados yelmos
Y del clamor y del ceñudo Marso,
Que á pie se baña en sangre.
O, si de joven tomas la figura,
Y acá en el mundo vengador de César
Quieres llamarte, mensajero alado,
Hijo de la alma Maya;
Tarde regreses al dichoso cielo,
Y contento en el pueblo de Quirino
No te arrebate por la culpa nuestra
El aura presurosa.
Aquí prefieras los gloriosos triunfos
Y ser llamado soberano y padre:
Veda á los Medos cabalgar impunes,
Gobernando tú, César.

ODA III. A LA NAVE EN QUE IBA VIRGILIO.

¡Así de Chipre la potente diosa,
De Helena los hermanos, astro espléndido
Y el Padre de los vientos te gobiernen,
Sujetos todos, pero el Cauro libre,
Oh nave que á tu seno confiado
Nos debes á Virgilio! Ruego incólume
De los confines Aticos le vuelvas,
Y la mitad de mi alma me conserves.
Roble tenía y bronce triplicado
Del pecho en torno el que la nave frágil
Al ponto atroz encomendó primero.
Ni el Abrego temió precipitado,
Que con los aquilones combatía,
Las Hiadas tristes, ni el rabioso Noto

Que el cual mayor poner ó quitar quiere
Borrascas ningún árbitro del Adria.
¡Qué grada (1) de la muerte aquel temía,
Que con ojos enjutos los nadantes
Monstruos y que la mar mirara hinchada
Y los escollos del Epiro infames?
En valde Dios prudente ha dividido
La tierra con el líquido oceano,
Si al cabo pasan las impías naves
Los vados, que tocar nunca debieran.
Resuelta á padecer la gente humana
Se precipita á lo vedado ¡oh crimen!
El audaz engendrado de Japeto
Trajo á las gentes por maligno fraude
El fuego; y tras el fuego sustraido
Al etéreo palacio, sobre el mundo
La amarillez y la falange nueva
De fiebres incubaron, la tardía
Antes necesidad de lueñe muerte
Las gradas acortó de su camino. (2)

---

(1) Todos los intérpretes, que conozco, traducen el *gradum mortis* por *género de muerte.* No puedo conformarme con ellos, yo entreveo en esas palabras una metáfora de las que Horacio apenas insinúa á menudo: la vida no es sino descenso rápido hacia la muerte, y él que se confió á los mares por vez primera, no temió bajar á los últimos escalones de ese descenso y acercarse temerariamente á la muerte.

Favorece á esta inteligencia aquel pasaje de Juvenal. Sal. 12, v. 57:

Ventris animan committere dolato
Confisus ligno, digitis a morte remotus
Quatuor aut septem ....

Por eso traduje *grada de la muerte,* conservando el sér y modo de la metáfora, que creo descubrir.

(2) Aquí reaparece la metáfora de las gradas de la muerte.

Probó vacíos Dédalo los aires
Con alas al humano denegadas;
De Hércules el trabajo al Aqueronte
Destrozó ¡nada es arduo á los mortales!
Al cielo mismo estúpidos tendemos,
Y no dejamos por la culpa nuestra
Que ponga Jove el iracundo rayo.

ODA IV. A SEXTIO.

Ya la voz de Favonio y Primavera
Al invierno desata encruelecido;
Las naves secas ya de la ribera
Las máquinas arrastran, ni escondido
Goza el rebaño, ni el gañán al fuego;
Ni el prado albea en cana escarcha ciego.
Las danzas guiando Venus se adelanta;
Con las Ninfas los Gracias decorosas
La tierra hieren con alterna planta,
Ya la luna al caer, y las humosas
Oficinas de Cíclopes Vulcano
Mientras enciende á trabajar ufano.
Conviene atarnos la cabeza ungida
Ya con verde arrayán y flores tiernas,
Que produce la tierra desceñida,
E inmolar en las selvas umbri-eternas
A Fauno una cabeza del distrito,
Ya le plazca cordera ó ya cabrito.
Con el pie mismo pálida la muerte
Llama al tugurio que al real palacio,
Sextio dichoso, que forzoso advierte
De nuestra vida el reducido espacio
Prohibe concebir larga esperanza
De duradera y suave bienandanza.

La eterna noche y los mentados Manes
Ya te habrán de apretar en el estrecho
Plutonio alcázar, do por más afanes;
Entrado apenas bajo el negro techo,
Nunca rey sorteado del banquete
El vino escanciarás con dulce brete.

ODA V. A PIRRA.

¿Quién es, oh Pirra, el delicado imberbe,
Que empapado de esencias
En retrete agradable
Sobre mil rosas con amor te estrecha,
Mientras por él sencilla en el aseo
La rubia cabellera
Te trenzas? ¡Cuántas veces
¡Ay! desdichado llorará sin tregua
La fe perdida y los cambiados dioses,
Cuando ya las inmensas
Aguas, no acostumbrado,
De negros vientos erizadas vea!
¡Y él que ahora crédulo dorada
Goza al verte y serena,
Y encontrarte anhelosa
Y siempre amable el inocente espera,
Ignorante del aura engañadora! [1]

---

[1] He creido de fidelidad y elegancia conservar en la traducción la alegoría del mar aplicada á Pirra cosa que han omitido otros traductores.

El *vacuam* no le entiendo como *libre* de otros "amantes" sino en el sentido de no harta, no saciada del amor del galán, de que se trata; y por consiguiente no hastiada, no desdeñosa, sino todavía anhelante por su afecto.

¡Míseros los que ciegas
Tú, á los ruegos propicia,
Con tus encantos! Mi retablo muestra
Hoy adherido á la pared sagrada
Que ya en votiva ofrenda
Al dios del mar potente
Húmeda veste le dejé suspensa.

ODA VIII. OH LIDIA TE LO RUEGO.....

Oh Lidia, te lo ruego
Por cuantos dioses hay, ¿por qué, confiesa,
Del amor con el fuego
En perder á Sibaris te das priesa?
¿Por qué ya ha aborrecido
De Marte el campo cuando muy paciente
Del sol y el polvo ha sido?
¿Por qué ya no cabalga airosamente
Con sus iguales luego,
Ni del Gálico potro en freno bravo
Gobierna boca y fuego?
¿Por qué teme tocar el Tiber flavo?
¿Por qué más cauto evita
Que viperina sangre ya el aceite?
Ni las armas agita
En los cárdenos brazos sin afeite,
Del disco ennoblecido
O dardo, que del término se pasa.
¿Por qué se halla escondido
Como el hijo de Tetis la marina,
Dicen, por no ir valiente
Haces á destruir de Ilión famosa,
Cuando iba á ser presente
De Troya la ruina lacrimosa?

ODA XII. A AUGUSTO.

¿Qué varón ó héroe con la lira, Clio,
O aguda flauta celebrar intentas?
¿Qué Dios de cuya juguetona imagen
Nombre resuene
O en las umbrosas faldas de Heliconia,
O sobre el Pindo ó en el Hemo frío,
Donde siguieron á elocuente Orfeo
Rápidas selvas,
Que demoraba con maternas artes
Agua corriente, acelerados vientos,
Blando á guiar con las canoras cuerdas
Robles oíentes?
¿Qué antes diré de las usadas loas
Del Padre excelso, que á los dioses y
(hombres
Y al mundo rige con diversos tiempos,
Mares y tierras?
Nada se engendra superior al mismo,
Ni hay nada igual, segundo ó semejante,
Pero merece próximos honores
Palas divina.
Audaz en luchas no te callo, oh Baco;
Ni á tí de fieras enemiga Virgen;
Temible oh tú por la certera flecha,
Feto celeste.
A Hércules canto, á los mellizos hijos
De Leda, el uno en cabalgar famoso,
El otro púgil, y que en doble estrella
Lucen al nauta;
Y se recoge el agitado líquido
De entre los sirtes y los vientos caen,
Huyen las nubes, se recuesta al ponto

La onda si quieren.
Dudo si luego á Rómulo, el reinado
Quieto de Numa. ó las soberbias haces
Ya de Tarquino ó de Catón memore
Noble la muerte.
A los Escauros, Régulo y á Paulo
De su alma grande pródigo, si vence
El Peno; grato con Camena insigne
Canto á Fabricio.
A este y á Curio de melena intonsa
Llevó á las guerras y el útil á Camilo
Pobreza heróica. el heredado fundo
Con aptos lares.
Crece como árbol con la edad oculto
Marcelo en fama: y entre todas brilla
La estrella Julia cual la luna entre otras
Luces menores.
Padre custodio de la humana gente,
Prole Saturnia, á tí los hados dieron
Cuidar de César: César tu segundo,
Reina tu Jove.
En justo triunfo traiga ya domados
Ya á los Partos al Lacio amenazantes
O ya sujetos Indios y Mogoles,
Lindes de oriente;
Menor que tú con equidad el orbe
Extenso rija: con tu carro grave
Quiebra el Olimpo, y á los pocos castos
Bosque fulminas.

ODA XIV. A LA REPUBLICA.

Oh, nave, nave, la primer marea
Al vasto mar te llevará de nuevo.

¿Qué intentas? ¡ay! fondea prontamente
En el puerto abrigado.
¿No ves cómo rechina ya sin remos
Tu costado? Tus mástiles heridos
Del Abrego veloz y tus antenas
Gimen funestamente.
Apenas puede la tajada quilla
Ya resistir al punto más furioso
Ya sin maromas: tu mugiente lino
Está hecho girones..
Ni dioses tienes que invocar opresa
Por la borrasca, aunque marino leño
Tu alcurnia y nombre inútiles alegues,
Noble hija de la selva;
Nada confía en las pintadas popas
El marinero temeroso: ¡guarte!
Que nada debes á los fieros vientos
Sino ser su ludibrio;
Barco que ha poco me causaba tedio,
Hoy cuidado y solícito deseo,
Evita el mar sembrado de esas sirtes,
Que amenazan tortuosas.

ODA XIX.

Ya la Madre cruel de los Cupidos
Me manda y bronca la Licencia ufana
Y el hijo de Semele la Tebana
Volver á los amores despedidos,
El resplandor me quema de Glicira
Más que el mármol de Paros reluciente
Y su grata esquivez me pone ardiente
Y el rostro, en que resbala quien la mira.
Venus, que á mí se precipita entera

Dejó su Chipre, ni que yo consiente
Cante al Escita, al Parto muy valiente
En el vuelto corcel, ni de amor fuera.
Verde césped, verbena misteriosa,
Incienso y vino añejo en copa orlada
Ponedme aquí, muchachos, que abrasada
La hostia, echaráse menos impetuosa.

ODA XXI. A DIANA Y APOLO

Tiernas doncellas, celebrad á Diana,
Vosotros niños al intonso Cintio,
Ellas, la que ama férvido el supremo
Jove, Latona,
A la que alegran los tendidos ríos,
La crín de bosques que el helado Algido
Encresta, ó bien del Erimanto y Crago
Negras las selvas.
Vosotros, niños, ensalzad á Tempe
Patria de Delo con iguales loas
Y el hombro insigne por la aljaba, her
(mana
Del alma lira.
Este del pueblo y soberano César
La guerra aparte lacrimosa, el hambre,
La peste, y la eche á Persas y Britanos
Por vuestro ruego.

ODA XXIX. A ICCIO.

Ya envidias de los Arabes
Las dichosas riquezas,
Iccio, y preparas bélicas fierezas
A los reyes invictos de Sabá.

Para el horrible Medo
Ya trabas las cadenas.
Y ¿cual la niña bárbara en sus penas,
Muerto su esposo, te podrá servir?
¿Qué palaciego mozo,
Ungida la melena,
Que Séricas saetas docto apena
Restira sobre el arco paternal,
Pondrás tú de copero?
¿Quién negará inclinados
Puedan los ríos verse remontados
A árduas cimas y el Tibre devolver,
Si tú, (¡ que prometiste!)
El Paneto excelente
Y academia comprados juntamente
Por arneses Iberos quieres dar?

DEL LIBRO SEGUNDO.

ODA I. A ASINIO POLION.

La discordia civil desque Metelo
Cónsul fué, causa y vicios de la guerra
Sus veces y el jugar de la Fortuna,
Las importantes ligas de los príncipes
Y aun no purificadas
Las armas de la patria en sangre untadas,
Obra plagada de resgosa suerte
Tú tratas y caminas por la lumbre
Bajo ceniza engañadora puesta.
Por un momento á los teatros falte
Ya la Musa severa,
Dulce Polión, de la tragedia fiera ¡

En tanto sólo nuestra historia trazas;
Y á tu alto encargo volverás entonces
Con Cecropio coturno, del senado
Tú insigne ayuda y de afligidos reos,
Y á quien eterna gloria,
En lauro dió Dalmática victoria.
Ya los oidos por ahora aturdes
Con el minaz murmullo de los cuernos;
Suenan clarines; y el brillar del arma,
De los ginetes el aspecto torvo
A corceles fugaces
Ya ponen miedo entre revueltas haces.
A los grandes caudillos me parece
De honroso polvo divisar cubiertos,
Toda la tierra sometida al César,
Menos el alma de Catón terrible.
De tierra no vengada
Huyeron impotentes en parvada
Los dioses todos del Afrano amigos;
Mas víctimas llevaron á Yugurta
En los nietos de aquellos vencedores.
¿Qué campo no atestigua, fecundado
Por la sangre latina,
En sus sepulcros nuestra lucha indina?
De la Hesperia ruina oyó el estruendo
El Medo bronco. ¿Qué garganta ó río
De la lúgubre riña está ignorante?
¿Qué Daunias olas no tiñó de rojo
¡Ay! la matanza fiera?
Y ¿falta nuestra sangre en que ribera?
Mas no, Musa procaz, así, dejada
La chanza, vuelvas á tratar los dones
De la de Ceos funeraria Diosa:
Y la uña de marfil á tu albo dedo

Calzada, en antro amigo
De Venus, leve son busca conmigo.

ODA II. A C. SALUSTIO.

Crispo Salustio, es pálida la plata
Que no abrillanta el uso moderado;
Oh enemigo de barras escondidas
En la avarienta tierra,
En siglo extenso Proculeyo vive
Por su paterno amor á sus hermanos;
Le alza con pluma, á ser tocada huraña,
La fama vividora.
Mas grande reinas si al espíritu ansioso
Domeñas, que si á Gades la remota,
Juntas con Libia y obedecen á uno
Una y otra Cartago.
Si bebiere el hidrópico se agrava,
Ni la sed sacia, si no huyó las venas
Del mal la causa y el humor acuoso
Del cuerpo amarillento.
La virtud, disidente de la plebe,
Feliz no cuenta á Fraates, que repuesto
Fué en el trono de Ciro; al pueblo enseña
A no usar voces falsas,
Y su reino y diadema le regala
Y el lauro propio al que con ojo recto
Copiosos mire los montones de oro,
Sea quien fuere.

ODA VIII. A BARINA.

Si acaso alguna vez hubiesen sido
Tus perjurios, Barina, castigados:

Si alguno de tus dientes aperlados
Se hubiese ennegrecido
Por tus culpas pasadas
O alguna de tus uñas sonrosadas,
Te creyera; mas, votos á medida
Que echas sobre tu pérfida cabeza,
Más y más se abrillanta tu belleza
De jóvenes querida:
Y siempre te has mostrado
Como su dulce y público cuidado.
Sí, por el siglo de tu madre jura
En vano y por el cielo y los nocturnos
Astros del firmamento taciturnos
Y por la corte pura
De las deidades fuerte,
Que exentas viven de la helada muerte.
Sí, que la Venus, tu jurar mirando,
Se ríe con las Ninfas candorosas,
Y también, las saetas ardorosas
Cupido en aguzando
Con la mano manchada
En piedra de amolar ensangrentada.
A más que crece y para tí se cría
La niñez, tu futura servidumbre,
Y que aun no abandonan la techumbre
De su señora impía
Los esclavos primeros,
A que amenazan tus desdenes fieros.
Temen las madres por su tierno niño
Y los sobrios ancianos, desdichadas
Las doncellas también recién casadas,
Ansiosas de cariño,
No tu aura los detenga
Y á sus dulces esposos entretenga.

ODA XI. A HIRPINO.

Que piense el belicoso
Cántabro y que el Escita, Quinto amado,
Deja de averiguar, del borrascoso
Adriático á este lado,
Y no tiembles confuso
De una vida tan parca por el uso.
Huye hacia atrás lijera
La juventud con la apostura; y viene
La vejez espantando seca y fiera
Cuantos amores tiene
Lascivos aquel dueño,
Y del joven también el fácil sueño.
Ni las flores mantienen
El primor que las dió la primavera;
Ni con la misma faz las lunas vienen
A lucir en la esfera:
¿Por qué pues tu alma criada
Traes en altos juicios fatigada?
¿Por qué no descuidados
Al pie del alto plátano ó del pino,
Con rosas los cabellos perfumados
Y canos y con fino
Nardo de Asiria untos,
Recostados bebemos aquí juntos?
Los cuidados voraces
Disipa Baco. ¿Quién de vino ardiente
Quiere enfriarme unas tazas muy capaces
En esta agua corriente?
¿Quién á traer á Lide,
Que se ha quedado en casa, se comide? (4)

(4) Tengo por desacertadas las interpretaciones que

Anda y dila consigo
Traiga la lira de marfil labrado,
Y el cabello se ate (que yo digo)
En un nudo, el cabello destrenzado,
Ligera, sin tardanza,
De las Lacedemonias á la usanza.

ODA XIV.

¡Ah! que fugaces, Póstumo, Póstumo,
Corren los años y no demora
A la rugosa vejez que insta
Virtud sincera, ni á muerte indómita.
Ni ablanda á Pluto, duro á las lágrimas,
Diaria hecatombe si le haces triple,
Que ése á Gerionte, el de tres cuerpos,
Y á Ticio envuelve con onda triste,
En que debemos bogar ¡ay! todos,
A los que nutre don de la tierra,
Ya sean reyes ó ya colonos,
Que ata en el mundo grave indigencia.
Vano es que falte muerte cruenta,
Del Adria ronco quebradas ondas,
Vano es el miedo de Austro dañino,
Que ofenda el cuerpo, mientras otoña.

---

se dan al *scortum devium*, todas traidas de muy lejos; opino que debe buscarse el sentido de esas palabras y su razón en el propio pasaje de la oda: por eso considerando que el *devium (de via, extra viam)* significa el que anda fuera de tal ó cual camino ó no sabe del sendero, que otro lleva, entiendo que Lide había quedado en casa sin saber donde andaba su amante y que este la buscaba.

Tal sentido me parece más obvio y natural.

Negro el Cocito de curso lánguido
Visitaremos, infame el género
De las Danaides, de Eolo al hijo,
Que lleva en pena trabajo eterno.
De dejar tienes la tierra y casa,
La dulce esposa; y de árboles sólo
Cuantos cultivas, al breve dueño
Sigue el perenne cipres odioso.
Y tu heredero más digno el cécubo,
Con cien candados guardado, saque
Y el pavimento rocíe soberbio
Mejor que en cenas pontificales.

ODA XVI. A GROSFO.

Ocio el opreso en el potente Egeo
Pide á los dioses, cuando negra nube
Cierra la luna, ni á los nautas ciertos
Lucen los astros.
Ocio en la guerra furibunda Tracia,
Ocio los Medos de carcaj ornados,
Grosfo, descanso, que no compra el oro
Ni piedras finas.
Ni los tesoros ni el lictor del cónsul
Tristes tumultos de la mente apartan,
Ni á las que en torno á artesonados techos
Cuitas revuelan.
Feliz con poco vive quien del padre
Usa el salero en la sencilla mesa,
Que leves sueños ni el temor le roban
Ni la avaricia,
¿A qué lanzamos tantas cosas lejos
En breve edad? ¿A qué buscamos tierras

Que otro sol tibia? de su patria huyendo
Quien de sí huye?
Sube viciosa á las bronceadas naos
La cuita, sigue al escuadrón ginete
Más que los ciervos y que el Euro, echan-
Nubes, ligera. (do
Odie curar de lo futuro el alma,
Grata en lo de hoy, y en moderada risa
Temple lo amargo, que nada hay dicho
De toda parte:
La pronta muerte arrebató al Aquiles,
Larga á Titón la senectud consume,
A mí quizá lo que te fué negado
La Hora me ofrece:
Sículas vacas de tí en torno mugen
Y greyes ciento, de cuadrigas yegua
Tuya relincha: en múrice africano
Ya reseñidas
Lanas te visten: la infalible Parca
Un ténue soplo de la Musa griega,
Campos estrechos y desprecio al vulgo
Dióme por suerte.

DEL LIBRO TERCERO.

ODA II.

Que de la agria milicia en la crudeza
Aprenda, amigos, el mancebo fuerte
A sufrir la pobreza;
Y ginete temible haga matanza
En los feroces Partos con su lanza.

Viva al sereno en medio á sobresaltos,
Y que la esposa del tirano adverso
Desde los cubos altos
De la muralla hóstil luego le mire
Y con su adulta niña así suspire:
"No suceda ¡ay! que en los combates rudo
"Mi regio esposo á pelear provoque
"A ese león sañudo,
"A quien de guerrear la ira crüenta
"Por enmedio de muertes aviolenta."
¡Es dulce y decoroso dar la vida
Por la patria! Del hombre fugitivo
La muerte va en seguida;
Ni de la imbele juventud perdona
A la espalda y la corba bien temblona.
(1) La virtud del desaire ignoradora

---

(1) Ya, como dicen los comentadores, porque en caso de vergonzoso desaire bástale al virtuoso su propia satisfacción y la repulsa no menoscaba su intrínseco valer, ó lo que yo más creo, porque generalmente la virtud no es desairada en este mundo sino goza de aprecio, esto es la virtud cívica muy estimada en los tiempos y patria de Horacio. Referir á la virtud en general lo que dice esta estrofa, equivale á dislocar de la primera parte de la oda todo lo siguiente: esta virtud tiene de ser la patriótica que es la recomendada en la estancia anterior y en cuyo caso el sentido será: " Puesto que la muerte no perdona al cobarde, vale más morir valerosamente por la patria. Esta virtud de luchar por la propia nación no es vista con desdén y se ve adornada de inmaculados honores.

NEC SUMIT etc. Y hace pelear no en civiles guerras al plebeyo antojo sino por justísimas causas.

RECLUDENS etc. Ya se asentó que la virtud patrótica tiene por premio en la vida el aprecio de los buenos, ahora, después de la muerte es su merced la inmortalidad.

Con honores incólumes fulgece;
La segur brilladora
No empuña y suelta con mudable brío
Del aura popular al albedrío.
La virtud que abre el cielo á los que muerte
No merecen, negado algún camino,
Le intenta de otra suerte;
Las reuniones vulgares luego esquiva,
La húmeda tierra en ala fugitiva.
(1) Tiene el silencio fiel premio seguro:

NEGATA etc. Más si alguna vez es despreciada esa virtud como puede acontecer, ella se busca su pago por otro camino que la fama y estimación, ya por la saciedad de la conciencia, ya en la esperanza de la venidera gloria: por esto y en este caso de no ser justipreciada, se aparta de las vulgares sociedades y deja da la tierra, busca patria más justiciera

CÆTUSQUE etc. juzgo que á no entender de esta manera saldrá destejida de la I esta II parte. Admito la interpretación de que la virtud se basta á sí misma, toque de la doctrina estoica, pero no en el *nescia repulsa sordiæ,* sino en el *negata tentat*; porque de lo contrario estas últimas palabras ó son repetición de las primeras y muy fuera de razón y por tanto anti-Horacianas ó son del todo intraducibles.

Este sentido del *negata* se insinua con arte muy genial de Horacio desde el epiteto *incontaminatis*

(1) La otra virtud más indispensable en el soldado es la fidelidad en guardar sigilo sobre las cosas reservadas de la patria y del ejército Premio seguro de renombre y tranquilidad de conciencia está guardado al custodio leal de esos secretos Para encarecer el poeta el horror que causa el violador de secretos dice que él no consentirá bajo su techo ó en su barca al revelador de los arcanos de Ceres, cuya guarda era tan importante en el orden religioso como en el militar la del santo y señas, que decimos nosotros. Concluye por deshacer lo que podría objetársele de que á veces no

Jamás consentiré bajo mis trabes
A quien haya á lo obscuro
De arcana Ceres levantado el velo,
Ni que conmigo suelte el barquichuelo.
Une el Padre del día al inculpado,
A veces con el hombre corrompido
Mas de quien fué malvado
Raras veces la pena ardiendo en ira
Con planta lastimada se retira.

ODA III.

El ardor de furiosos ciudadanos,
Que alzan gritos insanos,

---

lleva castigo, á lo que parece el criminal, si no corre la suerte del justo; y responde que raras veces el que ha sido malo burla aun en este mundo la pena de su culpa. Así creo que se trasluce ya el hilo de esta oda ordenada con arte superior al repentino y superficial estudio, que de ella se haga. He aquí su plan compendiado: I Estr. Améstrese la juventud en soportar los azares de la guerra. II llegará de esta suerte á merecer el encomio mas grato el que haga la familia del monarca enemigo, al temer por la vida de los suyos si ve el extraordinario valor con que lucha el Romano. III y si muere en la guerra, dulce y honroso es perecer por la patria, tanto más cuanto que la muerte no perdona al tímido. IV por otra parte la virtud del patriota combatiente tiene premio de honor en este mundo. V y paga de inmortalidad de lo futuro y hasta, caso de verse menospreciada, halla su recompensa en sí, lejos de los mudables elogios del vulgo VI y VII Deben á mas ser los jóvenes sigilosos, que no gárrulos, y serlo desde ahora porque el que ha delinquido tarde que temprano padece el azote de Dios.

Me he demorado en comentar esta pieza, más de lo usado porque su desorden, perfectamente lírico ha sido el tormento de los comentadores.

Jamás al varón justo
Tenaz en su propósito, remueve
De su intento; tampoco el ceño adusto
Del rey tirano aleve,
Ni el austro proceloso
Turbio rey del Adriático espumoso;
 De Júpiter excelso fulminante
Ni la mano gigante:
Si desgajado fuera
El orbe acaso, entonces la ruïna
Espantosa impertérrito le hiriera.
Por tal fuerza divina
Alcides andariego
Subió hasta los alcázares de fuego,
 Polux también; y Augusto recostado
Con labio sonrosado
Liba néctar entre ellos.
Los tigres á tu yugo así hecho dino
Sometieron indóciles los cuellos,
Padre Baco; y Quirino
Huyó antros infernales
De Marte en los caballos inmortales,
Después que Juno férvida surgiera
Y á los dioses dijera
Con voz que al cielo mueve:
" Ilión, Ilión, á mi entregada
" Y á la casta Minerva con tu plebe
" Y rey, porque negada
" La paga fué que un día
" Laomedón á los dioses prometía,
 " Un juez fatal á polvo te redujo,
" Lascivo en torpe lujo
" Con mujer extranjera.
" Famoso el huésped de la Griega impura

" No esplende ya, más ni la casa fiera
" De Priamo perjura
" La huste Aquiva aguanta,
" O en el esfuerzo de Héctor la quebranta.
" Por nuestras sediciones gobernada
" La guerra fué calmada.
" Depondré sin demora
" Y las iras gravosas y á Mavorte
" El nieto aborrecido, que traidora
" Le diera su consorte.
" Esa vestal troyana
" En otro tiempo, volveréle ufana.
" Permitiré que á brillador asiento
" Suba y sorba contento
" Néctar, suave admitido
" Al pacífico gremio de deidades,
" Mientras el Ponto hierva enfurecido
" Entre las dos ciudades
" Y felices doquiera
" La redondez dominen extranjera.
"El Capitolio esté resplandeciente;
" Y Roma ferozmente
" Al Medo subyugado
" Pueda leyes dictar, mientras los bustos
" De Priamo y Paris el cerril ganado
" Insulte ya vetustos,
" Mientras esconda en ellos
" La fiera impune sus cachorros bellos.
" Dilate horrenda á la postrera playa,
" Donde líquida valla
" A la Europa divide
" Del Africa, su nombre y á do inunda
" Hazas el Nilo así que se desmide,
" Deje en tierra profunda

" Así mejor guardado
" El oro todavía no encontrado
" Valiente á desdeñar, que no con mano
" Rapaz á uso mundano
" Las riquezas sagradas
" Destine. Todo término, que el mundo
" Corta toque con armas respetadas,
" De ir al país fecundo,
" Donde se ensaña el fuego,
" Ardiendo en gana, ó al en bruma ciego.
" Con esta ley tal suerte le prodigo
" A ese pueblo enemigo,
" De que jamás piadosos
" En demasía y en su prez confiados
" Intenten repararme los odiosos
" Alcázares quemados
" De la Troya materna;
" Porque de Troya la "Fortuna" tierna
" Renacida, de nuevo haré que ceda
" En su lúgubre rueda
" Alada, á destructora
" Y triste muerte luego sollozando
" En la guerra la hueste vencedora
" ¿Qué más? acaudillando
" Yo misma entonce ufana
" De Jove esposa y á la vez hermana.
" Si tres veces Apolo el alto muro
" Hecho de bronce puro
" Reedifica, otras tantas
" Perezca hecho ruinas por mis griegos,
" Y así sacie mis iras sacrosantas.
" Y tras de vanos ruegos
" La mujer prisionada
" Llore hijos y marido inconsolada."

Mas no conviene á la festiva lira
Aquesto que me inspira
¿A dónde vas? oh diosa,
Deja de referir los dichos santos
De las Deidades, deja presuntuosa
En tus humildes cantos,
Y no con la rudeza
De tus versos amengües su grandeza.

ODA IV. A CALIOPE.

Baja del cielo y en la flauta grácil
¡Ea! modula largo tiempo ahora,
Reina Caliope; ó si más quieres, facil
Tu voz aguda, celestial, sonora,
Haznos oír; ó bien con tus delgados
Dedos del alto cielo perfumados
Hiere presta tan solo
Tus cuerdas ó la cítara de Apolo.
¿Oiste?......ó bien ¿la plácida locura
Del poeta me engaña? Me parece
Que escucho la canción y á la ventura
Vago por bosque, que sagrado crece,
Do el agua corre murmurando amena
Y blando el aire de contento llena,
Que mansamente vaga
Y tiernas hojas perezoso halaga.
Tras de mi Apulia nutridora un día
En el Vulturo, monte protegido,
Allá de niño y en la tierra umbría
De sueño al fin y de jugar vencido
Las cándidas palomas fabulosas
De la diosa de Chipre presurosas

Con hojas me cubrieron,
Que nuevas de los árboles cogieron.
Y todos admiraron, el que mora
De Bata en las florestas, la que auida
De Aqueronte en el risco y labradora
La gente humilde, que el Fiñano cuida,
Cómo de negras víboras seguro
Dormía entonces y del oso impuro
Con lauro y mirto amante,
Mas no sin dioses animoso infante.
¡Vuestro! Camenas, ¡vuestro! si trepare
A los fragosos montes de Sabina,
O si el frío Penestre me agradare,
O Tíbur que en la cuesta se reclina,
O bien la acuosa Bayas. Porque gusto
De vuestras fuentes y danzar augusto
En Filipos la huida
No puso fin á mi incipiente vida;
Ni aqueso pudo el árbol enemigo;
Ni el Palinuro en la onda Siciliana,
Siempre que estéis en mi favor conmigo,
De marinero en navecilla vana
Podré yo echarme al Bósforo furioso,
O de viajero pisaré animoso
Las resecas arenas
De Asiria ardiente, oh plácidas Camenas.
Y soy capaz de visitar ileso
A los Britanos, que á su Dios feroces
Le sacrifican á su huésped preso,
Y también á los Cóncanos atroces,
A que la sangre de caballo agrada
Y á los Gelones, de carcaj armada
La espalda musculosa,
O del Tanais la vega nebulosa.

Al alto César cuando, ya encerradas
Sus haces en las duras fortalezas,
Sus haces ya de pelear cansadas,
Busca alivio á sus bélicas proezas,
En vuestra cueva le recreais; y os place
Dar á quien busca vuestra bella face
Consejo regalado,
Y almas gozáis cuando le hubisteis dado.
Sabemos que quien rige él solo y fuerte
La inerte tierra con el mar ventoso
Con ley igual, los reinos de la muerte,
De las deidades el estrado hermoso,
Los pueblos y los muros engrosados
De almenas y de gente coronados,
Con rayo desprendido
A los impíos Titanes ha vencido.
Aquella horrenda juventud confiada
En sus brazos á Jove ya infundiera
Grande terror y que otra turba osada
El Pelión ya procuraba fiera
Poner encima del Olimpo umbrío.
Mas ¿qué pudieran en el trance impío
El Mímas valeroso
Y Porfirio disforme y vigoroso?
Ni qué Tifón y ni el garrudo Reto,
Ni Encélado, que audaz al cielo echaba
Con la mano lanzada sin respeto
Los árboles que rápido arrancaba,
De Palas contra la égida sonante
Descargando podrían? Militante
Fué el fogoso Vulcano,
Y prestó Juno la su régia mano.
También estuvo el que jamás depone
De sus hombros el arco; y al rocío

De la Castalia fuente á veces pone
Y sus sueltos cabellos lava pío,
Y de los Licios en la selva obscura
Y en la natal piísima espesura
Fecundo reina sólo
Intonso Delio, Patareo Apolo.
La fuerza cae por su propio peso
Cuando es sin consejo dirigida;
Más los dioses con plácido embeleso
Ayudan siempre á la que va medida,
Y el esfuerzo aborrecen que menea
Cuanto hay de malo en su alma gigantea.
De las sentencias mías
Testigo sea el centimano Gías:
También Orión el tentador osado
En otro tiempo de la virgen Diana,
De una saeta virginal domado.
Y echada encima de su prole insana
De monstruos fieros duélese la tierra,
Y se lastima de que en cruda guerra
Sus partos derribara
El rayo y en el Orco sepultara.
Y ni carcome el fuego acelerado
Al Etna, encima de la turba puesto;
Ni el buitre deja al hígado [ensañado
Guardián celeste al criminal impuesto]
De Ticio el lujurioso: y á Pirito,
De Proserpina el amador maldito,
Aprisionan en penas
Trescientas pesadísimas cadenas.

ODA IX. HORACIO Y LIDIA.

H.—Mientras yo te agradaba,
Y ninguno mejor al cuello hermoso
De la niña aun no echaba
Los brazos amorosos
Fuí que el rey de los Persas más dichoso.
L.—Mientras que tu no ardiste
Por otra alguna, ni por Cloe dichosa
A Lidia pospusiste.
Lidia vivió famosa,
Que Ilia la Romana más gloriosa.
H.—Sobre mí reina ahora
Docta en canciones Cloe, bien amado,
De pulsar sabedora;
Y moriré animado
Con tal que á *mi alma* conservare el Hado.
L.—Con el suyo y mi fuego
Calais hijo de Orinto aquel Turida,
Me quema en amor ciego:
Dos veces doy mi vida
Porque al muchacho el hado dé crecida.
H.—Y ¿qué si á los huidos
La Venus do antes á su yugo de oro
Tornar y deja ceñidos,
La bella Cloe desdoro,
Y para Lidia el gozne abro sonoro?
L.— Aunque aquel es hermoso
Más que el lucero y tu más inconstante
Que espuma y más rabioso
Que el Adria, amo anhelante
Vivir contigo y expirar amante.

ODA XI. A MERCURIO

Oh tú, Mercurio, á cuyo numen dócil
Movió las piedras Anfión cantando;
Y tú, mi concha, en resonar maestra
Con siete nervios,
Tú en otro tiempo desdeñada y muda,
Hoy de los templos y banquete amiga,
Números suelta, á que el rebelde oído
Lide no niegue,
Que cual potranca en abundoso prado
Retosa alegre y la coyunda esquiva
Aun de nupcias sin saber, y tierna
Para Himeneo
Tú con las selvas á los tigres puedes
Llevar veloces, sosegar los ríos,
Y tu halagando al infernal portero,
Manso cedía
El Cancerbero aunque furioso ciento
Crespa de sierpes su hórrida cabeza
Y hediondo aliento de su cruenta exhala
Boca trilingüe,
Ixión y Ticio con amarga risa
La faz mudaron, y el tonel secóse,
Mientras á las niñas complació de Dánao
Tu voz amable.
Escuche Lide la maldad famosa
Y pena de ellas, el barril do se huye
Por viejo fondo el agua aborrecida
¡Ultima suerte!
Y aquesas culpas, que hasta el Orco duran;
Ellas impías (¿qué mayor delito?)

En los esposos el puñal confiado
Bárbaras hunden.
Una entre todas digna de Himeneo
En contra fué de su perjuro padre,
Con heroísmo mentirosa, y noble
En lo futuro.
"Alzate--dijo á su confiado esposo--
Alzate y huye del eterno sueño,
Que tú no esperas, y á tu suegro burla
Y á mis hermanas,
"Que cual leonas al becerro asidas
¡Ay las destrozan; pero yo más buena
Ni te heriré, ni habré de retenerte
Dentro al palacio.
"Me ate mi padre con pesados hierros
Porque yo á un hombre perdoné clemente,
O en un bajel me mande á la remota
Númida tierra.
"Ve á do los piés te lleven y los vientos
Con el favor de Venus y la noche
En buena suerte; y mi desdicha esculpe
Sobre mi tumba."

ODA XXVII. A GALATEA.

Al ímpio den del pájaro el chirrido,
Zorra criando, ó la fecunda perra
De viaje agüero ó la rojiza loba
Rápida huyendo;
Quiebre su senda la culebra pronta,
Que á los cuartagos como flecha espanta
Al dar la vuelta. ¿Yo agorero listo
Temo qué cosa?

Traeré del orto al ominoso cuervo
Con preces, antes que de lluvias nuncio
A las lagunas de perpetuo el ave
Vuelva divina.
Vivir dichosa puedes, Galatea,
Doquier te plazca, y que jamás me olvides,
Que ni corneja vagabunda ó canto
Vedan tu viaje.
¿Ves cual cintila entre tumulto de aire
Orión poniente? Yo quien es el Adria
Negro conozco; y yo del blanco Yápix
Sé los pecados.
Hijos y esposas de enemigos sientan
El austro oriente en el moverse ciego,
Mugir el ponto y azotadas costas
Estremecerse.
La nívea Europa, que confióse al toro
Doloso así, ya palidece enmedio
De mil engaños en la mar, que en fieras
Hórrida hierve.
Poco ha en el prado rebuscaba flores
La de guirnaldas virgen artesana;
Ya cielo y agua en noche cenicienta
Mira tan sólo.
Y así que toca en la potente Creta
De cien ciudades-"Padre-dijo-oh nombre
"De hija dejado, mi piedad vencida
"De una locura.
"¿De dónde viene y á qué parte? Leve.
" De las doncellas á la culpa pena
" Fuera una muerte. ¿Qué despierta lloro
" Culpa, que hice?
" O bien ¿conmigo, aun inocente, juega
" Imagen vana, por la puerta ebúrnea

" Sueño escapado? ¿Que es mejor por olas
Ir ¡ay! eternas,
" O andar cogiendo las recientes flores?
" Si el toro infame alguno me trajera,
" Despedazara hasta los cuernos de ese
¡Ay! tan amado.
" Desvergonzada abandoné mis lares,
" Desvergonzada ir al infierno tardo.
" Oh Dios, si escuchas, ojalá entre leones
" Yerre desnuda.
" Antes que torpe amarillez marchite
" Ya mis mejillas, y sin jugo quede,
" Presa tierna antes, así hermosa, quiero
" Tígres me coman.
" Oh vil Europa, ya tu padre ausente
"–¿Por qué no mueres?-te insta: en este fresno
" Suspende el cuello al ceñidor, que hiciste
" Bien en traerte.
" O si en las rocas el morir escojes,
" O agudas sirtes; al veloce riesgo
" Echate, anda, si no ser esclava
Torpe prefieres,
" Hija de rey, de bárbara señora
" Y vil juguete del marido"–Riendo
Pérfida Venus y su hijo, el fuerte
Arco abajado,
Cercas estaban: tras bastante burla
"–Abstente–la habla–de iras y de riñas
" Cuando volviere á que sus cuernos trozes
" El toro, que odias.
" Tú ser no sabes del Saturnio esposa;
" Ya de sollozos déjate; aprovecha
" Tu gran fortuna: llevará tu nombre
" Parte del mundo."

ODA XXIX. A MECENAS.

(Traducida según la manera del Mtro. León.)

Mecenas, descendiente
De Etruscos reyes, ya tiempo ha guardado
Te tengo vino ardiente
En barril no encentado,
De rosa lazos bellos
Y jugo de balán á tus cabellos.
No te demores; viendo
No siempre estés el Tíboli regado,
Ni de Esola corriendo
En ladera el sembrado,
O los yugos de bueyes,
Do el parricida Telegón dió leyes.
La hartura fastidiosa
Y tu torre á las nubes allegada
Deja dificultosa,
Y de Roma endiosada
No admires el ruido
Y los bienes y el humo envanecido.
La mudanza en la vida
Suele ser á los ricos agradable;
Y la limpia comida
So techo miserable,
Sin mantel, que subyuga,
La solícita frente desarruga.
De Andrómeda aparece
Ya el padre claro en su escondido fuego,
Ya Proción se enfurece,
Y nos devuelve luego

La estrella de la fiera
Secos días del sol, que reverbera.
  Y ya el pastor cansado
Con su lánguida grey, la sombra, el río
Y espinal enredado
De Silvano bravío
Busca: y no tiene alientos
La orilla taciturna sin sus vientos.
  Tú curas que convenga
A la Ciudad; y temes muy humano
A Roma qué la venga
De Catay y el Bactriano
De Ciro reino un día,
Y el Tanais en discordia noche y día.
  Mira que Dios prudente
El suceso del tiempo venidero
Aprieta en noche hirviente:
Rie si el mortal zaguero
Se va sin rienda al susto;
Lo presente tan sólo arregla justo;
  Que á modo lo viviente
Se va de río quieto por su lecho,
Que al mar da mansamente,
O revuelve deshecho
En uno descuajados
Troncos y piedras, casas y ganados,
  Con clamor de montañas
Y de vecinas selvas cuando el fiero
Diluvio infunde sañas
Al arroyo parlero.
Rey de sí poderoso
Quién pudiere decir: "Viví hoy dichoso.
  Mañana Dios, repleto
Podrá volver el polo en nube horrible,

O el sol, que brille quieto;
Mas lo que fué, imposible
Deshacer, ni ir cambiando
Lo que la hora fugaz llevó arrastrando.
Fortuna alegre en males
Jugando pertinaz su loco juego
Muda á mí sus reales,
Que al fin son humo ciego,
O á otro con pecho amigo,
Y yo la alabo cuando está conmigo;
Si sus ligeras alas
Extiende, borro su donada dita;
Y me envuelvo en las galas
De mi virtud bendita;
Y á la Pobreza honrada
Aunque sin dote busco muy amada.
No es mío si la entena
Mugiere del Gallego combatida,
Alzar el ruego en pena,
O la promesa urgida.
No el cargamento raro
De Fenicia enriquezca el mar avaro.
Entonces con dos remos
En la chalupa me echarán seguro,
Enmedio á los extremos
Del torvo Egeo oscuro,
El aura y los Mellizos
Del cielo, al fin trocando la onda rizos.

DEL LIBRO IV. ODA II. A ANTONIO.

Quien emular á Píndaro procura,
Julio, se apoya en enceradas alas,

Dedáleo invento, para al vítreo ponto
Nombre dejarle;
Pues como el río, que del monte baja,
Fuera de madre por copiosas lluvias,
Hierve y se arroja del profundo labio
Píndaro inmenso,
De ganar digno el Apolíneo lauro,
Si voces nuevas atrevido agita
En dityrambos y le llevan alto
Números libres,
O si á los dioses y los reyes canta,
Sangre de dioses, que vencieron justos
A los Centauros y al tremendo fuego
De la Quimera.
O ya el caballo celebrando y púgil,
Que á casa tornan con la palma Elea
Ya celestiales, más que cien estátuas
Préstales gloria.
O llore al joven de la esposa flévil
Robado, ó suba las costumbres aureas
A las estrellas y el esfuerzo, olvido
Negro supera.
Levanta el aura al cisne de Dircea,
Siempre que tiende á la región de nubes.
Yo, cual la abeja de Calabria coje
Miel de tomillos
Con gran trabajo, cabe los bosquetes
De húmeda Tíbur y frondosa orilla
Pequeño forjo laboriosos cantos,
Plácido Antonio.
Mejor poeta, cantarás al César
Cuando ya traiga por la cuesta sacra,
Crespa la sien con rama merecida
Fieros Sicambros.

Nada más grande ni mejor los hados
Y buenos dioses dieron á la tierra,
Y no darán aunque al dorado siglo
Vuelvan los tiempos.
Y cantarás los venturosos días,
Del fuerte Augusto á la impetrada vuelta,
Fiestas en Roma; y cantarás el foro
Luego vacío.
Llegará entonces ocasión propicia
A mi voz debil y, oh tú sol hermoso,
Oh sol laudable, cantaré felice,
César llegado.
Mientras tu avanzas repetidas veces
-*Io triunf*- el pueblo gritará-*Io triunfo*-
Y quemaremos á los blandos dioses
Suaves inciensos,
Y tú diez toros, y otras tantas vacas
Y yo un becerro inmolaré, que nutro
Ya destetado en los crecidos pastos
Para mis mandas;
Ya con sus cuernos de la luna imita
El corvo fuego, que tres días muestra
Haber cumplido; y es dorado todo,
Nívea la frente.

ODA III. A MELPOMENE.

A quien ya tu, Melpómene,
Miraste al nacer con ojos plácidos,
No los trabajos Istmicos
Púgil glorioso harán, ni en carro Acaico
Los corceles indómitos
Llevarán vencedor; ni hazaña bélica
Le sube al Capitolio,

Pues iras quebrantó de reyes bárbaros,
Crespo con hojas Délficas.
Más los arroyos de la fértil Tíboli
Y las greñas selváticas
Noble le harán por sus eolios cánticos.
Y ya ponerme dígnase
De la ciudad princesa la prosapia
Entre los vates líricos,
Menos el diente de la envidia acósame.
Oh tú, que tiemplas, Piéride
De la concha de oro el blando estrépito,
Y al mudo pez, queriéndolo,
Tú que dieras de cisne voz dulcísima,
Es don tuyo que muéstrenme
Por tañedor de la Romana cítara;
Lo que aliento poético
Lo que agrado, si agrado, es tuyo, Piéride.

ODA IV A AUGUSTO.

Como al ministro alado
Del rayo, á quien el rey de las deidades
Permetió ya en las aves el reinado
Vagabundas del aire, sus lealtades
Y fuerzas adecuadas
En el rojo Ganímede probadas;
Y á quien echó del nido
La mocedad con el vigor paterno
Sin saber de trabajos, y ya huido
El vernal nubarrón, pávido y tierno
Le enseñaron los vientos
Esfuerzos no tenidos y violentos;
Hostil á los apriscos
Impetu vivo al punto le menea,

Contra dragones hórridos y ariscos
El amor á la vianda y la pelea;
Y cual despavorida
La cabra en grueso pasto entretenida
  Mira al cachorro ardiente,
Que la dorada madre destetara
Y teme perecer al nuevo diente;
Así á Druso mover gurra preclara
En la Alpina vertiente
Tímida vió la Vindelicia gente.
  Catervas, que vencieron
Largo tiempo y así se defundieron
  Probaron ya rendidas
Que pueden, bajo faustos artezones
Las almas de los príncipes nutridas
Y el cariño de Augusto á los Nerones.
Los fuertes son criados
Tan sólo por los buenos y esforzados.
  Los corceles veloces
Y los novillos de su padre el fuego
Heredan, ni las águilas feroces
A palomas sin hiel engendran luego.
Mas la virtud nativa
Doctrina sabia poderosa aviva.
  Los pechos robustece
La buena crianza, eleva las pasiones,
Lo recto mal guiado desmerece.
Cuanto debas, oh Roma, á los Nerones,
El Metauro testigo
Y vencido el Asdrúbal enemigo;
  Y aquel día hechicero,
Que, del Lacio las sombras ahuyentadas,
En almo triunfo sonrió primero,
Desque por las ciudades humilladas

De Italia el Africano
Galopara con ímpetus ufano
Cual llama por las teas,
O el Euro de onda en onda Siciliana.
De entonce afortunada en sus tareas
Se engrandeció la juventud Romana;
Y dioses potentados
Se alzaron en los templos devastados.
Pérfido Aníbal dice:
"Nosotros ciervos y segura presa
" Ya de rapaces lobos infelice
"Hoy perseguimos á la gente esa,
"Cuando ¡ay! el engañarla
"Es el triunfo mayor y el evitarla;
"Que de Troya quemada
"Con viejos padres, hijos y deidades
" A los mares Etruscos arrojada
" Arribó de la Ausonia á las ciudades,
"Y, cual robusta encina,
"Que en lo fértil del Algido se empina,
" Ya por segures dobles
"De sus opacas frondas desmochada,
" En los estragos y derrotas nobles
" Y en las matanzas bárbaras podada,
"Del mismo fierro toma
"Animo y fuerzas la valiente Roma.
"No de Hércules osado,
"Que se airaba mirándose impotente,
"En contra recreciera así cortado
"De la Hidra el cuerpo, monstruo más po-
"Ni Colcos soportara, (tente
"Ni la Equiónida Tebas engendrara.
"Si la hundes en el ponto,
"Más hermosa se torna, guerra mueve,

"Y cabal vencedor te lanza pronto,
"Que digno y mucho de alabanza, lleve
"A sus firmes esposas
"Hazañas que refieran portentosas.
"Ya no tras la matanza
"Soberbios nuncios mandaré á Cartago
"Se acabó, se acabó nuestra esperanza
"De Asdrúbal en la muerte y el estrago,
"Y sin dicha ninguna
"Ya del Púnico nombre la fortuna."
Nada á los Claudios, nada
Es imposible, Júpiter benigno
Con providencia á pocos regalada
Los patrocina, y su talento digno
Sagaz les da la tierra
En los angostos trances de la guerra.

ODA XV. A AUGUSTO.

(Traducida al modo del Maestro León.)

Cuando de guerras llevo
El son y de ciudades quebrantadas;
Con su laúd el Febo
En voces muy airadas
Armóme ya rencilla,
Que no eche al mar Tirreno mi flotilla.
Al campo mieses buenas
El siglo devolvió del César quedo

Tras guerra y duras penas,
Y el Parto pronto en miedo
Las banderas desclava
Y las da á nuestro Dios por su faz brava.
  El de Jano la puerta
Condenó, ya de nadie traspasada,
Y enfrena á la que abierta
Licencia anda soltada;
Y las culpas quitando,
Usos de los antiguos fué sacando.
  Por esas buenas artes
La gente Etrusca fuese luego hinchando
En fama y baluartes,
Su magestad llevando,
Del bárbaro á despecho,
Dende el nacer del sol á do hace lecho.
  Con César guardadero
Las paces no se irán luego espantadas
Del furor civil, fiero,
De ira que maja espadas
Y siembra enemistades
En medio de las míseras ciudades.
  Los que el hondo Danubio
Beben no rasgarán ya sus editos,
Tampoco el Geta rubio,
Ni los Persas malditos,
O los que labran seda,
O él que junto al Tanaís nacido queda.
  Y en el festivo día
Tras el agra labor entretenidos
Con Baco, en compañía
De los hijos habidos
Y las madres, su encanto,
Llamaremos al dios con grito santo.

Y en versos muy dolientes
Podremos, los difuntos capitanes,
Cual sus padres valientes,
A Troya con sus males,
A Anquises el agüelo
Y de Venus el parto, alzar al cielo.

DEL LIBRO. VODA II. CONTRA ALFIO.

Dichoso aquel, que de negocios lejos
Como en los tiempos viejos,
Paternos campos con sus bueyes rompe,
De logros desatado,
Y ni el clarín el sueño le entrerrompe,
Ni teme el mar airado;
Huye el juzgado y de los poderosos
La puerta orgullecida;
Y con adultos piés de vid jugosos
Al álamo enmarida;
La rama inútil con la hoz amputa
Y otras ingiere amantes;
O en valle angosto de escuchar disfruta
Mugir greyes errantes.
Guarda en cántaros limpios miel, que apura,
La oveja esquila flaca,
Cuando Otoño de fruta ya madura
Galana frente saca,
¡Cual le place coger pera bastarda,
De la uva el rojo grano

Que á Priapo ofrece, y, de linderos guarda,
A tí, padre Silvano.
Al pié de roble antiguo goza echado,
O en la tenace grama:
El agua se desliza en risco alzado.
Mesteña el ave clama,
Provocan dulce sueño murmurando
Las fuentes. Y si llega
Ya del aire, que truena, el tiempo infando,
Que lluvia y nieve allega,
O bravos javalíes en trampa opuesta
Ya mete con trailla,
O engaña al voraz tordo, en varas puesta
La rala redecilla.
La liebre espantadiza, y forastera
La gruya coge en lazo
¡Grata presa! En tal suerte ¿quién no olvida
De amor el fiero abrazo?
Y ¿qué, si la mujer gobierna honesta
La casa y dulces hijos,
Cual la sabina, ó la que al sol se tuesta
En quehaceres prolijos
Dulce mujer del Calabrés fornido,
Que atiza el fuego pronta
Con leña vieja luego que al marido
Venir cansado afronta;
Y en la cerca las vacas no ordeñadas
Ataja y con amaño
Aprieta la ubre; y viandas no compradas
Saca y vino del año?
No más me agradan Rombos y pescados
Sargos, si en la refriega
Alguno de levantes atronados
A uestros mares llega.

No comeré gallinas Africanas,
Ni me será más grato
El Jonio Francolín, que olivas sanas
Que del ramo arrebato,
Malva medicinal, ó la acedera
Del prado enamorada,
Ni más que la cordera
En las fiestas del Término matada,
O que el cabrito al lobo arrebatado.
¡Que grato, así comiendo,
Ver retornar con paso apresurado
Las ovejas ahitas,
Y la cansada yunta al tardo cuello
Con la reja volcada;
Y de esclavillos en enjambre bello
La casa rodeada!
Rústico para hacerse el usurero
Alfio habló de este modo,
Y recogió en las Idus su dinero
Y en las Calendas le buscó acomodo.

TRADUCCIONES DE ANACROENTE.

ODA V. ELOGIO DE LA ROSA.

Rosa de los Amores mezclaremos
A Lieo, y, las pompas de ella hojosas
Ajustando á las sienes ardorosas,
Entre risas dulzura beberemos.
Y de rosas el vino enguirnaldemos.

Amor de Primavera son las rosas,
Y á las deidades del Olimpo hermosas
Entre los dones preferirlas vemos.
  Sus bucles tiernecicos entrelaza
El niño de Citeres de esas flores
Cuando á las Gracias en el baile enlaza.
  Con la de veste y talle onduladores
Danzaré, Baco, en tu sagrada plaza
Entre hilos de rosa tembladores.

ODA VI. EL FESTIN.

Compuesta nuestra sien con rosa tanta,
Dulce Baco bebamos sonriendo,
Mientras el son de su laúd siguiendo
Danza la joven de florida planta.
  Ella en sus manos al girar levanta
El bordón Bacanteo, que, torciendo
Sus zarcillos de hiedra, suave estruendo
Hace en el aire y el sentido encanta.
  Adolescente blondo la compite
Labios de olor, la cítara menea
Y voz divina por el aura emite.
  Y amor de crencha de oro y Citerea
Y Baco hermoso llegan al convite,
Que á la festiva ancianidad recrea.

ODA VI. LA PRUEBA DE AMOR.

Con una vara enrojecida, ardiente
Amor cruel forzome á que corriera
Con él parejo ya por sima fiera,
Ya sobre la aspereza de un torrente;
Ya por selvas me arrastra el inclemente;
Y, así vertiginosa la carrera,
Mi corazón sus vuelcos acelera
Y al fin se paraliza de repente.
Viéndome fatigado y anheloso
Con la su ala muelle el gran tirano
La cabeza me azota desdeñoso;
Y me dice terrible y soberano,
Mirándome con aire rigoroso:
"Tú no puedes amar; débil humano."

ODA IX. LA PALOMA.

—Paloma, ¿de do vienes? hechicera,
¿De do el perfume de tu ala anciano,
Que se esparce y rocía el aire vano?
¿Quién eres, dime y á do vas ligera?
—Me manda Anacreón por mensajera
A Batilo, de pechos hoy tirano;
Por unos cuantos versos del Teyano
Ya me cambió la diosa de Citera.
El pronto á darme libertad aspira,
Mas yo rehuyo de vivir errante:
Cómo en sus dedos pan, que olor aspira,

Bebo en su copa y con mi ala amante
Le acaricio en la sien, duermo en su lira....
¡Adiós! ¡violé el secreto! caminante.

ODA XVII. LA COPA DE PLATA.

Diestro Vulcano, de copella plata
[No brillantado arnés ¿que soy guerrero?]
Sino una copa me cinceles quiero,
Para muchos, asaz profunda y lata.
No en torno esculpas del Orión ingrata
La cifra, ni de astros el reguero,
¿Qué me importa la estrella del Boyero?
Ni el grupo de Cabrillas me arrebata.
Vid, racimos, Bacantes vendimiando
Con sagrado furor abulta en ella,
Y de mosto un lagar, brillo oleando.
Y niela á Baco en oro, que destella,
Y Amor risueño la vendimia hollando
De mi Batilo con la imagen bella.

ODA XX. A SU AMADA.

Que golondrina Filomena un día
Dicen y Niobe mármol se hiciera:
Así tornarme espejo yo quisiera,
Y la luz de tus ojos me vería.
Así contigo sin cesar iría

Si tu ropa olorosa me volviera;
Y ser, ó dulce niña, me placiera
Por circuir tus gracias, onda fría.
¡Fuera yo mirra que en esencia tanta
Unge de tus facciones el decoro,
O la perla, que juega en tu garganta!
¡Fuera yo de tu seno cinta de oro,
Y hasta coturno de tu nívea planta
Para que así me hollase el pie, que adoro.

ODA XXVII. LA EFIGIE DE SU AMOR.

Rodio pintor, que alientan tus pinceles,
Hazme el retrato de mi ausente amada:
Suave cabello oscuro la modeles,
Que hale, si es dado, esencia regalada;
La frente de marfil so los caireles
De la cerúlea crencha, acordonada
La ceja; en fin, cual su blancura pide,
Tenue sombra en sus párpados anide;
Fuego el mirar, los ojos, porque anhelo,
Cual de Venus en gracia humedecidos,
Cual los de Atene de color de cielo;
Su tez con rosa y leche, y haz ungidos
De amor sus labios; su garganta el vuelo
De las Gracias circuya en mil sentidos;
Cubra su cuerpo el peplo purpurino:
No lo toques....va á hablar, pintor divino

ODA XXX. AMOR CAUTIVO.

Las Musas, otro tiempo, por ventura
En las campiñas al Amor ligaron
Con guirnaldas de flor; y le entregaron
De esclavillo á su amiga la Hermosura.
Y Ciprina le extraña, y con presura
Toma dones, que en mucho se estimaron,
(Por si acaso á su hijo, cautivaron)
Vuela á buscar su cándida criatura.
Ve presto al hijo, que en el alma adora,
Paga el rescate, y del servil imperio
Le redimió de su gentil señora.
Pero el rapaz se le revela serio,
Y por quedarse en servidumbre llora,
Pues que le atrae tan dulce cautiverio.

ODA XL. EL AMOR Y LA ABEJA.

Una abeja en la rosa adormecida
No vió el Amor y sin cuidarse de ella
Coge la flor, y púnzale al cogella
Y el niño exhala queja dolorida.
Bate las manos, y en veloz huida
Vuela el rapaz hasta su madre bella,
Y la dice con lánguida querella:
— "Madre, me muero, madre de mi vida.
"Sierpecita con alas (¡ay! que espanto)

"A quien llaman abeja las mujeres
"Del campo, ha sido causa á mi quebranto."
—"Oh mi vida, respóndele Citeres—
"Si el aguijón de abeja duele tanto,
"¿Qué dolor causarás cuando tú hieres?"

LA MUERTE DE DAFNIS.

(Fragmento de Teócrito.)

Ha muerto el albo Dafnis, amaestrado
En modular la pastoril avena,
Cuya canción, cuya pastora suena
El alta peña y el extenso prado.
Antes devoto á Pan ha dedicado
Ya moribundo y con acerba pena
Su siringa de cañas dulce y buena
Y su nudoso natural cayado
Y su aguijada consagró afligido,
Su piel de ciervo pelinegro y cano
Colgó del roble cimbrador y erguido,
De las manzanas y el talego vano,
En que su amada (y exhaló un gemido)
Metió furtiva la nevada mano.

Unico fragmento de la Galatea de Bion de Esmirna.

Por el delive de quebrada loma
Iré con mi tenaz melancolía,
Cuando dimidie el perezoso día,
Oyendo el querellar de la paloma.

Contra la arena refulgente doma
La mar al frente su furor bravía.
Cuán solo estoy en la desdicha mía!
Y ni una ninfa en lontananza asoma.
Iré sin paz; la fístula tocando
Y, aunque no salga ¡ingrata! la inclemente,
A Galatea con afán llamando.
Las dulces esperanzas del viviente,
Su nívea planta en sueños apoyando,
Duran aún en la vejez doliente.

LA OLIMPICA VII. DE PINDARO.

A Diágoras de Rodas, púgil.

Suele algún noble anciano
Luego tomar en opulenta mano
La copa, en que de uvas el rocío
Oculto y rumoroso está bullendo;
Por las familias circular haciendo
La joya toda de oro,
Presea de su espléndido tesoro,
A brindar por su yerno los obliga,
Así á la Gracia del festín honrando
Y á su nuevo pariente:
Y con él al mostrarse complaciente
En sus tiernos amigos va aguzando
La envidia por el tálamo luciente
De igual modo escanciado
Yo el néctar fluido (de las Musas dones
A laureados varones)

Consagro el dulce fruto de mi alma
A los que ganen vencedora palma
En Olimpia ó Pitona.
¡Feliz á quien la Fama es su corona!
Pero la alma Gracia vuelve un día
A este sus ojos, al de allá mañana,
De cítara canora
Ya al són, ó de la flauta vibradora,
  Entrambas alternando
Hoy desciendo con Diágoras, cantando
A la marina Rodas,
Niña de Venus y del sol la ninfa,
Y diestra combatiente,
Para ensalzar al que ciñó á su frente
Cabe el Alfeo y la Castalia linfa
Titánico y discreto
El lauro de los púgiles luciente,
Y también á su padre Damageto,
De la Justicia amigo,
Ambos que habitan con Argiva tropa
Cerca de Embolo, que en la mar se arropa,
La isla de tres ciudades
Del Asia entre las vastas heredades.
  Para cantar su gloria
Hoy de los dos tejiendo yo la historia,
De Hércules atletas descendientes.
Quiero ir desde su estirpe hasta el extremo,
Ascendiendo á su tronco Tlepolemo.
Por la línea paterna
De Jove decender ellos blasonan
Y Amintóridas ser por la materna,
Hijos de Astidamía se pregonan.
  Sin número de engaños
Del hombre en torno á los consejos penden,

No hay fuerza de entreverlos
Y el bien mayor sería conocerlos
Al principio cual tarde se comprenden:
Así al bastardo hermano
De Alemania al gran Licimnio, (que salía
Del tálamo culpable de Midea)
Hiriéndole inhumano
Mató en Tirinto un día
Con su bordón de endurecido olivo,
De negra ira esquivo
El fundador de aquesta dinastía
¡Ofuscan las pasiones
Aun del sabio la mente esclarecida!
Pero después y con zozobra oculta
Al Dios el homicida
Acude y al Oráculo consulta.
Entonces el Numen de cabellos de oro
Dice desde el sagrario perfumado
Que con bajeles, hombres y tesoro
Navegue apresurado
De la playa Lernea
A la comarca, que la mar rodea,
Do otro tiempo el gran rey de las deidades
Roció de copos de oro
La tierra cuando, herido con destreza
Con el hacha de cobre de Vulcano,
Saliendo de la espléndida cabeza
Del Padre soberano
Lanzó Minerva grito portentoso,
Que hizo cual son de guerra
Temblar al Cielo y á la madre Tierra.
Luego el Genio, que alumbra á los mortales,
Vástago de Hiperión, mandó á sus hijos
Amados y leales

Que se obliguen por años bien prolijos
A la diosa y la erijan los primeros
Público altar y haciendo placenteros
Solemne sacrificio,
El ánimo imortal vuelvan propicio
Del padre y la celeste jovencica,
Que hace crugir intrépida la pica.
  Llevando el hombre previsión obtiene,
La virtud y el placer que la acompaña;
Mas acaso impensada sobreviene
Una niebla de olvido,
Que retira del ánimo, que empaña,
El camino derecho en las acciones.
Por esto sin llevar los campeones
El germen de la llama refulgente
Al alta ciudadela caminaron;
Mas su olvido culpable allí notaron,
Y do hacer á la diosa prepotente
Sacrificiò sin lumbre
Una ensenada forman en la cumbre.
  Jove, en verdad porque sus hostias ama,
Blonda nube sobre ellos desparrama,
Que oro llueve copiosa
Sobre los Rodios; y la zarca diosa
Imperar les concede
Con muy hábiles manos
En cuantas artes usen los humanos.
Su gloria entonces á ninguna cede;
Sus calzadas ostentan
Estatuas que parecen animadas
Y moverse por puntos aparentan.
Agrada mucho más al que es prudente
El arte natural sencilla y pura
Que hace vida expirar á la escultura

Sin artificio vano y refulgente.
De los hombres las viejas narraciones,
Cuando Jove y los otros inmortales
Se partieron del mundo las regiones,
Rodas [dicen] aun no aparecía
Del Ponto en los cristales
Y en las ondas saladas se escondía.
Faltaba entre las suertes figurase
La del ausente Sol; y el numen bueno
Quedóse sin un palmo de terreno.
Y como él en tornando reclamase,
Estaba á punto Júpiter sereno
De hacer al cabo el repartir segundo;
No lo permite Apolo,
Y le pide, tan sólo
La tierra, que del mar en lo profundo
El mira levantarse
Para los hombres tierra exuberante,
Que será con los años
Y feliz nutridora de rebaños.
Y á Laquesis severa,
Que en redecilla de oro
Recoge su divina cabellera,
Con ademán ordénala, al momento
Las manos extender asegurando
De los dioses el grande juramento,
Y ella con el Saturnio venerando
Selle que en lo futuro
La isla, que se le dona
Y salga al aire luminoso y puro,
Será de su cabeza la corona.
En la verdad cayeron
Las supremas palabras, se cumplieron;
Y de la húmeda sal nació la isla.

Que el Padre rige luego,
Engendrador de los lucientes rayos,
Rey de corceles, que resuellan fuego.
En la ninfa de Rodas
Siete jóvenes gayos
Engendra el dios, que entre las almas todas
De aquellos aborígenes de Rodas
Brillaron por su sabia inteligencia,
De su almo padre celestial herencia.
De Yaliso, el mayor, fué padre el uno,
De Lindo y de Camero,
Que al fin se separaron
Partiéndose las patrias heredades,
Y marcando el solar de tres ciudades,
Que los nombres eternos conservaron
De aquellos sus ilustres fundadores,
Que en ellas sus viviendas asentaron.
Y Tlepolemo, el jefe desdichado
De los Tirintios, como numen fuerte
Se mira celebrado
Allí mismo, por dulce recompensa
De su funesta suerte
Con hecatombe, que á los aires vierte
Olor de grasa en humareda densa.
Deciden en su honor allí los jueces
Del certamen triunfal, en cuyas flores
Se ha coronado Diágoras dos veces,
Que cuatro ciñe ramos triunfadores
En las famosas Istmicas arenas,
Y que en Nemea se vistió de gloria
De una y otra victoria,
Como también en la riscosa Atenas.
Y del triunfo los bronces ha ganado
En Argos y artefactos inmortales

En Tebas y en Arcadia conquistado.
Beocia en sus certámenes legales
Le adornó vencedor; de Egina clara
Y Pelana seis veces ha vencido;
Ni por otra razón allá en Megara
La columna de piedra se ha erigido.
  Ahora tú, padre Jove, que dominas
Del hervoso Atavirio en los lugares,
Honra el destino y ley de mis cantares,
Y al vencedor olímpico, que hallara
El laurel de los púgiles virtuoso,
Concédele la gracia de que sea
Entre propios y extraños celebrado,
Pues un camino recto asenderea
De vileza, señor, inmaculado,
Realizando ahora
Cuanto la mente justa y soñadora
De sus padres un día
En su tierna niñez le predecía.
  No eclipses, Jove, á la gentil familia
Que del claro linaje ha descendido
Del viejo Calianacte con las Gracias
De los fuertes Erátidas unido.
Tiene grata y radiante
Hoy la ciudad festines y concentos;
Pero ¡ay! que en un instante
Ahuyentan á las auras otros vientos.

PAISAJES



CAMÉCUARO.

Salve, la alberca azul, nido de fuentes,
Que en medio de antiquísimos sabinos
Dilatas de tus aguas transparentes
La soñolencia y el color divinos.
Las raíces lamiendo con molicie
De los troncos tan altos como viejos,
Extiendes tu serena superficie,
Que forma aquí y allá rotos espejos.
Cien y cien escondidos manantiales
Tu seno rasgan con pausado giro,
Y atesoran en tu álveo sus cristales
De líquida esmeralda y de zafiro;
Pero tan lentos en manar se esmeran
Que la arena brillante mal revuelven
En espirales, que tu paz no alteran
Y en tu seno muy pronto se disuelven.
Sólo turba tu plácido sosiego
Una gota, que suele deslizarse,
En círculos concéntricos que luego

En tu eterna quietud van á borrarse.
Como naves de templos comenzados
Como bosques de cimbras y pilares
Se elevan, por tus aguas retratados,
En filas los sabinos seculares.
Y enseñan en los rudos filamentos
De sus troncos los siglos, que han vivido,
Y cuelgan desceñidos á los vientos
Sus mechones de musgo encanecido.
¡Cómo es encantador, cuando la tarde
Abraza al rojo sol para morirse,
Ver el incendio, que á lo lejos arde,
En tu inmenso cristal reproducirse!
¡Cómo crece la hermosa perspectiva
Mirada contra el sol! Forman las ramas
Aquí y allá las curvas de la ojiva,
Dejando penetrar vívidas llamas.
Los rayos en fantástica aureola
A tus ancianos árboles circuyen
Y su luz el ramaje tornasola
De tus enebros, que su luz obstruyen.
Cuando la luna con su fuego blando
Los dorsos de tus árboles platea,
Sus gigantescas sombras recortando
Sobre tu linfa, á trechos cabrillea.
Claridad y tinieblas en lo hondo
Alguna forma caprichosa abultan;
Y con la luz cien íris en el fondo
De tus veneros límpidos resultan,
Que al remover la arena en borbollones
Debajo de tus aguas cristalinas
Hacen pensar en tales ocasiones
En el mito de Náyades y Ondinas.
Arropada en translúcidos vapores

Viene á verte la luz de la mañana:
No le das ni suspiros, ni rumores,
Que eres muda, mi plácida fontana.
Tú no sabes parlar, cual si vivieras
En un eterno amor embebecida
O como si por siempre padecieras
La tristeza más honda de la vida.

Tanganzícuaro, Abril de 1898.

A LA QUINTA DE QUITA-PESARES.

¡Oh! si es verdad que los pesares quitas
Huerto feraz, que de tu caro dueño
A los huéspedes das horas benditas;
Bajo tus frondas mi dolor esconde
Y á ese nombre halagüeño,
Que un infeliz te impuso, corresponde
Hoy que, buscando en tu retiro calma,
Traigo un pesar que me destroza el alma.
Hermosa, tus arriates triangulares
La muestra son de lo que al campo dona
Con amor y largueza singulares
La tibia mano de la ardiente zona:
Naranjos á millares,
El hojoso ramaje al cielo elevan
Y enriquecidos llevan,
El sentido halagando
Y á la par amorosos perfumando
Al viento perezoso que los mueve,
Dorados frutos y azahar de nieve.

¡De su vasto poder haciendo gala
Cuántas otras riquezas te regala
Amorosa natura!
Crece en tu seno y vigoroso extiende
Torcidas ramas el *Mamey* adusto,
Y entre puñados de hojas se desprende
El duro fruto, que gentil defiende
Urna cerrada, que le brinda al gusto
Dulce néctar en pulpas coralinas.
Las sombras de tus árboles destinas
A que medre con ellas el arbusto
Gracioso del café tan codiciado,
Y en granos de rubí su fruto cría,
Que en oloroso líquido trocado
Disipa el tedio en el calor del día.
Tienes también, regalo de los ojos,
Del paladar delicia que ambiciona,
El *Mango*, que en manojos
De guinda ó de granate se corona
Antes que cuelguen, estivales dones,
De sus hojas sin par en el decoro
Sus pomas, que parecen corazones
Reteñidos de púrpura y de oro.
Ya el granado sus flores carmesíes
Ostenta aquí, las ramas destejiendo,
Sus frutos coronados prometiendo,
Sus arcas con mazorcas de rubíes.
Ya el *plúmbago* tus muros revistiendo,
En lluvia de follaje se desgrana
Y con violadas flores
Ya sus menudas hojas engalana,
Buscando los amores
Del que á sus pies risueño se desliza
Hilito de agua pura;

Que la vecina yerba fertiliza
Y esparce de verdor y de hermosura.
Descuellan en las puntas de tus calles,
Elevando sus curvas cabelleras,
Sus erizados y escamosos talles
De robusto grosor, las datileras,
De tal suerte orientadas
Que les lleven las auras mensajeras
De la una á la otra, del amor tributo,
De polen invisible oleadas,
Que sus cogollos trocarán en fruto.
En tu querido suelo
Que en negros surcos plácido se riza,
Regado de mansísimo arroyuelo,
Derrama la benéfica hortaliza
Sus hojas varias y rollizos tallos,
Mientras que avara en esconder se aferra
Sus frutos y guardallos
En el seno fecundo de la tierra.
Mas nada así me encanta
De cuanto bello don tienes y cuidas,
Como el cerco de palmas escogidas
Que en tu centro á los aires se levanta.
¡Cuán bellas son, cuán bellas!
Sólo de un alma soñadora y pura
La gentil hermosura
Se puede acaso comparar con ellas.
El tronco, que robusto se dilata,
Cual forrado de cíngulos de plata,
Columna de gallarda arquitectura,
Por capitel ostenta
Verde y esbelto cáliz en la altura
Rocïado de púrpura y de gualda,
Que su penacho circular sustenta

De colosales plumas de esmeralda.
Y bullen cimbradoras
A los rayos del sol le das brillando
Y al beso de los aires susurrando.
Y á las aves canoras
Asilo dan, que pagan su hospedaje
Convirtiendo en venero de armonía,
Desde la aurora hasta que muere el día
De las soberbias palmas el ramaje.
Bajo tu cielo espléndido, en tu clima
Que ardiente y amoroso
Al decaído corazón anima,
A tus encantos y verdor umbroso
Hoy doliente mi espíritu se arrima,
Del júbilo á coger las frescas rosas;
Mas si ya no es posible que me guardes
En tus hechizos horas deliciosas,
En la púrpura bella de tus tardes
Sepulta mis tristezas misteriosas,
Que el gran silencio de las sombras aman;
Y embriague á mis recuerdos lastimeros
El olor de las auras, que embalsaman
Tus noches, opulentas de luceros.

Hacienda de Oacalco, Marzo de 1893.

LA GRUTA DE CACAHUAMILPA.

Esta es la famosísima caverna,
Palacio de la noche: penetremos
Bajo el dominio de la sombra eterna.

Ya falta luz: las teas aprestemos,
Y á sus rojos fulgores maravillas
De bruñido cristal admiraremos.
Las rocas del vestíbulo sencillas
Se alzan; el suelo á declinar empieza
Recubierto de blancas piedrecillas.
Son ripios que regó naturaleza
En su labor de inmensa arquitectura
Al decorar la cóncava grandeza.
Ya de conos truncados en figura
Adornan al redor ciertos parajes
Estalacmitas cual de nieve pura.
Y sobre ellas calcáreos cortinajes
Descienden de las bóvedas, abiertos
En pliegues de bellísimos encajes.
Los *tronos* son, que de los reyes muertos
Esperan á las sombras, que glaciales
Aquí tienen sus fúnebres conciertos.
Más allá monumentos sepulcrales
Figuran suntuosísimos y varios
Los grupos gigantescos de cristales:
Como urnas y recintos cinerarios,
Piras y tumbas de figura extraña
Y yacentes estátuas y sudarios.
El agua, que se filtra en la montaña,
Y esas obras cuajó, gota por gota,
Hoy con rumor fantástico las baña
Como lluvia de llanto; y su obra ignota
Continúa, de siglos el trabajo
Bajo la peña, por su esfuerzo rota.
De la encumbrada bóveda debajo
Ha colgado sus albas concreciones
Que apenas se perciben desde abajo,
A la luz de las lámparas y hachones,

Y son, por el magnesio iluminadas,
De arquitecto soñadas concepciones:
Fustas, p lares, góticas arcadas,
Bellas interminables galerías,
Do se ven pasear sombras aladas,
Torreones, caladas celosías
Que en hiedras de tiniebla se rebujan
O brillan con sus mil argenterías.
Boscajes, que las torres sobrepujan
Con sus erguidos y nevados ramos
En el fondo distante se dibujan.
Tan sorprendente aparición dejamos
Y por un pedregal, donde la gruta
Se angosta horriblemente, penetramos.
Es fama que perdido en esta ruta
Un hombre pereció: sin luz ni guía
Andando á tientas, la pared hirsuta
Halló doquier: salida no tenía
El laberinto, y él amedrentado
Y loco de pavor se estremecía.
Jadeante su can, desorientado
Marchaba junto de él. Por orientarse
El sus ropas quemó desesperado.
Y miró las tinieblas rejuntarse
Al consumirse la última pavesa,
Y, formando visiones, espesarse.
Con el horror, que en sus entrañas pesa,
Y por el hambre se cayó rendido
Bajo el sudario de la sombra espesa.
Después le hallaron muerto y aterido
Do la senda entre guijas culebrea,
Y el perro junto y á sus pies tendido.
Mas ya tocamos brecha gigantea
¿Y no escucháis murmullo inesperado

Como de fuente oculta que gotea?
  Es el *agua bendita*. Se ha juntado
En el tosco tazón que las goteras
Le hicieron en el muro acantilado.
  Aplaquemos la sed con sus parleras
Aguas sutiles. Y....á mirar nos llaman
El inmenso *salón de las palmeras*,
  Suben los gruesos troncos, desparraman
Sus gajos de cristal, y la techumbre
Con ramajes espléndidos enraman.
  Cada columna en su remota cumbre
Con sus arcos de palma á la otra abraza
Como á tener la enorme pesadumbre.
  Ved la *fuente de leche*. Un tronco enlaza
Tres tazas de alabastro y se desprenden
Los chorros de cristal de taza en taza.
  Viendo hacia atrás, cuando las sombras (hienden
Compañeros con teas inflamadas,
No se sabe si suben ó descienden.
  El eco al escuchar de mis pisadas
Parece que me siguen misteriosos
Los dueños de estas lóbregas moradas.
  Y chirrian los murciélagos medrosos
De la peña en los altos escondrijos
De la antorcha á los rayos temblorosos.
  Ya con afanes y sudor prolijos
El fin tocamos de la gruta umbría,
Mansión de la tiniebla y de sus hijos.
  Es su ábside la altiva galería
Cual coro de una catedral extensa
Con órganos de pura argentería.
  Aquí en el fondo de la sombra densa
Un instante las luces apaguemos

Para saber lo que es la noche inmensa.
Hasta el concepto de extensión perdemos,
Y crispada la mano en el vacío,
Buscando lo impalpable, alargaremos.
¡Qué delirio, por Dios! El rostro mío
Llego á palpar inesperadamente,
Y ya me invade del horror el frío.
¡Luz! ¡Quiero luz! La sombraindeficien
[te.
Dejemos de estas bóvedas inciertas,
Aunque sean hermosas ciertamente.
Mas la belleza no es de alas abiertas
De lo que vive y en la luz se baña,
Es la hermosura de las sombras muertas.
Pero al salir de la caverna extraña,
Donde el declive y artesón permiten
Que entre la luz de fuera la montaña,
Parad: dejemos que la aurora imiten,
Esos rayos de luz que se derraman,
Y de los cielos el azul transmiten
A la tiniebla y el recinto inflaman.

Cacahuamilpa, Diciembre de 1892.

JACONA.

Un pueblecillo encantador, cercano
A la ciudad en que nací, risueño
Al pié del monte, en el confín del llano
De un poeta parece blanco ensueño,
Vestido de follaje se levanta,

En el *Celio* bañándose la planta.
  De *paraíso terrenal* le dieron
El nombre los vecinos moradores;
Y á fé mía que al darlo no mintieron
A ese bardal de frondas y de flores,
Almohada en que apoya su cabeza
Espléndida y gentil Naturaleza.
  Para cada casita un huerto tiene,
Cada huerto cien hilos de agua pura,
Mil murmurios cada agua cuando viene
Retozando á través de la espesura
De guayabos, naranjos y limeros,
Que son del aura ricos perfumeros.
  Hace, frutos al dar, todos los años
Creer en el jardín de las Hespérides,
Y olvidar por sus fuentes y sus baños
La famosa Castalia de las Piérides,
Que, si acaso existieran, dejarían
Sus aguas, y en Jacona habitarían.
  En sesgo curso la atraviesa el río
Oculto por jardines tropicales,
Donde susurra el platanar sombrío
Tremolando sus hojas colosales
Y el sauce inclina lánguido sus ramas
En que el sol finge vívidas escamas.
  Medran allí los árboles mejores:
Del fresno y del sabino corpulento
Al chirimoyo, cuyas leves flores
Exquisita fragancia dan al viento,
Bien anunciando el fruto delicado
De azúcar y de aroma sazonado.
  Desde las tuberosas peregrinas
De hojas manchadas de carmín y plata
Al árbol de las rojas clavellinas,

Que desprende sus borlas de escarlata,
Todas las flores raras y preciosas
Allí crecen en cármenes de rosas.
Desde el cenzontle, el risueñor indiano,
Hasta la urraca de la ardiente zona,
El coro de avecillas soberano
En su ramaje cántigas entona;
Y de sus flores liban colibríes
Pintados de esmeraldas y rubíes.
La calle por do va la ferro vía,
Es el camino de un edén abierto,
Lleno de sombras con que el sol porfía;
Y es cada vera interminable huerto,
En que la luz al tamizarse toma
Bello color, y el vientecillo aroma.
Pugnan turgentes árboles y brozas,
En hermosura y variedad distintas,
Por traspasar las cercas de las chozas
Y las verjas de hierro de las quintas,
Y la senda obstruir con su verdura,
Y sobre ella formar bóveda obscura.
Baña un cielo de azul incomparable
Con la luz de sus cándidas miradas
Ese joyel de huertos envidiable,
En torrentes de lumbre derramadas;
Y queda el alma, en tanta luz perdida,
En deleite purísimo embebida.
Hasta el peñón, *Curutarán* llamado,
Que esos vergeles por el sur limita,
Un no sé qué me ofrece de encantado,
De la fruición que la leyenda excita,
Con sus rojizas peñas sin adorno
Y el bizarro perfil de su contorno.
¡Con qué placer, poco ha, tibia mañana

De Abril, al rojo despuntar del día,
Del manso *Oelio* en la corriente ufana
Mi cuerpo fatigado sumergía,
Mi espíritu bañando en la hermosura
De las aguas, la luz y la espesura!
Y yo soñaba con morar en este
Feliz apartamiento. Si tuviera,
Iba pensando, habitación agreste
Aquí, llena de sol y placentera,
Escaso pan, copiosa librería
Y tranquila virtud ¿qué más querría?
A la primera luz de la mañana,
Que, extendiendo sus pétalos de rosa,
Se llegase á prender en mi ventana,
Como de Dios mirada cariñosa,
Del lecho surgiría alborozado
A recorrer mi huerto regalado.
De las yemas el débil estallido
Con que se abren ocultas en las frondas,
La luz que pasa y el rumor de un nido,
La lucha de las ramas y las ondas:
Todo, mi corazón elevaría
Y, á Dios buscando, el ala batiría.
Orara, entre los árboles vagando,
En que el rocío brilla y se estremece
Y, como el lirio, que en su cáliz blando
Oloroso licor al alba ofrece,
Le presentara á Dios el alma llena
De dulce paz y gratitud serena.
Fueran después las horas repartidas
Entre los libros y el papel, que espera
Que mis pobres ideas transmitidas
Alma le den para volar afuera.
Y sin envidia ni soberbia insana

En eso gastaría la mañana.
  En ver me entretendría mariposas
Blanquísimas, doradas ó bermejas
O la órbita, que trazan caprichosas,
Rubias de miel, zumbando las abejas;
O mirándome en dulce arrobamiento
En la pupila azul del firmamento.
  Y cuando el sol sobre los techos prende
Sus manojos de rayos cenitales,
Rasga las sombras y del agua enciende
En arroyos y ríos los cristales,
Descansar me parece en el escaño
Hecho de mimbres, en redor del baño.
  De algún insecto acuático el arranque,
O el caer de las hojas á ocasiones
Dibujan en las aguas del estanque
De curvas movedizas rosetones;
Y el sol, quebrando sus reflejos puros,
Con arañas de luz borda los muros.
  Y me sumerjo, y el frescor sintiendo
De las linfas, escucho embebecido
La charla que en los chorros va tejiendo
El líquido que rueda destejido;
O nado y me asgo del pretil redondo
O me zabullo hasta palpar el fondo.
  Gusto después las limas, que desprendo,
O las que por maduras se deslizan,
Que, al paladar dulcísimas placiendo,
Las manos y el aliento aromatizan.
Luego voy á la mesa deseada,
De sencillos manjares abastada.
  Fuera grato en la siesta las caladas
Sombras de los limeros ir pisando,
Y ver las luces de verdor pintadas

Que, bajo el toldo de verdor flotando,
Semejan ser de la Esperanza el velo
Que aquí dejara al remontarse al cielo;
Cruzar los encombados puentecillos
Que unen del *Celio* las opuestas bandas,
Reclinarse en garranchos y junquillos,
Que en ellos forman rústicas barandas,
Y contemplar los encantados lejos
De hojas, sombras y líquidos espejos.
A esas horas yo fínjome estar viendo
El río, de mi huerto en el decoro,
Sus párpados de sombra removiendo
Que el sol adorna con pestañas de oro,
Y, donde falta sombra proyectada,
Su inquieta faz de luces inflamada.
Libélulas, sus alas agitando
De gasa azul ó de crespones rojos
Rectas van, en el agua retratando
Su largo cuerpo y abultados ojos;
Y lame las bruñidas piedrecillas
Con rizos mil el río en las orillas.
El aire tibio con pereza sopla,
En los vecinos árboles bullendo;
Y yo, dejando sin finar la copla
Sobre el papel me voy adormeciendo,
Y al fin el sueño á la región dorada
De encantadas visiones me translada.
Y cuando el sol se acerca al occidente,
De la colina en gasas arropado,
O entre las nubes, ó en azul luciente,
Yo salgo para verle al escampado;
Y allí el avance de las sombras miro
Que el valle inundan con pausado giro.
Y en los troncos acaso reclinándome

De las magnolias, que abren sus nectarios
Su aroma delicioso regalándome
Cual de la tarde leves incensarios,
Veo abrirse la estrella que fulgura
En el turquí regazo de la altura.
Mas no, que á descansar Dios no me llama;
Y á lo lejos los gritos del combate
Oigo; que luche mi deber reclama,
Mi corazón enardecido late,
Y, dejando los goces de la aldea,
Apetece el fragor de la pelea.

Jacona, Abril de 1898.

ZAMORA.

Ciudad dos veces bella, girón del paraíso,
Guarida de palomas, espejo de piedad,
Aunque de tí lejano tenerme el cielo quiso,
El me grabó el recuerdo de mi natal ciudad.
Y, si mis pobres cantos aun no han resonado
Para ensalzar tus glorias, ofrenda á tu beldad;
Nunca te olvido, nunca, que tu eres el dechado
De que mi Musa siempre los tintes ha copiado
Con que bordó mis cantos en su primera edad.
Ciudad, que te reclinas en lecho de esmeral-
(das.
De montes y colinas á las amenas faldas;
Y en hebras cristalinas destrenza á tus espal-
(das
El Duero cariñoso su límpido caudal.

No tienes que inculparme si yo he callado
Tus glorias y bellezas, dulce tesoro,
Que yo tomé tu nombre cuando he cantado,
Y en tí pienso constante si río ó lloro,
Ciudad bendita;
Y están en mi memoria, tu manso viento,
Que á sus fragantes alas tu seno agita,
De zafiro escogido tu firmamento,
Tus torres soberanas y aquel acento
Que de sus santos bronces se precipita.
Sí, mi pobre memoria guarda en su seno
Tu recuerdo sagrado de luces lleno,
Como en áspera concha se deposita
Radiante y nacarada la margarita.

Tu valle cuan hermoso, si verdes los trigales
Ondean al impulso del céfiro gentil,
Cimbrando sus espigas de granos colosales
En juegos bulliciosos las tardes del Abril.
Los verdes campos rayan caminos y veredas
Los unos descubiertos cual tiras de marfil,
Los otros señalados de rectas arboledas;
Y las carretas rústicas de campesinas ruedas
Por ellos van y vienen con rechinar sutil.
En donde espesa á trechos del campo la ver
[dura
Del monte en los repechos ó bien en la llanura
Alzan sus rojos techos, en los que el sol ful-
[gura
Las granjas y sus muros de nítido blancor.
Después las mieses fingen en Junio ardiente
Un mar do forma el viento doradas olas,
Que adornan, coronando su rubia frente
De espuma purpurina, las amapolas.

Sobre las eras
Trillan la parva de oro, bella esperanza,
En círculo corriendo yeguas cerreras;
Vibra el gañán el látigo, sus gritos lanza,
Y gritos y chasquidos en lontananza
Va dilatando el aire por las praderas.
Otros con blancos bieldos la parva avientan,
Cuando en torno las auras leves alientan,
Y al acerbo creciente se cae el grano,
Mientras lleva las pajas el aire vano.

El Duero desarrolla sus líquidos cristales,
Al Sur del valle espléndido en que mi cuna fué,
Su margen encrespando de verdes carrizales,
Regando la campiña que en su redor se vé.
Riquísimos helechos, enebros de tupido
Ramaje al borde crecen, y á su fibroso pié
Las lianas y los musgos tapices han tejido,
Y cuelgan las alondras las redes de su nido
En las tendidas ramas ocultas donde sé.
Conozco yo los saltos, las blondas que de es-
(puma
El río hace en los altos, cuando al caer consuma
Su estrépito, en basaltos y guijas, y la bruma
Que esparce, y los encajes, que borda su cristal.
El canto, que armorizan sus avecillas
Con el eco del hacha, que el árbol hiende,
Tal vez crugir haciendo ramas y astillas,
Es música, que mi alma sabe y entiende.
El idioma del Duero,
Ya cuando corre manso, ya cuando truena
Al pie de la montaña, lo sé yo entero:
Comprehendo lo que dice cuando resuena,
No ignoro lo que escribe cuando en la arena

Juega con piedrecillas dulce y parlero.
Yo ví su humilde origen en la montaña,
Yo seguí su corriente, que el bosque baña,
Y le ví turbio y quieto bajo la puente,
Que en Zamora se enarca por su corriente.
Al pie de las altísimas montañas, en la eterna
Robleda, que enverdece su bella inmensidad,
Subsiste la vacada, que lánguida se interna
Buscando de sus frondas la cara opacidad.
De mi ciudad las calles, las torres, los tejados
Conservan los recuerdos de mi primera edad;
Y sus aleros pueblan, de mi ánimo escapados
Los dulces pensamientos en grata libertad.
Aun la campana dice su frase vocinglera
Del templo, en que yo hice la comunión pri-
(mera.
Levántase felice la casa en que viviera
Mi paternal familia, en la que yo nací.
Son las ventanas todas y son las puertas
Bajo de las pestañas de sus tejados
Pupilas amorosas, que están abiertas
Para mirarme en ellas seres pasados,
Las barranquillas,
Donde salté de niño con mis iguales,
Y zanjan por el medio tus callecillas,
Tus banquetas de losas bien desiguales,
En que libré mis juegos primaverales,
Son nidal de venturas las más sencillas.
Y mi alma en todas partes va recogiendo
Memorias, que ha dejado, vivas, latiendo,
Como en tus charcos bullen las mariposas,
Para de amor echarte mirtos y rosas.

Zamora, Abril de 1898.

EL LAGO DE CHAPALA.

¡Oh! son las mismas olas, que rodaron
Llenas de mansedumbre y de cariño
Y lánguidas y tristes expiraron
En la playa á mis pies, cuando era niño.
Son aguas turbias, que á formar de lejos
Imágenes inversas comenzaron
Y, en surcor destrozando sus reflejos,
Las inciertas imágenes borraron.
Se borraron así las sombras bellas,
Que titilando en la memoria mía,
Revestidas de rosas y de estrellas
Contemplaba quizá mi fantasía,
Los recuerdos de ayer, que leves huellas
Van en las olas del vivir dejando
Con luz crepuscular cabrilleando.

Lago, que torno á ver, tú me pareces
Amigo de otro tiempo cariñoso,
Engastado en tus márgenes me ofreces
Vientos y aguas, que parlan un idioma
Que yo sé adivinar, húmedo aroma
De la brisa y que el céfiro amoroso
A los huertos robó, luz derramada
Por la vasta extensión, centuplicada
Del agua en el espejo sinüoso.

No son tus olas explosiones raudas
Del mar, que asombro ó que pavor infunden,
Ni tus espumas las flotantes caudas

De ondas inmensas, que en la peña airosa
Se han estrellado y despechadas se hunden.
Pero, airándote á veces
El rostro de una hermosa
Con muecas de ira, al olear pareces.
¡Cómo se arruga en variación constante
Poco denso tu líquido, formando
La multitud de pliegues, que adelante
En confuso tropel se van luchando,
Como falda de seda, que sonante
Arrastra una mujer por los salones,
En su móvil donaire arrebatando
El polvo y los incautos corazones!

De Chapala despliegan á la espalda
Un cónico peñón y montes bellos
Con grato amor su verdinegra falda
A recibir tus húmedos cabellos.
Bordan acaso tu ribera undosa
Las que destacan caprichosas quintas
Sobre la masa de árboles umbrosa
Su forma esbelta y sus alegres tintas.
Y al frente del pintado caserío
Eleva por la atmósfera anchurosa
El templo parroquial gallardo y pío,
Símbolos blancos del eterno anhelo
Del alma dolorosa,
Sus bellas torres, señalando al cielo.

Do se abre por levante el anchuroso
Anfiteatro de azulados montes,
Que circunda tu seno rumoroso,
Finges de mar inmensos horizontes;
Y las barcas, que en tí, balanceándose,

Con la vela abombada al entruendoso
Cariño de los vientos, alejándose,
Van dejando en tu haz surcos de estrellas.
Y algún alción, que canta su reclamo,
Jugando con las aguas como aquellas,
Me recuerdan el mar que tanto yo amo.

Bordan de blanco la ribera opuesta
Pintorescos y humildes pueblecillos:
El grupo de cabañas se recuesta
Entre arenas y huertos; los sencillos
Pescadores las redes ya preparan
Puestas al sol encima los cercados,
Ya sus esquifes en la playa varan
Y cultivan sus huertas regalados.
A la orilla las ruedas de las norias
Rechinan giratorias,
Que los terrenos del redor fecundan;
Y en brillantadas luces
El aire puro inundan,
El agua al derramar, los arcaduces,
Y en los fructuosos árboles que abundan,
Al volar de aquí allá, gritando fieros,
En su eterno reñir los *carpinteros*,
Las urracas con silbos y chirridos,
Los cenzontlis con cánticos suaves,
Y ocultas en las ramas y los nidos
Otras variadas y canoras aves,
Y murmullos del agua repetidos
En las horas más plácidas del día
Forman bella, indecible sinfonía.

La belleza mayor, que en tí he gustado,
A mi triste pensar más oportuna,

Es la de tu crepúsculo encarnado,
La de tus noches de apacible luna
En la bullente nave recostado
Miro el fin de la tarde,
Y me complazco con la luz extraña,
Que próxima á morir se agita y arde.
Abultando las sombras y figuras,
Con polvo de oro y escarlata baña,
Muriendo, el sol las vértebras oscuras.
Del dorso colosal de la montaña.

Y una red de reflejos, que cual hilos
De fuego se entrelazan y caminan
Tiende el sol, y en los pliegues intranquilos
Del lago se revuelven y esfuminan.

Así muere la tarde, en su derroche
De colores y luz mis esperanzas
Figuradas he visto, y en la noche,
Que ya empieza á velar tus lontananzas,
La imagen ví del desengaño duro.
Pero tú, luna, por el cielo avanzas:
Pirámide de luz sobre lo oscuro
Del agua se dibuja y balancea,
Y su contorno refulgente y puro
En la revuelta superficie ondea.
Así también feliz melancolía
Vierte la luz de una celeste idea
En las tinieblas de la noche mía.

Chapala, Abril de 1900.

INDICE.

NOTAS.

I. El autor suplica á los lectores que tengan por suprimida la poesía, que comienza en la pág. 37, por motivos que no es del caso exponer.

II. La dedicatoria de "Marinas" debe cambiarse en esta forma: *A mis discípulas é hijas fidelísimas en Cristo,* las Sritas. BERTA, NILA, DOLORES y MARÍA MOLFE.